HOJA DE LATA
MARGERY SHARP
Una tarta de rododendros
Traducción de Raquel G. Rojas

UNA TARTA DE RODODENDROS

colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

MARGERY SHARP

UNA TARTA DE RODODENDROS

TRADUCCIÓN DE RAQUEL GARCÍA ROJAS

Sensibles a las Letras, 89

Título original: *Rhododendron Pie*
Primera edición en Hoja de Lata: abril del 2023

© The Estate of Margery Sharp, 1930
© de la traducción: Raquel García Rojas, 2023
© imagen de portada: *Torta de boda de verano con flores apretadas,* Annie Birdie
© diseño de portada: Iván Cuervo Berango
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2023

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.
Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu

ISBN: 978-84-18918-69-8
Producción del ePub: booqlab

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

Para mi madre

Prólogo

1

El jardín de los Laventie era poco común en Sussex, pues estaba plantado a la francesa, con tilos de corteza verde en ocho hileras de ocho árboles cada una a una distancia de dos metros entre ellos. Bajo su sombra, la hierba quedaba moteada a su debido tiempo por flores de azafrán, narcisos y jacintos silvestres, pero estos no tenían otros sucesores. Todas las demás flores estaban en la parte de abajo, donde la fiesta del décimo cumpleaños de Ann estaba a punto de llegar a su extático final.

Los jóvenes Gayford se marchaban ya por el portón del muro oeste, una verja casi tan ancha como el propio jardín que sobrevivía desde la época anterior a que los establos desaparecieran para dar paso a los rododendros. Era de hierro, forjada a mano, con un hermoso diseño de motivos frutales y vegetales, y el señor Laventie la utilizaba como puerta trasera.

Con la partida de los invitados se produjo un cambio notable en el jardín: la familia Laventie volvió a acomodarse con un suspiro de satisfacción. Habían sido pródigos y exquisitos en su hospitalidad, pero, cuando Dick cerró el portón y se apoyó de espaldas en él, fue como si impidiera el paso a todo lo que pudiese estropear la perfección del momento.

—¡Ahora! —exclamó Elizabeth.

Eran encantadores, los jóvenes Laventie: Dick, con su perfil gainsboroughiano y su arrogante esbeltez, la espigada Elizabeth y Ann, de ojos marrones y soñadores. Ann era mucho más bajita que los otros dos, aunque Dick solo le sacaba tres años y Elizabeth cinco, y las gruesas trenzas que le colgaban por encima de los hombros la hacían parecer en verdad una

niña muy pequeña. Esas trenzas eran una continua fuente de mortificación, pues, como tenía que tirar de ellas por delante para hacérselas, nunca le quedaban bien a la espalda y sabía que su hermana la consideraba lo bastante mayor para arreglárselas sola. Tal vez fuera eso lo que les daba a sus cejas esa leve curvatura melancólica y la hacía palidecer un poco en los calurosos días de verano. En aquel momento, sin embargo, tenía las mejillas sonrosadas de emoción, pues se acercaba el broche de oro de su cumpleaños.

—¡Ahora! —exclamó Elizabeth.

Dick y su padre, a quienes se oía moverse detrás de los rododendros, reaparecieron con una mesita cubierta por un lustroso mantel de lino cuyo centro estaba misteriosamente levantado por un gran objeto redondo situado debajo. La dejaron junto a la silla de la señora Laventie —un lienzo blanco contra su colcha naranja—, pues a ella le correspondía el alto honor de retirar el mantel y desvelar, en toda su apetitosa belleza, la tarta de cumpleaños de Ann.

Esta de la tarta era una costumbre peculiar de los Laventie que se remontaba al año en que Elizabeth, cuando cumplió seis, había pedido una tarta de cerezas como regalo. En consecuencia, se preparó un magnífico pastel, pero, apenas lo hubo cortado, Elizabeth, para consternación de sus padres, rompió a llorar furiosa y, cuando consiguieron calmarla un poco, descubrieron que la niña esperaba que la tarta no tuviera cerezas, sino heliotropos. Fuera cual fuese el origen de tal confusión en su mente infantil, estaba ya firmemente arraigada. El hecho de que aquellas flores no fueran comestibles le traía sin cuidado: Elizabeth estaba empecinada en que su tarta de cumpleaños tuviera heliotropos o nada. En ese momento, las cualidades del señor Laventie se hicieron valer. Con rápida inventiva, quitó la cubierta de masa, apartó las cerezas en un parterre que tenía a mano y llenó el plato con un buen montón de fragantes heliotropos. Animaron a su hija a intentarlo de nuevo y, esta vez, la niña encontró una verdadera delicia bajo la cobertura. Elizabeth se quedó mirando un momento la tarta, con solemne embeleso, antes de hundir la nariz (ya algo aguileña) en su perfume; luego, al tiempo que alzaba la cabeza de oscuros cabellos, exclamó con suavidad:

—¡Ah, espléndido azul milagroso!

Como ya se ha dicho, entonces tenía apenas seis años.

De Elizabeth, la costumbre se extendió a los otros dos y, tres veces al

año, aparecían las tartas de flores en Whitenights. La de Dick tenía prímulas, amarillas y aterciopeladas, y la de Ann… Bueno, Ann está a punto de cortar la suya.

El cuchillo se desliza sin dificultad por la mantecosa cubierta. Ann tiene el rostro tenso y enrojecido de emoción, pues ella, más que ninguno de sus hermanos, aún conserva el prístino entusiasmo del asombro y la curiosidad. El cuchillo se desliza de nuevo en otra dirección y, de la abertura triangular, brota un enorme puñado de flores rosas de rododendro como espuma de coral.

—¡Qué bonito! —dice Ann apenas sin aliento.

Corta cuatro porciones más y los Laventie se comen la tarta con gestos delicados en platitos de cristal. Elizabeth deja caer a propósito el azúcar sobre la hierba, queda precioso espolvoreado sobre el verde.

II

Cuando el sol ya se había ocultado tras el portón, el señor Laventie empujó la silla de ruedas de su mujer para llevarla al interior de la casa. Hacía siete años que su caballo la había tirado al suelo y, tras dieciocho meses de operaciones, tratamientos y dolores extremos, se reconoció oficialmente que nunca volvería a caminar.

Durante ese tiempo, el cabello se le había vuelto de un tono gris apagado y ahora, a los cuarenta y un años, parecía mucho mayor que su marido. La espesa cabellera atigrada y el magnífico perfil de Richard Laventie se conservaban con notable lozanía, no cabía duda, y, si los hombros se le encorvaban un poco, era más para crear una impresión de altura que otra cosa. La desgracia de su esposa lo había afligido sobremanera y, de vez en cuando, le regalaba una colcha nueva. Tenía un gusto exquisito y, con el paso de los años, aquellas hermosas prendas servirían a Ann como una especie de calendario de su infancia. No obstante, había en ellas un significado secundario que esa infancia ignoraba: solo la señora Laventie sabía qué peso concreto en la conciencia de su Richard había descargado el brocado de color mandarina que ahora le cubría las rodillas.

Al borde de los tilos, Martha esperaba para ayudar a subir a su señora por los escalones de piedra. Era una mujer recia y bastante fea y el contraste con la armoniosa elegancia de Whitenights la hacía parecer más recia y fea

que nunca, pero su devoción por la señora Laventie compensaba con creces cualquier falta de porte como doncella. Existía un curioso vínculo, casi una alianza, entre las dos mujeres, que al señor Laventie le resultaba difícil explicarse. De vez en cuando le daba vueltas y se preguntaba qué tenían en común; no se le ocurría pensar que ambas pudieran sentirse un poco fuera de lugar.

Cuando entraron en la salita de estar de su esposa se dio cuenta, por enésima vez, de hasta qué punto hacía falta redecorarla. Veinte años de meticulosa selección y arreglos habían llevado a Whitenights al filo de la perfección: no pretendía, por supuesto, ser un museo, sino que ofrecía esa belleza particular que a veces resulta cuando media docena de generaciones de compradores de muebles culminan en un hombre de buen gusto. Así era el señor Laventie, que gestionó su variopinto legado con evidente inteligencia, vendiendo lo victoriano y conservando el estilo reina Ana, así como las descoloridas colgaduras y las mediocres acuarelas que daban carácter a la casa. Tan solo esta habitación había podido con él. Sus tres ventanas altas y un profundo nicho ofrecían posibilidades, pero tal como estaban dispuestas las cosas, apenas se veían las proporciones de los muebles. La estancia estaba atestada de mesitas, armarios esquineros, sofás y mecedoras; en el nicho había, ¡nada menos!, un pequeño órgano; debajo de cada ventana, un banco estrecho y largo tapizado de felpa (de los que solían colocarse en los salones de baile) asomaba bajo un montón de trastos de todo tipo. De dónde había salido tal cúmulo de cosas era un misterio. Ni siquiera Martha, que sabía que se tardaba el doble en limpiar el polvo de aquella habitación que de cualquier otra de la casa, habría podido dar una explicación.

—Esta sala —comentó el señor Laventie a modo de disculpa— podría ser encantadora. Me avergüenza.

—A mí me gusta así —repuso su mujer.

—Eres demasiado generosa, querida. —Con cierto desagrado, Richard detuvo la mirada en una pequeña máquina de coser—. Podríamos empapelar las paredes en color pergamino, dejando la carpintería en tonos crema tal como está, y bajar algunas cosas del rellano de arriba. Ayer mismo me di cuenta de que la cómoda ahí está desaprovechada.

La señora Laventie miró despacio a su alrededor y negó con la cabeza.

—A mí me gusta así —repitió—. Después de todo, también tengo el resto de la casa. Y si vamos a gastarnos el dinero, están esas alfombras que

querías para el salón.

—¡Bah, dinero! —Ninguno de sus vecinos adivinó jamás que los ingresos del señor Laventie daban lo justo para permitirse una completa ociosidad—. La cuestión es si vamos a tolerar que tu salita siga siendo el lugar menos atractivo de la casa.

—Pero le da el sol toda la mañana. Y, además, si a mí no me importa…

Haber aceptado la derrota con elegancia siempre es un consuelo y ese consuelo fue el de Richard Laventie cuando cerró suavemente la puerta al salir. A pesar de su cultivada impopularidad, a pesar incluso de una dote de cincuenta mil libras, la gente se preguntaba a menudo qué habría visto en ella.

Era un alivio estar de nuevo entre las paredes pálidas y los escasos muebles del vestíbulo. Veinticinco años antes tenía un aspecto muy distinto, cuando el fallecimiento de su padre lo obligó a volver de París… De Sens, más bien: era propio de su familia insistir en una universidad de provincias, aunque no había perdido mucho tiempo allí. Recordó con una sonrisa la cara redonda y sonrojada de la hija de su casera, que había ido a buscarlo a París con el cable aferrado en aquella mano sudada y pegajosa. Le había ahorrado infinidad de problemas, Marie-Clotilde, una buena chica, teniendo en cuenta que solo había estado quince días en ese engreído villorrio. Entonces contaba veinticinco primaveras y ahora tenía cincuenta, pero aquellos cuatro años de luminosos cafés y estudios de ambiente cuestionable seguían mucho más vívidos en su memoria que todo lo que había sucedido después. Había viajado, por supuesto, y en ocasiones se había divertido, pero el mundo estaba envejeciendo.

Allí de pie, en la cálida sombra del vestíbulo, el señor Laventie se sumió en una ensoñación que comenzaba en Montparnasse y terminaba en algún lugar aún más alejado de su heredad de Sussex… Por un momento se había olvidado de encorvarse y las orejas algo puntiagudas y las cejas angulosas le daban un aire vigilante y enigmático muy distinto a su acostumbrada despreocupación. Tenía el singular aspecto de haber llegado vagando desde otro sitio, de sentirse ajeno en esa casa que había construido casi con sus propias manos, y Martha, que bajaba con una lámpara, lo tomó por un extraño hasta que este se dio la vuelta y le pidió que le llevara otro sifón de soda a su estudio.

III

Entretanto, Dick y Elizabeth estaban jugando con Ann en el jardín porque era su cumpleaños. Los juegos les aburrían y ya habían disfrutado de una tarde de críquet francés con los Gayford, lo cual demostraba qué buenos modales tenían entre ellos. Ann lo notó y no tardó en cansarse.

—La semana que viene es el cumpleaños de John —comentó Dick con voz lúgubre mientras se dejaba caer sobre la hierba. John era el segundo de los hermanos Gayford, entre Peggy y Nick.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho él. Van a hacer un pícnic.

—Odio los pícnics —sentenció Elizabeth con rotundidad. Era bastante alta, angulosa y morena como un paje normando y, cuando decía que odiaba algo, no era una forma de hablar.

—¡Qué lata! No habrá más que niños Gayford hartándose de comer hasta que vomiten. ¿Se puede saber cuántos son?

—Solo cinco —dijo Ann.

—Tienen que ser más. Hay tres en los Lobatos.

—John no, John es un *scout.* Y luego están Peggy y Joyce. Cinco en total.

—Bueno, pues parecen muchos más —insistió Dick. Hizo una pausa y luego añadió con voz impersonal—: Supongo que tendremos que ir.

—Aún no nos han invitado —repuso Ann.

—Sí que lo han hecho, extraoficialmente. John me ha dicho que, por supuesto, querían que fuésemos.

—Yo no iré —anunció Elizabeth.

Los otros dos la miraron de hito en hito.

—¿Por qué? —preguntó Dick.

—No sé por qué debería. No quiero y en realidad no son mis amigos. Le pediré permiso a papá.

—Entonces yo también —replicó el chico.

—No, Ann y tú tenéis que ir —decidió su hermana—. Solo sois unos niños y no hay razón para que no vayáis. Parecería de mala educación.

—Pues no entiendo por qué tú puedes librarte y nosotros no —argumentó Dick—. Peggy tiene tu edad. No es justo.

—Ya soy mayor para fiestas infantiles. Además, ¿por qué tengo que aburrirme sin ninguna necesidad solo porque Ann y tú lo hagáis? Sé

razonable, Dick.

Ann los escuchaba consternada. Empezaba a parecer posible que tuviera que ir sola y tal perspectiva la aterrorizaba. No era solo que fuese tímida, sino que la actitud de los hermanos Laventie hacia los jóvenes Gayford siempre había sido un poco la de los griegos hacia los bárbaros. Eran rudos. Apenas tenían cerebro. A menudo iban sucios. Todo esto, por supuesto, era menos evidente para ella que para sus mayores, pero Ann se había empapado lo suficiente de su punto de vista como para notar una aprensión teñida de cierto sentimiento compensatorio de superioridad.

Resultaba en efecto muy difícil para los jóvenes Laventie no ser un poco pedantes. Los tres tenían una inteligencia excepcional y eran en extremo felices. La competente instrucción de su tutor, el señor Dukes, se complementaba desde que tenían memoria con la erudición más pulida de su padre y, fueran cuales fuesen los defectos de este, nadie le había negado nunca al señor Laventie su intelecto. Tomaba los imparciales esbozos históricos del señor Dukes y, en media hora de pintoresca descripción —recuerdos propios, parecía—, los coloreaba de un rojo tan llameante o de un púrpura tan real que se pavoneaban por su estudio más nítidos que cualquier aparición. Desde el principio, además, se había ocupado por completo de enseñarles francés y los niños lo aprendieron de Montaigne, Bossuet y Voltaire. El pobre tutor protestó una vez contra aquello: estaba convencido, dijo, de que no podían entender lo que leían. El señor Laventie se mostró de acuerdo. Que lo entendiesen o no era irrelevante: lo importante era que se metieran bien en la cabeza el ritmo de la lengua. Del mismo modo leyeron con buen ánimo a Shakespeare, Pater y Max Beerbohm y, al menos con Elizabeth, el método ya estaba dando sus frutos: a los catorce años escribía una prosa inquieta y ágil que asombraba por su madurez. Dick era más difícil de juzgar, debido a su extrema indolencia, y, en cuanto a la pequeña Ann, la señora Laventie a veces se preguntaba si no sería demasiado joven para esas lecciones.

A Ann, sin embargo, le encantaba. La mayor parte de lo que oía le resultaba incomprensible, pero el mero hecho de estar en el estudio con los demás era maravilloso. Se sentaba en el suelo, junto a la ventana, y observaba cómo la luz del sol se movía por las multicolores encuadernaciones de los libros mientras aquellas hermosas y sonoras frases le zumbaban en los oídos como enormes insectos. Las francesas siempre eran libélulas, pero las inglesas variaban. A veces oía polillas y a veces

abejorros. En invierno se ponía al otro lado de la habitación y se tumbaba en la alfombra de la chimenea para admirar a su padre sentado en su gran silla de roble.

Era una silla singular, a su manera, de diseño eclesiástico y acolchada en un damasco de color carmesí oscuro. Los largueros del respaldo ojival fueron en otro tiempo lisos y cuadrados, con un sencillo motivo en forma de trébol, pero en algún momento alguien talló el de la izquierda para que pareciese una diminuta gárgola sonriente de orejas puntiagudas y nariz rota. Ann la miraba sin pestañear hasta que esta le devolvía el gesto. Por alguna razón, sin embargo, a medida que se hacía mayor le gustaba cada vez menos: había un ángulo desde el que parecía susurrar al oído de su padre como un espíritu familiar salido de Macbeth. Dick y Elizabeth la admiraban sin mesura; casi siempre estaban de acuerdo en todo.

El pícnic de los Gayford, no obstante, era distinto. Como señaló Elizabeth, Dick estaba siendo egoísta y punto.

—¡Ay, mira, de verdad! —exclamó al fin—. Si Ann puede ir sin protestar, creo que tú también.

—Para Ann no es tan malo, ella no tendrá que jugar al críquet.

—Claro que sí —dijo esta—, tendré que recoger las pelotas.

—¡Uf, de acuerdo! —Dick cedió de repente, como solía—. Iré. Jugaré al críquet. Me uniré a los Lobatos. Vamos dentro, que empieza a hacer frío.

Emprendieron la marcha por el jardín en gran armonía, pero Ann se rezagó un momento para coger el plato de la tarta que se habían dejado allí y los siguió más despacio, uno o dos pasos por detrás. El señor Laventie, que observaba desde la ventana de su estudio, vio cómo la expresión soñadora de la niña cambiaba y se suavizaba al inclinarse sobre las flores rosas y pensó, como tantas veces antes, que de sus tres hijos Ann sería la poetisa.

IV

Por una vez, sin embargo, su inteligencia le había fallado: no era arrobamiento, sino angustia, lo que inclinaba la cabeza de Ann sobre los rododendros. Porque Ann, ¡pobre Ann!, es una renegada; sus cejas soñadoras y melancólicas dan, por desgracia, una impresión bastante errónea. Todos los años ha mantenido en vano la esperanza y todos los años los hermosos pétalos incomestibles la han defraudado. Porque Ann tiene la

convicción, esencial e instintiva, de que están fuera de lugar. Las flores son bonitas en los jardines —y en las casas, por supuesto—, pero en una tarta uno quiere fruta. Manzanas. Calientes y fragantes y ligeramente rosadas, muy jugosas y con clavo. Ella quería una tarta de manzana.

Primera Parte

(Diez años más tarde…)

Capítulo 1

I

El señor Laventie se asomó a la ventana del salón y observó con considerable satisfacción la marcha de sus visitantes; estaba bastante seguro de que no volverían por allí.

No cabía duda de que los Laventie ocupaban una posición peculiar en aquella agradable campiña: profundamente arraigados en la historia de Sussex, tenían sin embargo una vena extravagante que les servía para distanciarse casi por completo de sus dignos vecinos. Generación tras generación, los primogénitos se habían embarcado en el Grand Tour y tuvieron que ir a buscarlos, años después, a París, Viena o San Petersburgo cuando la muerte de sus padres dejaba a Whitenights sin amo. Volvían a casa convertidos en hombres de mediana edad, urbanitas, viajados, por lo general empobrecidos, en ocasiones libertinos, y los buenos hacendados de Sussex los convidaban a cenar. Solían pasar unos seis meses antes de que cesaran todas las invitaciones. A principios del siglo XIX, sin embargo, el linaje había experimentado un curioso sesgo hacia la respetabilidad, debido sobre todo al admirable carácter de cierta heredera de Warwickshire a la que se había recurrido en las repetidas crisis de fortuna de los Laventie. La bisabuela Elizabeth dio a su apacible marido seis hijos y seis hijas y los educó en los más sólidos principios religiosos y sociales. Las relaciones con el condado se restablecieron enseguida, el clero encontraba acomodo en la mejor habitación de la casa y las cenas en Whitenights eran tan aburridas como cualquier otra entre Londres y Worthing. Los hacendados y sus esposas los miraban con buenos ojos: se alegraban de que la familia volviera a ocupar el lugar que le correspondía. Así, sucedió que el señor Laventie

(que por derecho tendría que haber sucedido a Richard Giles, 1720-1783) se vio con un bagaje de lo más desagradable, formado por oraciones familiares y vino de prímulas. Pocos de sus antepasados, sin embargo, podrían haber dado carpetazo a tal carga con mayor rapidez. Un año después de regresar de Francia, a los seis meses de casarse con Audrey Bendix, Whitenights había vuelto a la vieja tradición del aislamiento autoimpuesto. Los Laventie se bastaban y se sobraban y, de hecho, de no haber sido así, habría muy pocos meses al año en los que sus habitaciones de invitados estuvieran desocupadas. El señor Laventie podía tener (como a veces se sugería) unos modos harto insultantes, pero no se le podía tachar de inhospitalario. Simplemente no quería conocer a sus vecinos y, si los Gayford seguían invitando a sus hijos a merendar, lo hacían sin mediar provocación alguna.

Cuando las indignadas espaldas de las visitas hubieron desaparecido por el camino, el señor Laventie se volvió y se detuvo un momento para contemplar el escenario del desconcierto de sus convecinos.

Amueblar aquella estancia le había proporcionado un placer inmenso y nunca entraba en ella sin apreciarla de nuevo. Siguiendo el modelo de un salón tradicional de la clase media francesa, tenía las paredes empapeladas con rutilantes franjas rosas y plateadas y divididas en paneles por medio de una cenefa decorativa que imitaba una cinta rosa. Había en total nueve paneles y en el centro exacto de cada uno colgaba uno de los *Pregones de Londres* en un marco rizado bañado en oro. Estos dorados eran la nota dominante, en efecto, y brotaban como un hongo rococó allí donde conseguían afianzarse. El sofá y las seis sillas imperio (tapizados a juego con el papel pintado) estaban muy deteriorados, e incluso las barras de las cortinas se veían desgastadas, mientras que en la repisa de la chimenea un reluciente reloj amarillo conmemoraba el sacrificio de Ifigenia. También había una peana de mimbre para tartas ceñida con lazos rosas y una cesta con culantrillos para disimular el vacío de la chimenea, pero la «guinda» de la habitación, el culmen de todo aquel dorado rococó, era un pequeño caballete que, de espaldas a la ventana, sostenía un magnífico grabado de lord Leighton.

Allí era donde el señor Laventie entretenía a sus amables vecinos de Wetherington, maravillado sobremanera por su perseverancia: una inválida permanente, concluyó, debía de ser una gran atracción, y de hecho la señorita Bendix había sido bastante popular. Nunca se quedaban mucho tiempo, no obstante; el récord de resistencia lo tenía la señorita Medlicott, la

hermana del vicario, con una visita de nueve minutos. Los demás se espantaban, como decía la señorita Finn, en los primeros cinco. Ella misma ostentaba el récord en el otro extremo de la escala y le había dicho al señor Laventie, con toda franqueza, que aquella combinación de colores le daba náuseas. Incluso ahora sonrió al recordar el enjuto rostro picudo de la mujer y cómo se le erizaba el cabello mientras se escabullía a toda prisa por el camino hacia aquel ridículo coche amarillo y la sonrisa se hizo más ancha al pensar en todas las otras espaldas que había observado desde aquella misma ventana: el coronel y la señora Foster-Brown, rojos de ira; el diputado local, con su estúpida cháchara de entendidillo sobre primeras ediciones; lady Spencer y sus larguiruchas hijas; sir George Bowman; la pobre señorita Medlicott, paciencia cristiana saliéndose por las costuras de aquel enervante impermeable. Si la gente dejara de vender sus casas y perdiera la afición por visitar a los enfermos, pronto sería un barrio bastante tranquilo.

Mientras cruzaba el vestíbulo, la señora Laventie lo llamó desde el jardín.

—¿Quién era, Richard?

Este salió enseguida a reunirse con ella bajo los tilos y observó complacido con qué magnificencia resaltaba la seda china de su colcha sobre la hierba. Aquel viaje a Viena había sido caro, entre unas cosas y otras.

—La gente del pabellón.

—¿Los que acaban de volver de la India?

—Sí.

—¿Se han ido ya?

—Por suerte. —El señor Laventie le dirigió una afable sonrisa y pensó en lo mucho que había envejecido su esposa en los últimos cinco años—. ¿Te hace falta algo? ¿Cómo se entera la doncella si la necesitas?

—Tengo una campanilla —le explicó la señora Laventie—. El té estará enseguida, ¿quieres quedarte?

Él rehusó con educación, pero prometió observarlos desde la ventana del estudio y, con eso, se marchó caminando ligero sobre la hierba recortada y con la luz del sol reflejándose en su singular cabello atigrado. Su mujer se quedó mirándolo hasta que desapareció en el oscuro umbral de la puerta-ventana.

Ambos se preguntaban cuánto oporto quedaría en el armario entre las estanterías.

II

La señora Laventie siguió allí, tapada con su colcha de seda, esperando a que sus hijos se reunieran con ella para tomar el té. Ann llegó la primera, como de costumbre, trotando desde el huerto con un libro bajo el brazo y el pelo corto aplastado detrás de las orejas para mostrar lo mucho que había estado leyendo. Diez años más no habían hecho desaparecer a aquella niña melancólica y, a menudo, resultaba un poco chocante para la familia darse cuenta de que Ann había crecido. Antes de entrar a lavarse las manos, siempre dejaba el libro encima de un cojín, como si reclamara su sitio, y a menudo se chocaba con Elizabeth en el salón. «Está muy oscuro cuando entras desde el jardín», se excusaba siempre, y Elizabeth no decía nada, solo se encogía de hombros (sin apenas perder su línea recta) y se dirigía a la mesa del té.

Elizabeth era muy alta, a sus veinticinco años, y parecía más que nunca un soldado normando, con la piel morena y su perfil resuelto. Caminaba con paso lento y desdeñoso, como si siempre estuviera de guardia en un país ya conquistado pero aún hostil, y a nadie se le ocurría preguntarle si bailaba mucho. El té era para ella la más pura formalidad, ya que nunca tomaba más que una taza de chino muy suave, con limón, pero sin azúcar; sin embargo, a pesar de su libertad intelectual, conservaba un fuerte sentido del ceremonial y casi nunca llegaba tarde: tributo no tanto a la excelencia de los bollos como al concepto de una «Mesa del Té» con mayúsculas.

—¿Está Dick? —le preguntó su madre.

Elizabeth creía que sí, pero se temía que estaba en el taller. El «taller» era un viejo cobertizo en el jardín que aún olía a tierra y a macetas y del que Dick se había apropiado para sus actividades artísticas. Se consideraba un gran escultor.

—Vaya —se lamentó la señora Laventie—, pues estos son los bollos que le gustan. Se ponen correosos enseguida.

—Si Dick está trabajando —señaló Elizabeth con sensatez—, dudo que quiera parar por unos bollos.

—Lo sé, cariño, pero tal vez Martha pueda llevarle un par de ellos.

Elizabeth miró a su madre con verdadero asombro. Que a Dick le molestaría más el hecho de que Martha entrara en el taller con una bandeja que salir él mismo era tan obvio que apenas se podía explicar sin ser

grosera. Fue un alivio ver que Ann salía ya de la casa con las manos limpias y una sonrisa hambrienta. Era una distracción.

—Dick viene enseguida —les anunció mientras se dejaba caer en su cojín—. ¡Bollos! Qué bien. Cogeré dos para ahorrarme trabajo.

—Vas a engordar —observó su hermana.

Ann se sonrojó. En verdad parecía un plato pantagruélico. Todo mantequilla.

—Tonterías, cariño, cómetelos —le dijo su madre—. A tu edad es bueno estar algo rellenita.

Ann la miró un poco como lo había hecho Elizabeth antes y luego volvió a mirar el plato. Sus melancólicas cejas se juntaron en un gesto de angustia tan intensa que Dick dijo que no le importaría modelarla si era capaz de mantener la cara así.

El joven se desplomó en un largo sillón de mimbre, agotado de tanto trabajar, y se entregó a las atenciones de las tres mujeres. Ann creyó notarle las costillas bajo la fina camisa.

—He decidido —comentó enseguida su hermano— que no volveré al Slade en octubre. He alquilado un estudio. No, no me preguntéis nada. Hace demasiado calor. Ya he escrito a todo el mundo.

La señora Laventie parecía afligida.

—Creía que te encantaba estar allí en la escuela. Y esas habitaciones tan bonitas, tan bien amuebladas…

—Exacto —repuso Dick—. Pasé un trimestre volcado en amueblarlas para dejarlas perfectas. Ahora ya está acabado. No puedo volver, sería como regresar con una amante solo porque uno le hubiera pagado el alquiler hasta final de mes.

Cogió otro bollo.

—Ya llevas cuatro —contó Ann—, y yo solo tres.

—¿Lo sabe tu padre? —le preguntó la señora Laventie.

—Todavía no. Se lo diré luego, después del té. No le importará. Él sabe que llevo un año trabajando prácticamente por mi cuenta y que puedo conseguir tantos encargos como quiera. Seguro que le parece una buena idea.

—Lo es —dijo Elizabeth con firmeza—. La última vez que vi algo de tu obra, empezaba a mostrar claras trazas de clase de arte. Si quieres seguir formándote, vete a París.

Cuando la hermana mayor dejó de hablar, hubo un momento de

silencio cristalino bajo los tilos. Uno de los encantos de la voz grave y profunda de Elizabeth era que nunca desfallecía poco a poco, sino que se apagaba de un modo limpio y rápido y dejaba tras ella un silencio aún más intenso. Ann escuchó complacida la atmósfera de ese caluroso agosto hasta que Martha salió retumbando de la casa para decirles que el señor Gayford estaba en el vestíbulo.

—¿Qué señor Gayford? —preguntó la señora Laventie.

—El señorito John, señora. Dice que ya ha tomado el té.

—¿Por qué no lo has acompañado hasta aquí, Martha? Ve y dile que estamos en el jardín.

—No ha querido salir, señora. Dice que es solo un momento y que no quiere molestar.

—Ve tú, Dick —dijo Elizabeth con voz cansada—. Será por algo de los Boy Scouts.

—Hace demasiado calor. ¿Por qué no puede salir el muy zoquete y decir lo que tenga que decir como un caballero? Además, le caigo tan mal que no es seguro. Que vaya Ann.

—De acuerdo —asintió esta servicial mientras se levantaba del cojín. Parecía tan acalorada como Dick y no tan mayor con su vestido de lino rosa y sus zapatos de tenis—. Si no he vuelto dentro de quince minutos, ven y tose.

III

Al marcharse, el silencio volvió a caer sobre el grupito congregado alrededor de la mesa del té. Elizabeth había cogido el libro de Ann y lo hojeaba con indiferencia, como si esperase contra toda esperanza que algo le llamara la atención. Tenía un sentido del estilo tan exquisito que le resultaba casi imposible disfrutar de la lectura. Dick se limitaba a holgazanear, con su hermoso perfil gainsboroughiano alzado hacia las ramas de los árboles y una brizna de hierba entre los dientes. Una o dos veces, Elizabeth paseó la mirada de su hermano a su madre y de nuevo al libro. La señora Laventie se había sumido en un plácido sueño y, entre las fluctuantes sombras, su rostro parecía muy viejo. Las hermosas cejas negras (que en Elizabeth tenían todo su valor) daban la impresión de estar pintadas, en apenas dos finos trazos, sobre las cuencas hundidas de los ojos y los párpados arrugados, y el grano

de la piel empezaba a perder su tersura alrededor de la boca. Elizabeth la comparó, ecuánime, con el retrato del comedor, pintado justo antes del accidente, y decidió que uno siempre tiene que estar en guardia contra la vida.

—Ann está tardando una eternidad —protestó Dick de repente.

—Los Gayford siempre son difíciles de despachar. Ve y tose.

—Toseré desde aquí. ¡Ann! —gritó de pronto y con una fuerza sorprendente—. ¡Ven, Ann!

Momentos después, la figura de Ann apareció en la puerta-ventana.

—¿Qué pasa?

—Estoy tosiendo. ¿Se ha ido ya?

—Ahora mismo. Pero es muy probable que te haya oído.

—*Tant mieux.* ¿Qué quería?

—Van a hacer un pícnic en las colinas el miércoles y quería saber si nos apetecía ir —les explicó Ann mientras volvía sin prisa por la praderita del jardín.

—Es extraordinaria —dijo Elizabeth— su incapacidad para deducir hasta la conclusión más sencilla. Llevamos diez años rechazando con educación sus invitaciones para ir de pícnic: podría pensarse que tendrán al menos la sospecha de que no nos gustan los pícnics, pero al parecer no es así.

—¿Qué has dicho esta vez, Ann?

—Que muchas gracias y que, si alguno de nosotros podía ir, nos encontraríamos con ellos en el cruce a las dos y media, pero que no esperasen.

—Diplomático. Pero ¿qué hace John de pícnic un miércoles por la tarde?

—Cierran a mediodía —murmuró Dick.

—Está de vacaciones. Trabaja en un banco en Worthing. Mi libro, por favor, Elizabeth.

—A mí me parece que han sido muy amables —dijo la señora Laventie.

Ann volvió a echarse sobre el césped, con la barbilla apoyada en los puños y un zapato ondeando en el aire. En realidad no estaba leyendo, solo fingía hacerlo para que los demás no le hablaran. Hacía demasiado bueno en el jardín para hablar. Qué extraño era pensar que estaba tumbada en la superficie del mundo… Una enorme bola verde y cálida que giraba lentamente por el espacio con un diminuto punto rosa en algún lugar, bajo un tilo como una brizna de hierba. Miró al otro extremo del jardín, hacia la

casa que se erguía sólida bajo la luz del sol, y le encantó. Pensó en la fresca y encantadora penumbra que te recibía al entrar desde el caluroso jardín, en las ráfagas de aire cálido que soplaban a través de las ventanas abiertas, en el intenso y profundo silencio a eso de las tres de la tarde. Era extraño, pero, por muy callada que estuviera la casa, el largo y umbrío salón era siempre un poco más silencioso aún, un remanso de tranquilidad en el corazón del hogar. Por alguna razón, allí siempre había un ligero olor a menta, un aroma que Ann relacionaría durante el resto de su vida con las finas tazas de café y el brocado verde. De pequeña había admirado el enorme y lustroso sofá más que nada en el mundo, más incluso que el biombo chino que había detrás del piano. Este era de seda gris con bordados azules y rosas e ilustraba la historia del Hanasaka Jiisan. Lo mejor de la habitación, sin embargo, eran dos bolas de marfil situadas cada una en un extremo de la repisa de la chimenea. Tenían unos quince centímetros de diámetro y estaban talladas de una forma muy elaborada, una con monos y la otra con serpientes enroscadas, y contar esas figuritas en relieve era el juego más fascinante del mundo. Tras años de práctica, Ann había establecido por fin las cifras en ciento cuatro y ciento veinte respectivamente, pero incluso ahora le costaba pasar de largo sin cerciorarse. Durante unos dos años más o menos, entre los ocho y los diez, había jugado con esas bolas todos los domingos por la tarde, y aquello era significativo porque a los pequeños Laventie nunca les habían inculcado qué cosas se podían hacer los domingos y cuáles no. De hecho, en la atmósfera liberal de Whitenights, el tabú que Ann se había autoimpuesto sabía no poco a superstición.

Enfrente del salón, al otro lado del vestíbulo, estaba el comedor, con su amplia mesa de madera pulida y el retrato de su madre. Ann pensó en lo maravilloso que era cenar allí en las noches de verano, con la fruta y la cubertería de plata reflejándose borrosos en el roble oscuro y la estrecha cabeza de Dick formando una silueta negra contra el cielo. Nunca encendían las velas hasta el último momento, por los mosquitos, y a veces, como decía Elizabeth, se comían los melocotones por mero instinto. Junto a la ventana se achaparraban dos hondos sillones de cuero, muy útiles si llegabas un poco pronto a comer. En la sala de billar había varios del mismo tipo, en un viril semicírculo alrededor de la chimenea. Era una sala de billar muy formal, llegada en bloque para el entretenimiento de los hacendados locales en plena era de Oraciones Familiares. A Dick y a su padre les gustaba bastante jugar y a veces Ann, tumbada en su cama en el piso de

arriba, oía el chasquido de las bolas hasta las dos de la madrugada.

Al pensar en su habitación, Ann se retorció sobre la hierba en un espasmo de puro placer; era sin duda la más bonita. En primer lugar, tenía un banco encastrado en la ventana, el único en una casa por lo demás admirable, y un amplio alféizar blanco en el que apoyarse para leer. Los armarios eran muy hondos, empotrados a ras de la pared, y en uno de ellos estaba dibujado el comienzo de una escena del *Infierno* de Dante, que Ann se había inspirado para ilustrar a los once años. En aquel momento se consideró que demostraba una percepción muy original y aún miraba con orgullo las enormes llamas rojas y rizadas y los orbes de fuego. También le otorgó cierto prestigio a ojos de Elizabeth y Dick, que tenían debilidad por los primitivistas. El gusto de Ann se había desarrollado luego en líneas puramente bucólicas y había vuelto tras seis meses en París con toda una carpeta de bocetos al óleo de árboles, sobre todo tilos, pero también uno o dos castaños y un formidable y robusto roble. Había entrado por casualidad, además, en una pequeña exposición y solo dejó de comprar cuando recordó que aún no tenía el billete de vuelta para poder colgarlos en Whitenights. Para sorpresa de Ann, su familia alabó no solo su gusto sino también su perspicacia: parecía que Ducros era una buena inversión. El roble era lo primero que veía cada mañana al despertarse: un árbol de lo más inglés, aunque probablemente haría falta un francés para apreciar las pinceladas.

IV

Dick se estiró como un gato y se levantó. Había estado distrayéndose con la idea de ir a París y preguntándose si le gustaría. En cualquier caso, sería de buena educación decírselo a su padre.

Fue paseando sin prisa hasta la casa y entró por la fresca habitación que tanto le gustaba a Ann. El señor Laventie estaría en su estudio, probablemente leyendo a Ronsard. Dick se detuvo ante la puerta, no por aprensión, sino para apostar consigo mismo a que sería el «Soneto para Cassandre»; la tarde lo exigía. *Comme on voit sur la branche au mois de mai la rose…*[1] Retomaría el verso y lo terminaría en armonía.

El señor Laventie, sin embargo, estaba ocupado en otras cosas y pareció no darse cuenta de la llegada de su hijo. Estaba sentado medio retorcido en su magnífica silla, mirando hacia la pequeña gárgola sonriente cuyas orejas

puntiagudas se parecían tanto a las suyas, y a esa cabeza parecía dirigirle un torrente de frases en francés, rápidas y apenas susurradas, que Dick era incapaz de seguir. Sobre el escritorio cuadrado, una licorera de oporto hacía arder la luz del sol vespertino y la hermosa habitación se anegaba por completo en un tenue resplandor de color alhelí. De vez en cuando, el señor Laventie alzaba una mano en un gesto rápido y recriminatorio y luego volvía a apoyarla en la rodilla; otras veces hacía una pausa, pero solo para enfatizar, y enseguida su suave voz seguía fluyendo como un chorro de vino aguado y acre.

Dick cerró la puerta sin hacer ruido y se marchó, pues sabía que no era bueno molestar a su padre.

1 «Igual que en la rama de mayo se ve la rosa…» Primer verso de un soneto de Ronsard incluido en su poemario *Muerte de Marie. (Todas las notas son de la traductora.)*

Capítulo 2

Ann Laventie se plantó frente al largo espejo de su dormitorio y se preguntó qué era lo que solía hacer que la gente entrase en decadencia. Porque resultaba obvio que pronto tendría que hacer algo.

Hacía ya varios meses que a Ann la atormentaba el miedo a ponerse… Bueno, rellenita. Gorda no. Desde luego gorda no. Pero… Bueno, rellenita. Rolliza. Un temor secreto del que se avergonzaba, que habría muerto por ocultar y que, empezaba a temerse, solo la muerte podría de hecho ocultar. Y ahora Elizabeth se había dado cuenta; Elizabeth, cuya distinguida delgadez era un continuo reproche para ella… Ann se acercó a la cómoda y abrió el último cajón. Tanteó el fondo, detrás de su mejor pijama, suave y sedoso al tacto. Sacó un fino volumen de papel cuya sobrecubierta de la Librairie Hachette no era más que una tapadera para ocultar los *Ejercicios para adelgazar de Heath (Ilustrado).* Ann pasó las páginas con cierto fastidio: había algo intrínsecamente vulgar en esas fotografías de mujeres bien proporcionadas en traje de baño. Les quedaban tan ajustados que más bien parecían estar superpuestos *a posteriori.* En una de ellas, la modelo aparecía tumbada de espaldas, doblada como una pescadilla, con los dedos de los pies apoyados en el suelo detrás de la cabeza. Ese en concreto era un ejercicio muy bueno, inestimable para afinar las caderas.

Ann volvió al espejo e intentó verse de perfil. Era demasiado injusto: ningún Laventie había estado gordo, ni siquiera de viejos. Abajo, en el salón, al menos una docena de retratos atestiguaban incluso su notable delgadez a lo largo de cuatro siglos. El lejano tatarabuelo Richard, por ejemplo, que terminó de construir la casa original de Whitenights justo antes de que la quemara la Caballería de Hierro del Lord Protector, parecía esbelto hasta con aquel recargado jubón rosa. Las hijas del reinado de Guillermo y María llevaban corpiños que parecían larguísimos calzadores; las esposas

georgianas habrían podido pasar por el ojo de un anillo de boda. Se rumoreaba, de hecho, que la bisabuela Laventie había tenido una figura rayando en lo imponente, pero solo había sobrevivido una miniatura suya y, en general, el patrón continuó notablemente inalterable. Eran un linaje grácil, de piel morena, con el pelo lacio y oscuro y cejas altivas, y es de suponer que las mejillas sonrosadas y el rizado cabello castaño de Ann habrían provocado no pocos comentarios socarrones entre los caballeros de su familia.

La joven se sentó en el borde de la cama y pensó con amargura en los caprichos de la fisiología. Dick y ella llevaban prácticamente la misma vida, comían prácticamente lo mismo —él incluso un poco más—, y su hermano estaba flaco como un palo mientras que ella estaba cada día más rellenita. Era exasperante. No tenía ninguna lógica. Es justo para con Ann decir ya mismo que la vanidad tenía muy poco que ver en esta osada acusación a las ciencias naturales; tan solo sentía por su familia una admiración casi devocional y vivía para parecerse a ellos lo máximo posible. Las implicaciones de esta actitud no se le escapaban del todo: para sentir por algo lo que ella sentía por Whitenights hay que estar un poco fuera de ello y, desde luego, Ann estaba mucho más deslumbrada por el ingenio y la distinción de su familia que ellos mismos. No podían apreciar de verdad algo que les parecía tan natural.

En cierta ocasión se había dicho del señor Laventie que era un tradicionalista con el vino y un revolucionario en la moral y, de hecho, esa capacidad para sacar el mayor provecho de ambos mundos era una característica sobresaliente de la familia. Combinaban los extremos de la elegancia del viejo mundo y la libertad moderna, atemperando la creencia en el verso libre y en el amor libre con un sentido similar del decoro social. Era una de las teorías favoritas en Whitenights que las convenciones hacían buenos sirvientes pero malos amos y, aunque nadie habría soñado con llamarlos bohemios (porque en las zonas rurales inglesas aún se tolera una gran dosis de excentricidad libresca en la alta burguesía), no cabía duda de que los Laventie iban más allá que la mayoría de la gente. Eran conocidos por tener opiniones extrañas y, por supuesto, nunca se había sugerido que fueran algo más que opiniones, pero algunos de sus invitados eran en verdad un poco raros.

Era, curiosamente, esta actitud hacia los invitados de Whitenights lo que más había llevado a Ann a convencerse de la absoluta falta de credibilidad

de las normas convencionales: estaba segura, por ejemplo, de que si en el pueblo tuvieran que elegir entre los Carmichael y los St. John, se decantarían de inmediato por estos últimos y, sin embargo, la señora St. John no tenía el menor derecho a ese título mientras que los Carmichael (esa brillante y bulliciosa pareja) habían recibido su partida matrimonial de manos de un obispo. ¡Cuánto más inteligente, pues, es elegir a los amigos (como hacía el señor Laventie) por motivos puramente intelectuales o estéticos y dejar la moral a su supuesto Hacedor!

Resulta indudable que estos principios aseguraban al señor Laventie una compañía muy agradable y la mesa de Whitenights rara vez era aburrida. Tampoco decaía el ambiente cuando estaban solos, pues pocos de sus invitados podían eclipsar la aguda ironía de Elizabeth o el arrogante encanto de Dick.

Sin embargo, lo que a Dick y a Elizabeth les resultaba tan fácil le exigía a Ann una aplicación descomunal y la muchacha quedaba en desventaja por una visión casi demasiado penetrante de sus privilegios por haber nacido en una familia así. Alguna ocupación o interés concretos podrían haberla ayudado (incluso el señor Laventie traducía de vez en cuando un cuarteto en francés medio), pero por desgracia Ann carecía de talento. No es que se aburriera lo más mínimo ni que estuviera ociosa, pues siempre le había resultado muy fácil ocupar el tiempo. Era algo que la desconcertaba a veces, cuando se paraba a pensarlo: le encantaban la música y la pintura, pero no tenía el menor deseo de practicar ninguna de las dos artes y prefería con mucho coger rosas del jardín que podarlas; en todo mostraba la actitud diletante de su padre. Como él, también leía mucho, pero solo en dos idiomas, frente a los cinco que dominaba el señor Laventie, y con frecuencia intentaba aprender italiano. Estas ocupaciones, no obstante, aunque placenteras en sí mismas, no bastaban para justificar el lugar de Ann en el universo familiar. Debía aportar algo a la creatividad general y, de no ser por las cejas, no le habría ido demasiado bien.

Ann, como ya se ha dicho, tenía las cejas apenas curvadas en un trazo un tanto caprichoso y esto le otorgaba una rara expresión remota, a medio camino entre la ensoñación y la curiosidad. Eran las cejas, se diría, de algún observador distante pero amable, demasiado tolerante para ser sarcástico, pero rayano en lo cínico, y con este respetable personaje Ann se veía obligada a contentarse. Estaba incluso agradecida, pues pocos papeles en la comedia moderna podían dar tan buen espectáculo con un repertorio tan

reducido. El toque soñador era en particular muy útil y una oportuna ensoñación la había salvado a menudo de los epigramas.

¿Pero quién, pensó Ann, ha visto nunca un observador distante «rellenito»? Era tan antinatural como una optimista flacucha o un usurero en los huesos. Ann suspiró: era evidente que la naturaleza no sabía cuál era su personaje oficial. Retomó los ejercicios de adelgazamiento y pasó a la segunda sección: «Las caderas»…

Con repentina furia, Ann rompió el libro y lo arrojó lejos de ella. Jamás, jamás, por mucho que engordara, aceptaría Elizabeth una alianza tan inefablemente vulgar.

Capítulo 3

I

A las tres menos veinte de la tarde del miércoles, Ann, que por casualidad pasaba por el cruce, se encontró con John Gayford sentado impasible en una valla. Del resto de la tribu no había ni rastro.

—Buenas tardes —saludó la chica con educación—. Creía que estabais de pícnic.

John se bajó de la cerca para decirle que lo habían cancelado.

—Jaleo en casa —añadió a modo de explicación—. Menos mal que no habéis venido.

Después hubo un breve silencio y ambos se quedaron mirando los caballos de la finca contigua. Hacía mucho calor en el cruce.

—Quizá podáis venir otro día —sugirió el joven.

Ann dijo que tal vez.

—¿Ibas a algún sitio en especial ahora? —le preguntó el otro casi a voz en grito.

Ann contestó que no, que solo a dar un paseo. Había pensado en ir hasta las colinas, pero parecía hacer mucho calor.

—Puede que allí arriba corra algo de aire —repuso John. Calibraron ambos entonces el trémulo contorno de las lomas—. Siempre podemos darnos la vuelta.

Ann no sabía muy bien cómo pasó, pero poco después estaban los dos en uno de los estrechos senderos que llevaban a Chanctonbury. Durante un rato charlaron bastante resueltos de cosas como jardinería o la necesidad de que lloviera, pero pronto la conversación languideció y siguieron subiendo en obstinado silencio. A cada paso parecía hacer más y más calor y Ann ya

tenía el pelo pegado a la frente. John iba detrás, de modo que la chica no podía ver qué tal lo llevaba. El arco de ramas que cubría el camino servía más para atrapar el calor allí debajo que para impedir que entrase el sol y el ancho sombrero de Ann no dejaba de enganchársele y de molestarla. Al final se lo quitó y, de inmediato, oyó la voz de John detrás de ella preguntándole casi sin aliento si quería que se lo llevase. La joven rechazó el ofrecimiento sin darse la vuelta.

Subieron otros calurosos ochocientos metros sin decir ni una palabra y Ann empezó a preguntarse muy en serio por qué había ido. John Gayford no resultaba una compañía entretenida, pues era lentísimo captando el sentido menos evidente de las cosas pero a la vez estaba obcecadísimo en buscarlo: no sabía mantener una conversación intrascendente. El jardín de Whitenights empezó a adquirir la fresca belleza de un espejismo.

Por fin, después de lo que parecieron años de un esfuerzo incesante, el estrecho sendero quedó borrado por una extensión de hierba rala y aparecieron jadeando en lo alto de una colina. Ann se dejó caer agradecida sobre el manto parduzco y por primera vez se fijó en el rostro sofocado de su compañero.

—¡John! —exclamó casi asustada—. ¡Parece que estés ardiendo!

Y, de hecho, era imposible que el chico se sonrojara en aquel momento.

—Pues si vamos a eso —replicó cortante—, tú también pareces bastante recocida.

—Qué expresión tan desagradable —dijo Ann con su tono más Laventie.

Sentados uno junto al otro, contemplaban el paisaje de Sussex mientras el sol les caía como una cálida manta sobre la espalda. Abajo, a lo lejos, los campos de suaves colores estaban salpicados por enormes robles que se erguían cada uno en su propia mancha de sombra añil, tan oscuras que apenas se podía distinguir al agradecido ganado que se resguardaba allí.

—Oye, Ann. —Era la voz de John, muy ronca—. Lo siento muchísimo si te he molestado.

—¿Cuándo? —le preguntó ella con frialdad.

—Cuando he dicho que parecías recocida.

—Bah, no pasa nada.

—Ann, mírame. Te has enfadado conmigo.

El pobre se retorció para ver qué cara tenía la chica, con un aspecto tan parecido al de un cachorrito que Ann se echó a reír. Había recuperado un

color más normal y en realidad era bastante guapo. No de una belleza portentosa como Dick, por supuesto, pero sí agradable y refrescante y muy de Sussex, con la barbilla cuadrada y los ojos marrones.

John empezó a hablar de libros, algo farragoso pero con muy buena voluntad. Alguien le había prestado las obras completas de Kipling y las estaba disfrutando mucho.

—Algunas tienen un ritmo muy eficaz —coincidió Ann. Si algo caracterizaba a los Laventie era, sobre todo, su amplitud de miras.

Puesto que esa era también su propia opinión, John no entendió de dónde le había venido el escalofrío, pero siguió adelante con entereza y llegó incluso a citar versos de «El milésimo hombre» mientras Ann permanecía tumbada observando el paisaje. Poco después, un cambio en el tempo de su voz la devolvió al presente.

—Oye —dijo el chico—, aquí arriba hace muchísimo calor.

Ann estuvo de acuerdo. Las medias se le pegaban a las piernas.

—Vamos sin prisas hasta Russettings a tomar el té con mi tía Cecilia —añadió John. Parecía algo sorprendido de su propio atrevimiento.

—¿La señorita Finn? —preguntó vacilante la otra.

—Eso es. Veo que ya la conoces.

—Sé que ha visitado a mi padre —admitió Ann, con el repentino y nítido recuerdo de una figura angulosa alejándose indignada y a toda prisa por el camino de entrada—, pero no sé si le hará mucha gracia.

—Pues claro que sí —le aseguró John con firmeza—. Al principio da un poco de miedo, pero no te preocupes. Aunque me considera un chiflado, nos llevamos de maravilla. ¿Has visto su casa alguna vez?

—Solo por fuera.

—Es impresionante. Vente, Ann.

La chica se levantó y se sacudió la hierba seca del vestido. Estaba muy arrugado.

—No importa —se anticipó él con notable habilidad—. No será nada demasiado formal. Siempre me paso por allí cuando quiero comer bien.

Aquel comentario la sorprendió, pues la lengua mordaz y la impaciencia poco cristiana de la señorita Finn eran famosas en la región: fue como si un corderito especialmente ingenuo se refiriera con aire despreocupado a su amigo el lobo. Sin embargo, y otra vez sin saber muy bien cómo había sucedido, se vio de nuevo caminando junto a John mientras discutían sobre la mejor forma de limpiar los zapatos de tenis. Él se sentía mucho más

cómodo en lo concreto. De los zapatos de tenis pasaron como si nada a las espinilleras de críquet y de ahí, sin mucha dificultad, al campeonato del condado, tema que les dio de sobra hasta que llegaron a la puerta de la señorita Finn.

II

Russettings era una residencia de campo pequeña, más fea que otra cosa, apoyada por un lado en los restos de una antigua ruina victoriana y, por el otro, en un garaje casi tan grande como la propia casa. La señorita Finn se había aficionado al automovilismo ya mayor, pero con peculiar entusiasmo, y su gran Talbot amarillo era famoso y temido hasta en Londres. La puerta principal estaba abierta y Ann siguió a John, que entró sin llamar, hasta un vestíbulo tan fresco que daba gusto. Todo parecía inundado por suaves brisas de jardín.

Encontraron a la señorita Finn en el invernadero, limpiando la plata y envuelta para la tarea en un gran delantal de color pizarra adornado con unos volantes en los hombros que parecían alas.

—Hola, tía Cecilia —la saludó John al tiempo que le estrechaba la mano con energía—. Se nos ha ocurrido pasarnos a ver si tenías algo de merendar. Conoces a Ann Laventie, ¿verdad?

—He conocido a su padre —repuso la señorita Finn sin hacer concesiones—, que es un auténtico granuja.

Luego se fijó en que tenían la cara roja y quiso saber de dónde demonios venían.

—Bah, de las colinas, tía —trató de aplacarla John—, no muy lejos.

—¿Y qué bicho os ha picado para ir de paseo por las colinas en una tarde así? ¿Es una penitencia?

Ann, a esas alturas, ya empezaba a sentirse muy incómoda: en realidad, si te parabas a pensarlo, debían parecer bastante estúpidos. Tosió, nerviosa, y la señorita Finn se le echó encima como un rayo.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó—. Os ponéis a sudar y a pasar calor y luego os plantáis en el fresco a pedir agua y pilláis un resfriado. Puede que yo no tuviera mucho sentido común a vuestra edad, pero me llegaba para más que eso. Será mejor que me ayudéis con la plata mientras llega el té, os mantendrá activa la circulación.

La mujer salió de la habitación aleteando como una gallina gris alborotada y dejó que John se las arreglara como pudiese.

—Oye —empezó a disculparse el chico—, no hagas caso a la tía Cecilia. Es su forma de ser, pero está encantada de verte.

—Pues cómo será si no —repuso Ann con toda sinceridad.

La señorita Finn reapareció con un segundo delantal con volantes que resultó ser para Ann. Era una prenda espantosa, pero hizo caso omiso de cualquier protesta.

—Póntelo —le ordenó— y reprime tu vanidad. A John no le importará. Si tuviera otro, se lo verías puesto también a él.

Ann hizo lo que le decían y se acomodaron alrededor de la gran mesa forrada de periódicos. Estaba salpicada de montoncitos bien ordenados de cucharas y tenedores, todos cubiertos con una película de polvo rosa e intercalados con enormes candelabros y jarrones de formas retorcidas. Su anfitriona estaba enfrascada en un vasto enfriador de vino repujado con uvas y hojas de parra y lo frotaba implacable con una gamuza raída. Ann se dio cuenta de que no le dolían prendas por avaharlo de vez en cuando y una serie de resuellos procedentes del otro lado de la mesa le indicaban que John seguía el mismo procedimiento. Había empezado, ambicioso, con un candelabro de varios brazos que tenía el tallo estriado.

—Ya veo que los dos evitáis los tenedores —observó mordaz la señorita Finn.

Ann miró con aire de culpabilidad su montón de cucharitas de postre, pero la mujer le dijo que continuara con ellas ya que había empezado.

—Vives en Whitenights, ¿verdad? —añadió.

—Sí —contestó Ann.

—Una casa encantadora… O eso me han dicho. La habitación en la que hablé con tu padre me revolvió el estómago. Así se lo dije. Odia a sus vecinos como si fueran veneno, ¿no?

—No es muy sociable —admitió la chica.

—Un hombre sensato. ¿Qué opina tu madre?

—No creo que le importe. —Ann fue bastante vaga a ese respecto—. En realidad no conocemos a ninguno, salvo a los Gayford, claro.

—Ya. He oído que despachó al vicario con cajas destempladas. ¡Menudo zorro! Me refiero a tu padre, por supuesto. Al vicario le falta mollera. Pero conocí a un arquitecto el otro día, Hilary Jessop, que me dijo que había hecho maravillas con ese sitio.

—¿Conoce al señor Jessop? —le preguntó Ann emocionada—. Nos visita a menudo. Es encantador.

—Ya veo, compras en grandes almacenes y visitantes de Chelsea. No me extraña que seáis impopulares. —La señorita Finn dio un último restregón al enfriador y lo alzó para que le diera la luz del sol—. Esto no lo hacen en Chelsea, seguro, y yo lo lleno de rosas, que Dios me perdone. —Se apartó el ralo cabello gris de la frente y dejó en su lugar una mancha de pulimento—. En fin, tal vez tu padre hiciese mejor uso de ello, pero cada uno tenemos nuestros dones.

Después, volvieron a frotar en silencio mientras Ann pensaba en esta nueva visión de su familia. En general, a ella le gustaban bastante; veía Whitenights como algo que destacaba con un pintoresco distanciamiento sobre un fondo de aldeanos boquiabiertos. Y a la señorita Finn, a pesar de su mordacidad, parecían caerle bien más que otra cosa. Probablemente ella tampoco fuera muy popular. Ann terminó con las cucharillas y buscó otra cosa que limpiar.

—No, no cojas nada más —le dijo la señorita Finn—. El té estará a punto de salir y supongo que querrás lavarte las manos. ¿No puedes desabrocharte el delantal, muchacha?

Era cierto, una humillante verdad: los enormes botones de lino se le atascaban en los ojales. Ann se sintió muy agradecida cuando John se acercó y se los desabrochó, muy serio, como si no tuviera nada de raro.

III

Mientras seguía a la señorita Finn al interior de la casa, Ann se dio cuenta de que la mujer tenía la espalda muy recta. Había una especie de rebeldía desenfadada en la postura de aquellos finos hombros, como si se hubiera pasado la vida en guerra contra convencionalismos de un poder y una ferocidad inimaginables. Entró en el cuarto de baño como un insurgente en un consejo de guerra.

Era un cuarto de baño extraordinario, no tanto por el mobiliario como por la decoración. Los paneles de la inmensa bañera encastrada estaban abarrotados con dibujos de ranas y nenúfares en posiciones antinaturales, haces de espadañas adornaban el armario de la ropa blanca y por encima de la puerta un gran cisne miraba sorprendido su reflejo achatado en el espejo.

—¿Qué te parece? —preguntó complacida la señorita Finn.

—Es… de lo más inusual —titubeó Ann—. ¿Lo ha decorado usted?

La otra asintió.

—Tú no lo sabes, claro, pero en mis tiempos estudié arte muy en serio. Incluso tuve dos cuadros en la Academia. Pero las circunstancias no eran favorables y volqué mi talento en el hogar. Esas ranas están pintadas del natural.

—¿De veras?

—Bueno, casi. Las copié —admitió la mujer mirándolas con satisfacción — de unos bocetos que hice cuando era niña.

—Es todo muy apropiado —repuso Ann—. Las plantas acuáticas y todo eso, me refiero. Perfecto para un cuarto de baño.

Se secó las manos despacio, examinando la toalla en busca del adorno correspondiente. Las orillas de ganchillo parecían remedar una suerte de patrón de conchas, pero sin la suficiente contundencia para hacerse notar.

—Supongo que John se habrá lavado en el fregadero — dijo la tía del joven mientras bajaban las escaleras—. Ese chico tiene mucho más sentido común de lo que la gente se imagina.

Ann no dijo nada. Estaba maravillada ante la parra virgen que se extendía por la barandilla.

El té en casa de la señorita Finn resultó ser una comida muy contundente, que incluía desde pollo frío hasta cerezas y bizcocho, y John se sentó en su sitio como quien tiene un largo trabajo por delante. Su tía dio las gracias en voz alta y algo presuntuosa, y añadió un breve comentario sobre los modales del vicario en la mesa antes de servirse de una enorme tetera de plata. Comía rápido y con esmero y Ann, acostumbrada a los bollos de Whitenights y al té chino suave, agradeció que el paseo le hubiera abierto el apetito. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue la inesperada fluidez de la conversación de John. Apenas podía hilar dos frases sin que su tía le dedicara alguna pulla, pero eso no lo desconcertaba en absoluto: seguía obstinadamente con lo que se había propuesto decir y casi siempre lograba desarrollar sus argumentos hasta el final. La señorita Finn, cuya mente funcionaba por lo menos cuatro veces más rápido, recorría caminos paralelos de recuerdos y comentarios irrelevantes, breves apartes dirigidos a Ann, instrucciones a la criada, y volvía de vez en cuando a la conversación con su sobrino para ver cómo le iba, pero de algún modo siempre se las arreglaban para llegar juntos al final y entonces John se recostaba en la silla,

bastante satisfecho de sí mismo, y cogía otro trozo de bizcocho. De esta forma llegaron a varias conclusiones valiosas sobre temas como el libre comercio, la regla del fuera de juego y Edgar Wallace y Ann aprendió una lección nada desdeñable sobre cómo conducir los procesos mentales de su vecino. Entretanto, se dedicó a comer cerezas hasta que los huesos ocultaron los pensamientos que adornaban su plato. Eran unas flores grandes y compactas y algo en su disposición general sugería que eran obra de su anfitriona. El comedor, forrado de caoba, no ofrecía muchas posibilidades a su talento, aunque había todo un estallido de capullos de rosa en la placa de porcelana de la puerta y, hasta después del té, Ann no fue del todo consciente de lo que significaba para la señorita Finn el arte en su casa.

Su talento se centraba sobre todo en las obras florales y había peinado todas y cada una de las habitaciones en busca de superficies apropiadas. Puertas y chimeneas rebosaban de cenefas vegetales, las setas brotaban de los zócalos y no había ni una bacinilla sin su ramillete de narcisos. Ann empezó a quedarse sin frases de admiración y se cohibía al pensar que era imposible que la artista creyese ni una palabra de todo aquello. Era malísimo, tan obscenamente malo que incluso John miró con recelo algunas de las últimas obras. El color estaba aplicado en manchas gruesas y confusas, el dibujo era rígido y convencional… Como copias de copias de un muestrario de sombrerería. Y sin embargo la anciana la creía y recibía sus cumplidos con tranquila aprobación.

—¿Cuánto tiempo ha tardado en terminarlo todo? —preguntó Ann en tono respetuoso cuando se detuvieron frente a un amplio escritorio festoneado de rosas.

—Treinta años. Solo el friso de setas me costó ocho meses. Tuve que pintarlo tumbada boca abajo y te aseguro que no me importaría volver a hacerlo. Aquí es donde trabajo.

Los hizo pasar a un gran desván muy luminoso que iba de punta a punta de la casa y Ann dejó escapar un grito ahogado, pues estaba repleto de productos del arte de la señorita Finn y el efecto era sobrecogedor.

Había biombos y todo tipo de objetos, taburetes de ordeñar y palanganeros, todo en diferentes fases de ejecución; había cómodas e incluso un somier renovado con unas simbólicas amapolas. Las malvarrosas y los girasoles deslumbraban desde lo alto, las alegres capuchinas hacían daño a la vista como manchas solares. Todas las variedades de flores, desde las margaritas hasta las orquídeas, estaban representadas con enorme

profusión y la señorita Finn se movía complacida entre ellas y le parecían preciosas.

—Me quito el sombrero —dijo John con sinceridad. Un trabajo tan copioso no podía dejar de conmoverlo. Los biombos estaban pintados por los dos lados.

Con mudo asombro deambularon entre los resignados muebles, deteniéndose a admirar aquí una caléndula y allá un tulipán. Ann empezaba a sentirse algo aturdida cuando dos cuadros colgados muy juntos entre las ventanas le llamaron la atención.

Uno se llamaba «Arreglo floral» y el otro «Laburno», y su luz y delicadeza la embelesaron. Cada uno representaba un ramo de flores en un cuenco de cristal, el primero con un fondo muy oscuro y el segundo de un tono dorado pálido. Ann pensó en los cuadros de Angelica Kaufmann que había admirado en París y se dijo que estos bien podían aguantar la comparación. Tenían una cualidad lírica indescriptible, como si el color limpio y puro estuviera filtrado por la luz del sol y el aire del jardín: Ann no podía dejar de mirarlos.

—Por supuesto, ahí estaban —señaló la señorita Finn detrás de ella.

Ann se giró.

—¿Los ha pintado usted?

—Hace mucho tiempo… Treinta y cinco años, para ser exactos. Son los dos de la Academia de los que te hablaba antes. —Su autora los miró sin entusiasmo—. Siempre estoy pensando en colgarlos abajo, pero no hay mucho sitio.

—¡Pero si son maravillosos! —gritó Ann—. Nunca he visto nada igual. ¿Tiene más?

—Hice muchos en su momento, pero creo que acabé regalándolos todos a distintos amigos. ¿Has visto el somier?

Ann la siguió, demasiado anonadada para protestar. Así que antes sabía pintar. A la luz de aquellas dos radiantes obras maestras, las vides y los girasoles adquirieron un patetismo casi insoportable: el gran desván se convirtió en un mausoleo de talento enterrado. Ann se despidió con tanta pena que su anfitriona llegó a la conclusión de que no se encontraba bien.

—Ya he visto que no has comido casi nada —la regañó—. Será una insolación. Pero si sois tan tontos, tenéis que asumir las consecuencias.

Y así, y con la firme recomendación de coger el autobús de vuelta, los despachó.

IV

—Todo un personaje, mi tía —resumió John mientras se alejaban.

—¡Sí que sabía pintar! —exclamó Ann con entusiasmo antes de entregarse al elogio de «Arreglo floral» y «Laburno»—. Son mejores que cualquier cosa moderna. ¡Qué técnica!

—A mí también me han gustado —dijo John cuando la chica terminó de hablar—. Son alegres. Oye, qué bien que te haya cogido cariño tan pronto. No le pasa con todo el mundo.

—No me he dado cuenta —repuso ella un poco enfadada. Quería seguir hablando de pintura.

—Anda, ¿cómo que no? —protestó John—. Pero si se le notaba a cada momento. Nunca había visto algo así.

—¿Dónde estudió? ¿En París?

—Pues no lo sé, pero seguro que mamá sí. Puedes preguntárselo en la cena.

Y antes de que Ann tuviera tiempo de asimilar las implicaciones de esa última frase, el autobús de Storrington apareció doblando la esquina.

Capítulo 4

I

Ann subió al autobús decidida a cenar en casa. La tarde, gracias a la señorita Finn, había sido inesperadamente entretenida, pero no había que tentar demasiado a la suerte y, además, aún tendría que explicarle a Elizabeth que había pasado de forma voluntaria algo más de cuatro horas en compañía de un Gayford. John, sin embargo, se lo estaba poniendo muy difícil: no mostraba escrúpulos a la hora de preguntar el porqué de las cosas.

—Pero puede que a tu madre no le venga bien —dijo al fin. Era una excusa ridícula, pero la había empujado él.

—No te preocupes, siempre hay comida de sobra.

Dicho así, era difícil responder, de modo que Ann se puso a mirar por la ventanilla. Pensó que deberían invitar a John y a Peggy a almorzar algún día; resultaba imperdonable lo informales que se mostraban en su relación con los Gayford. Además, Peggy era simpática.

—¿Estás muy cansada?

Dijo que sí, bueno, un poco. Había hecho mucho calor.

—¿Te duele la cabeza?

Sonaba tan preocupado que Ann dijo que no, que no era dolor como tal.

—¡Entonces vente a cenar, Ann! —De verdad, era muy difícil. El chico la vio flaquear y aprovechó la ventaja—: Puedes irte pronto si quieres, pero a Peggy le apetece verte. Ayer mismo me dijo que hacía meses que no te pasabas por casa.

Ante eso, Ann cedió, con la estricta condición de que se marcharía nada más cenar. John estaba encantado.

—Así compensamos lo del pícnic.

II

Cuando llegaron a casa de los Gayford, Ann descubrió que el jaleo al que se había referido John esa tarde era nada menos que el anuncio del compromiso de Peggy con un joven al que no conocían de nada. La noticia dejó a la señora Gayford reducida a un estado de alegre incoherencia, pero el doctor se lo había tomado con mucha más calma y ahora estaba paseando al muchacho arriba y abajo por los corrales mientras Peggy disponía la cena.

La chica se alegró mucho de ver a Ann y dijo que la sentaría al otro lado de Stephen.

—Espero que te caiga bien —añadió mientras movía los cubiertos para hacerle un sitio—. La familia se lo ha tomado de maravilla, pero claro, mamá está tan agradecida de que me vaya que le daría igual con quién. Aunque a John le gusta, ¿verdad, John?

—Lo poco que he visto —asintió este con cautela—. Es uno de esos tipos altos y rubios con gafas de pasta. No está mal. Nick lo conoce.

—Estuvo con él en el St. Thomas en el primer año de mi hermano —le explicó Peggy—. Nos conocimos en uno de los bailes del hospital. Ahora ya tiene el título y vamos a casarnos en cuanto encuentre alojamiento.

—Pues bien callado te lo tenías —observó John bastante ofendido. Peggy era su hermana favorita y no estaba seguro de aprobar una boda tan precipitada.

—Chico, ya sabes cómo es la familia. Se habría discutido el tema en todas las comidas hasta que me hubiera hartado de oír su nombre. He preferido hacerlo a mi manera.

—Ya veo que no me otorgas mucho mérito —replicó Nick, que entraba desde el jardín. Era un joven agradable, más alto y delgado que su hermano, pero buen jugador de *rugby,* y se entendía tan bien con el doctor Gayford que apenas hablaban entre ellos.

John contó que, una vez, cuando lo expulsaron temporalmente de Cambridge por mala conducta, estuvieron dos horas sentados uno frente al otro en la consulta y sin intercambiar ni una palabra; después, se dieron la mano y el infractor salió de allí jurando que nunca se había llevado un rapapolvo semejante.

—Peggy da una impresión muy equivocada —se quejó este dirigiéndose a Ann—. De hecho, casi todo ha sido obra mía. Yo la llevé a rastras a los

bailes del hospital y la dejaba en los sitios más adecuados. Organizaba meriendas en mi pensión para que demostrase lo bien que servía el té. Una vez incluso le presté a Steve media corona para que la invitase al cine. Menos mal que no sospecha lo desagradecida que eres, chiquilla.

—Me gustaría verlo —dijo Ann.

—Pues claro, cuando el patriarca termine con él. Aunque no hay mucho que ver.

—Sois unos cerdos —comentó Peggy de buen humor—. No les hagas caso, Ann. Es un cielo y el doble de inteligente que estos dos juntos.

En ese momento, la señora Gayford irrumpió de pronto en la habitación con un montón de lechugas bajo el brazo y el oscuro cabello desgreñado.

—¿Habéis visto a Ralph o a Alan? —preguntó al tiempo que dejaba la cosecha sobre la mesa—. Hace por lo menos una hora que los mandé a recoger lechugas para la ensalada y al final he tenido que ir yo. Me alegro de verla, señorita Laventie, pero no puedo darle la mano porque las tengo llenas de tierra. ¿Ha venido a felicitar a Peggy? Estamos todos muy contentos, parece un joven encantador. Cariño, si aparecen por aquí, mándalos a la cocina de inmediato. Que no se laven.

La mujer desapareció tan de repente como había llegado y los dejó a todos como unas dos frases por detrás.

—¡Mamá, te dejas las lechugas! —gritó Peggy, que las recogió del mantel limpio—. Toma, Nick, sé bueno y llévaselas. Y John, tú ve a buscar a esas dos bestiecillas, supongo que estarán enredando en el huerto. No hacen más que zampar —le explicó a Ann—, así que es allí donde hay que buscarlos entre comidas.

Cuando las dos chicas se quedaron solas, Peggy dejó de sacar platos y se sentó en el brazo de la silla de Ann.

—Me temo que vamos a cenar tardísimo —se disculpó—. Estamos muy desorganizados y, por supuesto, es la noche libre de la muchacha. Lo primero que ha hecho mamá cuando se lo he dicho ha sido ponerse a hacer un *trifle*. Típico de ella.

—Tiene que ser maravilloso —le dijo Ann.

—Pues sí. Estoy… feliz. No sé cómo explicarlo, pero hasta las cosas más corrientes, como estar debajo de un árbol con Stephen, se me suben a la cabeza. Ann… —La joven hizo una pausa y decidió arriesgarse—: Ann, ¿te parece muy despreciable la gente que se coge de la mano en público?

Lo cierto era que sí, se dijo Ann, así que contestó que nunca había

pensado en ello.

—A mí antes sí. Pero a veces es dificilísimo no hacerlo, ¿sabes? Vas paseando, todo sobria y temerosa de Dios, y entonces ves una nube o una barcaza o algo así, o él te compra un ramito de violetas… ¡Ay, Ann! Me encanta cómo dicen eso de: «¿Un ramito de violetas para la señora?». ¡Es tan simpático! Y bueno, tienes que mostrar tu agradecimiento de alguna manera. Stephen y yo nos cogimos de la mano una vez durante media hora en el puente de Londres, a plena luz del día. Nos importaba un bledo.

—¿Y por qué os iba a importar? —repuso Ann con total sinceridad, ya que la tolerancia era una de las virtudes de los Laventie. Lo que uno mismo hiciera o dejara de hacer era otra cosa.

—Me alegro mucho de que pienses eso. Joyce no es así, a ella le daría un ataque. Quiere ser dama de honor.

—¿Cuántas habrá?

—Santo cielo, pues aún no lo he pensado. Stephen tiene un par de primas jóvenes a las que deberíamos incluir, pero tres es un número tan poco práctico… —Miró a Ann como si fuera a sugerir algo, pero esta vez se detuvo en seco—. Tu familia nunca va a bodas y cosas de esas, ¿verdad?

—Casi nunca. Mamá no puede, claro, y mi padre dice que los parientes y el champán siempre le dan dolor de cabeza, aunque sea por separado.

—Me dará miedo invitarte —repuso Peggy, no sin razón, y aunque Ann le dijo que no fuera boba, ambas sintieron cierto alivio cuando la señora Gayford llamó a su hija con urgencia desde la cocina.

—Yo que tú me quedaría aquí —le aconsejó entonces la futura novia—. Es el sitio más tranquilo de la casa. John volverá enseguida.

Apenas se había marchado cuando los arbustos del otro lado de la ventana se separaron y aparecieron dos figuras fornidas y achaparradas. Ann, que solo los recordaba por haber sido demasiado pequeños para asistir a sus fiestas de cumpleaños, supuso que serían la pareja desaparecida.

—¿Sois Ralph y Alan? —preguntó vacilante. Tenían, incluso en la silueta, un aspecto bastante guerrero.

—Sí, yo soy Alan —admitió el más alto.

Entraron con cautela en la habitación, dejando enormes manchas de barro en la alfombra, y miraron desconfiados a la chica. Ella, con toda la autoridad que pudo imprimirle a su voz, les dijo que los buscaban en la cocina.

—Concho —se lamentó taciturno Ralph.

Ann lo miró sorprendida. Con lo pequeño que era.

—¿Para qué? —preguntó Alan.

—Las lechugas —concluyó su hermano. Sin mirarse siquiera, se dieron la vuelta y salieron corriendo hacia el jardín, por donde se acercaba la sombra de un hombre.

—¡Páralos! —gritó Ann, pensando que era John.

La sombra se abalanzó sobre ellos y, tras un ligero forcejeo, apareció con los dos muchachos cogidos por el pescuezo como si fueran un par de cachorrillos.

—¿Dónde quieres que te los deje? —preguntó solícito.

—En la cocina, por favor —le indicó Ann.

—Vale, ya vamos —gruñó Alan—. Suéltame el cuello, ¿no?

Los hermanos huyeron a toda prisa hacia el interior de la casa y Ann y el otro joven se quedaron mirándose.

—¡Caramba, vaya familia! —exclamó él.

—¿Tú eres Stephen? —le preguntó Ann. Era rubísimo.

—Pues sí. ¿Otra hermana?

—No, no —dijo la chica algo apurada—. Solo soy una amiga de Peggy.

—¿Y quiénes son esos granujas que acabo de pescar? Es la primera vez que los veo.

Ann se lo dijo y le explicó que lo había confundido con John.

—Ah, a ese sí lo conozco —repuso orgulloso el joven prometido de Peggy—. Es el otro hermano, el que tiene la edad de Nick. Un tipo fuerte y de buena mandíbula. Y luego están Joyce y otro chico de unos diecisiete años. Muy pelirrojo, con la voz chillona.

—Ese es Bernard. No resulta nada fácil llevar la cuenta.

—Bueno, supongo que mejoraré con el tiempo. ¿Has visto a Peggy en algún sitio?

—Está en la cocina con la señora Gayford, pero yo que tú no me acercaría.

—Entonces, ¿te molesto si me quedo aquí? ¿Seguro?

Se sentó en una silla muy dura, estiró las largas piernas y se quedó en silencio. Incluso en aquella media luz parecía todo ángulos abruptos y largas líneas rectas, y el *tweed* gris de lo que Ann estaba segura que era su mejor traje tenía un aspecto acartonado. Se lo imaginó junto a Peggy en el puente de Londres, sin importarles nada…

—Yo cuento siete —concluyó entonces el joven—. Peggy,

Nick y John, Joyce, el hermano pelirrojo y los dos cachorros.

Para sorpresa de Ann, sacó una libretita y se inclinó hacia la ventana para anotarlo. Una hoja de papel doblada salió volando y ella la cogió para devolvérsela. Parecía otra especie de lista y se dijo que debía de tener una mente muy metódica.

—Muchas gracias. Es para el maletín de partero —le explicó el otro con cierto orgullo—. Lo apunté todo el otro día, hasta la «pluma estilográfica para el bolsillo del pecho». Es mi especialidad.

—Qué interesante —dijo Ann, aunque no sabía muy bien a qué se refería.

—Desde luego. Lo malo es que siempre te llaman en mitad de la noche y los maridos se ponen muy nerviosos.

—¿Y tienes que ir lejos?

—Depende. Nunca fuera de la región, por supuesto. Asusta bastante, también, cómo se empeñan en hacerte absolutamente responsable de todo. ¡Madre mía! —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. Nunca olvidaré a mis primeros gemelos.

—¡No me digas que ya le estás contando a Ann lo de tus gemelos! —gritó Nick, abriéndole la puerta a su hermana—. Dale algo de comer, Peg, y aléjalo de los groselleros.

—Os estaréis muriendo de hambre, pobrecillos —se lamentó la señora Gayford, que entró detrás de sus hijos con una enorme bandeja en las manos—. Peggy, hará falta más mantequilla. Y dile a Joyce que baje. Esa niña se va a matar estudiando. ¿Dónde está tu padre?

—Aquí, querida —dijo el doctor Gayford, asomándose a la puerta tras ella.

Era un hombre muy corpulento, al que solían tomar por granjero, «y ni siquiera por un terrateniente», como había observado la señorita Finn en una ocasión. Saludó a Ann con un cordial gesto de cabeza y enseguida comprobó el número de sillas por el número de comensales. Nick desapareció y volvió con dos más.

—Muy bien —asintió su padre—. Bendice la mesa, Alan.

—Gracias, Señor, por los alimentos que nos das, amén.

III

La cena fue una comida confusa y turbulenta. Todos hablaban a la vez: Joyce, bastante pálida y con los ojos vidriosos de tanto estudiar para la beca de Girton, discutía muy acalorada con el hermano pelirrojo; la señora Gayford divagaba contando anécdotas de la infancia de Peggy sin que nadie le prestara atención y los cachorros hablaban con la boca llena y había que estar regañándolos cada dos por tres. Peggy y John trataban de calcular la fecha más apropiada para la exhibición floral y Nick y Stephen se incitaban el uno al otro a contar historias de hospitales cada vez más y más inverosímiles, apelando al doctor Gayford con un «¿No es cierto, señor?» intercalado a toda prisa en cada increíble final. Él tenía que saberlo, lo había oído muchas veces. Para sus adentros, Ann siempre le había atribuido el adjetivo «chauceriano» y esa noche más que nunca el doctor tenía todo el aspecto de un campesino libre, bondadoso y alegre. Desempeñaba bien su papel en la cabecera de la mesa, sentado con gran porte en su silla, generoso tanto en la conversación como con el trinchante: ninguno de los jóvenes allí presentes tenía su empaque. De vez en cuando miraba a Peggy con una expresión más intensa: estaba complacido con Stephen y quería que ella lo supiera. Ann pensó en su propio padre cuando tenían invitados en Whitenights. Él también sabía llevar muy bien la cabecera de una mesa, pero de un modo diferente. Pensó en el descarado y cínico ingenio que despedía su refinada cortesía, en sus delicadas sátiras y sus hermosas y fluidas frases; y luego en la majestuosa cabeza de Elizabeth y en los repentinos destellos de genialidad cuando Dick y ella se dejaban llevar por nuevos descubrimientos… Ann estaba muy orgullosa de pertenecer a su familia. Esto también estaba bien, pero era muy distinto. Los cachorros seguían comiendo sin parar.

—¿Todo bien? —le preguntó John.

A decir verdad, se sentía un poco… ¿Cómo decirlo? Ajena era quizá demasiado duro: implicaba antipatía. Fuera de lugar, mejor. Asintió con la cabeza.

—Somos un poco inaguantables cuando nos juntamos todos, pero al final te acostumbras. ¿Te cae bien Steve?

—Sí, mucho.

Era bastante fácil mantener una conversación al amparo de aquel ruido.

—Parece uno de esos tipos de las ilustraciones deportivas de Cecil Aldin. También juega al críquet. Es lo único que Nick tiene en su contra. Peg está estupenda esta noche, ¿verdad?

Ann miró a su amiga y le dio la razón. Peggy siempre estaba guapa, en su estilo de pelo rubio, pero esa noche la felicidad la hacía resplandecer como una vela encendida. Notó que Ann la miraba y le devolvió la sonrisa.

—Mamá, Ralph está comiendo demasiado —dijo Joyce de repente—. Ya va por la tercera tartaleta y se ha zampado dos raciones de *trifle*.

—¡Dos no, solo una!

—Mocoso embustero. —Joyce lo miró indignada—. Mamá te ha dado la primera y Peggy la segunda.

—¡Solo una! —repitió Ralph testarudo.

—Bueno, esta noche no importa —lo disculpó la señora Gayford—. Después de todo, es casi una fiesta.

—Vale, mamá, pero se va a poner malo.

Joyce fulminó con la mirada a su hermano pequeño y siguió discutiendo con el otro.

—¿Crees que le sentará mal? —le preguntó Ann a John con cierta aprensión, pues el niño se estaba poniendo muy rojo.

—Es probable —dijo este—, suele pasarles. ¿Has visto el gallinero nuevo?

—No sabía que tuvierais gallinas.

—Todavía no, pero mi madre se ha encabezonado de repente en montar una granja avícola, ¿verdad, mamá? Cualquiera diría que ya tiene bastante con cuidar de nosotros, pero parece que no.

—Echará usted mucho de menos a Peggy —observó Ann.

—¿Peggy se va? —preguntó Alan con repentino interés y en voz tan alta que todos dejaron de hablar.

—Todavía no, cariño —lo consoló su madre—, y no muy lejos.

—Pero ¿ya no vivirá aquí?

—No en esta casa, cielo.

—Bien —se alegró el chico—. Entonces me pido sentarme junto a la sal.

—¡Pero qué animal! —Joyce se enfureció—. Solo piensas en comer. Creo que Ralph y tú sois los niños más brutos que he conocido jamás.

Parecía estar al borde de las lágrimas y Ann recordó que siempre le había tenido mucho cariño a Peggy.

—No es verdad —se defendió Alan—. A mí me gusta echarme mucha sal y ella nunca la pasa y, si me estiro para cogerla, todos me regañáis.

—Bruta tú —añadió Ralph.

—¡Niños! —exclamó la señora Gayford en tono apaciguador—. Por

favor, tratad de comportaros. ¿Queréis que os echen de la mesa cuando tenemos invitados?

—No sirve de nada echarlos cuando ya se han atiborrado, mamá —le reprochó Joyce.

—Mamá, ¿me das un poco más de macedonia, por favor? —interrumpió tímidamente el joven pelirrojo—. Llevo siglos esperando y no me haces ni caso.

—Cariño, ¿por qué no lo has dicho antes? A veces me pregunto —añadió, volviéndose hacia Ann— cómo sería no tener hijos.

—Muy aburrido —dijo John—. Te aburrirías como una ostra. ¿Qué harías durante todo el día?

—Bueno, podría leer un poco —repuso la señora Gayford sin concretar demasiado—. Libros buenos de verdad, ya sabes, y el suplemento literario del *Times.* Antes me gustaba mucho.

—Ya, pero no puedes pasarte el día leyendo —insistió John—, tienes que hacer algo.

—Si dices eso, la señorita Laventie va a pensar que estás chiflado —le soltó Joyce sin rodeos—. Tú no te has leído un libro en la vida.

—Ayer estuve toda la tarde leyendo a Kipling —replicó muy digno su hermano—. Poesía, nada menos. Y me leí ese libro sobre los buques señuelo que Bernard sacó de la biblioteca.

—¿Lo tienes tú? —gritó este, presa de una ira repentina—. Llevo una semana entera buscándolo. Quería leerlo esta tarde y ya debo cuatro peniques de multa.

—Bueno, tranquilo, ya lo pago yo —se ofreció John con magnificencia —. Está en mi habitación, debajo de la cama. ¿Tú lo has leído, Ann?

Fue una suerte que levantaran la mesa en aquel momento, pues la chica se habría visto obligada a admitir que no. Una vez terminada la cena, Ann se sorprendió de lo rápido que se iba esfumando la familia Gayford. Peggy y su prometido desaparecieron en el jardín; a los cachorrillos los llevaron a empujones a la cama; Joyce, pese a las protestas de su madre, volvió con sus libros. El joven pelirrojo se escabulló en silencio a seguir con sus propios asuntos y Ann pensó que era mejor despedirse mientras aún hubiera alguien a quien darle las gracias. Insistieron en que se quedara otro rato, pero eran más de las diez y estaba muy cansada. Había sido un día agotador en muchos sentidos. Había limpiado plata por primera vez en su vida y la habían tomado por una Gayford…

—¿A qué va a dedicarse tu hermano? —le preguntó de pronto el doctor Gayford cuando Ann le estrechó la mano.

—Será escultor.

—Escultor, ¿eh? —repitió el otro—. Bueno, no es mala idea. Vuelve cuando quieras, Ann. Aquí siempre suele haber algo de comer.

Le sonreía con benevolencia.

IV

John estuvo bastante callado mientras caminaban de regreso a Whitenights y a Ann le costaba seguirle el paso. Cuando llegaron al portón del jardín, el chico no quiso entrar y ella se alegró para sus adentros. Prefería volver de la forma más discreta posible.

—Me lo he pasado muy bien —le dijo. Qué frío sonaba… Tal vez porque ya no había nadie más hablando al mismo tiempo.

—¿De verdad? Yo también.

La voz de John se había vuelto más grave: probablemente el silencio también tenía algo que ver con eso. Se estrecharon la mano muy serios y él se dio la vuelta y se alejó por el camino.

Ann esperó un momento antes de entrar. La luna asomaba por el borde de las colinas, grande y de color miel: sería pequeñita cuando llegara a las chimeneas. Se sintió como una viajera agradecida que acaba de regresar de un país salvaje y encantador, pero que trae consigo una nostalgia aún inconsciente por su áspera generosidad. La noche estaba repleta de mil ruiditos diminutos que se movían disimulados bajo aquel manto de silencio, pero cuando un perro ladraba en el camino te dabas cuenta de que no eran sonidos en absoluto, solo sombras de ese mutismo. Ann aspiró la noche perfumada a bocanadas lentas y profundas, saboreándola como si fuera vino. Estaba muy contenta e infinitamente triste. Antes de entrar en casa, se inclinó solemne ante la luna ascendente e hizo una oblación con un puñado de hojas de rosal. Hay que mostrar el agradecimiento de alguna manera.

Capítulo 5

I

Cuando Ann se despertó a la mañana siguiente, se sorprendió con la mente ya ocupada en el asunto de la cuarta dama de honor, lo cual era extraño porque tenía muchas otras cosas, y más importantes, en las que pensar. Para empezar, se daba la afortunada circunstancia de haber encontrado a Dick y a Elizabeth demasiado absortos en su propia noticia como para interesarse por las idas y venidas de su hermana pequeña, y luego estaba la noticia en sí, que le dio Elizabeth con toda su despreocupada grandiosidad. Gilbert Croy estaba allí y se quedaría con ellos por lo menos una semana. Al parecer, el señor Laventie le había trasladado una invitación muy abierta hacía unos ocho meses y la tarde anterior, mientras Ann tomaba el té con la señorita Finn, había llegado a pie desde Horsham. Ann contempló somnolienta su roble y esperó que no fuera muy difícil hablar con él… Aunque ya se ocuparía Elizabeth. Siempre se ocupaba de los invitados de su padre y mantenía una ingeniosa correspondencia con ellos cuando se marchaban. A ninguno se le ocurría escribir a Ann, salvo un artista bastante simpático que le había enviado una postal del Mont Blanc. Algo inquieta, se preguntó a qué se dedicaría aquel tal Croy: del breve resumen de Elizabeth la noche anterior había deducido que era escenógrafo, pero ahora le sonaba improbable y, de hecho, no había prestado mucha atención.

«Bueno, ya me enteraré en el desayuno —decidió mientras se levantaba de la cama—. A mí me da igual». Se acercó descalza a la ventana y se asomó todo lo que pudo. Una ligera neblina flotaba sobre el jardín y las gotas de rocío brillaban como cristalitos rotos. Iba a hacer calor.

II

El desayuno al aire libre era la comida favorita de Ann y le daba mucha pena que al señor Croy se lo llevasen a su habitación. Era lo habitual en los huéspedes de Whitenights: se consideraba la única manera civilizada de tratarlos. La señora Laventie ya había bajado, pero los demás no, de modo que Ann se entretuvo dando vueltas por el jardín. En la hierba que crecía más alta detrás de los rododendros, se le pegaron a los zapatos unos pétalos rosados y algo marchitos que les daban una apariencia moteada a juego con su vestido y el denso rocío le mojaba los tobillos de una forma deliciosa. De vez en cuando rompía una telaraña con la nariz y dejaba tras ella largos jirones flotantes por los que se deslizaba el sol. Ya empezaba a calentar, incluso bajo los árboles, y el aire vibraba sobre las colinas. Ann se despistó tanto que, cuando volvió, su familia estaba terminando con los pomelos.

—¿Solo o con leche, cariño? —le preguntó la señora Laventie. Se había hecho muy hábil sirviendo el café desde su silla.

—Con leche, por favor, y dos terrones.

Ann siempre lo tomaba con leche, al igual que Elizabeth y Dick siempre lo tomaban solo, pero su madre nunca parecía acordarse.

—Va a ser un día para quedarse en el salón, creo —comentó el señor Laventie. Era la habitación más fresca de la casa y le tenía mucho apego.

—¿Tiene el señor Croy algún plan para su estancia aquí? —preguntó Elizabeth.

Ann, que comía tostadas con mermelada, pensó en lo guapa que estaba su hermana con aquel sobrio vestido de seda salvaje. Tenía bordados rusos en las mangas, rojos y azules y verdes y naranjas.

—No que yo sepa —contestó su padre—. Dice que necesita descansar. Ya le advertí que no conocíamos a nadie y que no hacíamos nada y parece de lo más satisfecho.

—¿No quiere trabajar, entonces? No me gustaría molestarlo.

—Por lo que sé de Croy, no se deja molestar. Es casi tan egoísta como yo.

—¿A qué se dedica el señor Croy? —preguntó Ann.

Se lo explicaron con cierto detenimiento y Ann comprobó que su recelo hacia la teoría del escenógrafo estaba del todo justificado. Gilbert Croy era el único hombre de Inglaterra capaz de hacer una película artística; el único hombre que combinaba un profundo conocimiento de la técnica con un

lenguaje estético personal; la única esperanza, en suma, de la cinematografía británica.

—No lo mueve ningún sentimiento nacionalista, por supuesto —se apresuró a aclarar Elizabeth—, pero aquí hay más posibilidades. En muchos aspectos preferiría trabajar en Rusia.

—Me gustaría ir a Rusia —terció Dick pensativo—. Tiene que ser como vivir en una carnicería intelectual. Toda la materia prima de nuestro propio fricasé constitucional antes de cocinarse. Interesante.

—Yo no tengo nada que objetar —declaró el señor Laventie.

Ann se levantó de la mesa en cuanto pudo, pues quería dedicarse a hacer un rompecabezas antes de que alguien pudiera sugerirle una ocupación más intelectual. A sus veinte años aún conservaba un entusiasmo infantil por esas frivolidades y, más o menos una vez al mes, como ella decía, le entraba el antojo. Llevaba unos días pensando en uno precioso, titulado «Noche nevada», que tenía nada menos que setecientas diez piezas. Era, como sugería el nombre, una escena nocturna en tonos azules y plateados de una complejidad inimaginable y hacía por lo menos seis meses que no lo intentaba. Lo haría esa mañana, en el rellano del piso de arriba que daba al jardín.

Los rompecabezas se guardaban en el comedor y, cuando Ann salió con la caja en una mano y dos plátanos en la otra, se encontró con un desconocido que estaba de pie quieto, vacilante, en el vestíbulo. A primera vista le pareció un hombre altísimo y con el pelo negro muy liso y supuso que se trataba de la Esperanza Británica. Parecía alegrarse mucho de ver a alguien.

—Usted es el señor Croy, ¿verdad? —preguntó Ann con educación. La caja y los plátanos la ponían en una situación comprometida y les impidieron darse la mano—. Yo soy Ann Laventie, ayer estaba fuera. ¿Busca a los demás? Están en el jardín.

—¿He bajado demasiado pronto? —preguntó Gilbert Croy. Tenía una bonita voz grave, pausada y tranquila.

—No, no, siempre alargamos durante horas la sobremesa del desayuno. Le acompaño.

Ann lo guio a través del salón y le señaló el grupito reunido bajo los tilos. Se sintió orgullosa de su familia, que proyectaba una imagen serena y elegante y en verdad encantadora. Era obvio que Croy pensaba lo mismo y se apresuró a unirse a ellos. La chica lo dejó sano y salvo entre Elizabeth y su

padre y luego volvió a su plan original.

III

El rellano del piso de arriba, con sus paredes blancas y su gran ventana abuhardillada, siempre había sido uno de los sitios preferidos de Ann. La escalera era una espiral que pasaba por un arco de medio punto (de pequeña lo llamaba «el Torreón») y tenía una preciosa balaustrada antigua que el señor Laventie siempre lamentaba no haber puesto en el vestíbulo. Había dos armarios para la ropa blanca y una cómoda, además de varios muebles colocados allí de manera transitoria, y ella misma había aportado una pila de cojines viejos que estaban extendidos en el amplio alféizar elevado de la ventana, junto con una mesa de dibujo. Cuando Ann se subía allí con una larga mañana por delante, se sentía bastante a salvo de cualquier aflicción.

Tenía reglas muy estrictas para hacer rompecabezas. En primer lugar, se vaciaba la caja y se separaban todas las piezas de bordes rectos, que podían repasarse a conciencia dos veces durante el proceso. Luego había que encajarlas para formar el marco (y rara vez le faltaban más de dos o tres piezas) y se podía empezar con el trabajo de verdad. La imagen se construía desde el exterior: iba en contra de las reglas hacer fragmentos separados y encajarlos después, pero, mientras se mantuviera el contacto, nada impedía que largas filas de una pieza se extendieran por el centro vacío. A veces, para hacerlo aún más difícil, trabajaba hacia arriba o hacia abajo, o solo desde un lado, pero en general eso era cuando llovía.

Esta vez consiguió completar el marco al primer intento, lo cual siempre era un buen augurio, pero incluso tras tantos años de práctica, nunca estaba segura de cuál era la parte de arriba y cuál la de abajo. El primer punto de referencia era una tenue luna borrosa, que podía confundirse fácilmente con una mata de hierba nevada en la esquina inferior izquierda, y siempre resultaba una tentación hacer primero esa parte. Pero eso sería hacer trampa y Ann nunca se lo permitía.

A las once, cuando paró para comerse uno de los plátanos, ya había avanzado bastante: había llegado hasta las copas de los árboles y hasta las huellas del camino y, por la izquierda, casi hasta la rama colgante. Ann metió la piel del plátano entre la hiedra que trepaba junto a la ventana y

continuó, medio en cuclillas sobre el montón de cojines, con el corto cabello castaño retirado por detrás de las orejas y una mejilla enrojecida de tenerla apoyada en el puño. Así la encontró Croy cuando subía por la escalera de caracol y se golpeó la cabeza en El Torreón.

Ann se incorporó con educación y le sonrió. Esperaba que no se quedase mucho tiempo.

—Qué refugio tan magnífico —le dijo aquel tipo. Se acercó y se apoyó en el alféizar de la ventana donde estaba la chica, que ahora que lo veía más de cerca se dio cuenta de que tenía un bigotito negro a juego con su pelo.

—Hay una vista maravillosa —contestó ella al tiempo que se echaba a un lado para dejarlo mirar. Le señaló varias cosas interesantes, como el cerro de Chanctonbury, las vacas y una nube con forma de pluma de pavo real.

—Espléndido. Pero estoy interrumpiendo su rompecabezas. ¿Puedo ayudarla?

—¿No se aburrirá? —sugirió Ann esperanzada.

—En absoluto. Me encantaría. ¿Hay sitio para mí ahí arriba?

Ann apartó un poco las piezas que había extendido con tanto cuidado y le dio un cojín. El alféizar, aunque amplio, no era inmenso.

El señor Croy se encaramó en la esquina opuesta y dejó las largas piernas colgando por el borde. Ann pensó que parecía mucho más digno donde estaba antes. Tenía los hombros demasiado estrechos.

—Deme un puñado de piezas e iré formando fragmentos para que podamos encajarlos después.

Cogió unas veinte piezas de la copa del árbol y un montón de huellas y las mezcló todas en su lado del tablero. Ann sonrió sin convicción y siguió con la rama. Se preguntó qué demonios estaría haciendo Elizabeth.

Durante un tiempo estuvieron trabajando en silencio y pronto Ann, absorta, se olvidó por completo de él. Incluso se comió el segundo plátano sin pensar, concentrada con todo su ser en los arbustos que seguían a la rama. Se oía perfectamente el tictac del reloj del señor Croy.

—Ya tengo un trozo —dijo este, arrastrando hacia ella apenas unos centímetros cuadrados de la copa del árbol.

—¿Solo eso?

—Bueno, no deja usted de quitarme las piezas.

Se estaba riendo de ella y Ann se sonrojó.

—Ha sido algo inconsciente —le aseguró con dignidad—. Para hacer un

rompecabezas hay que estar muy concentrado, ¿no cree? Pero ya será hora de comer.

Con mucho comedimiento, volvió a meter todas las piezas en la caja y se bajó del alféizar. El señor Croy parecía angustiado y dijo que le había estropeado la mañana.

—No, no —contestó Ann—. ¿Puede darme la tapa? Creo que está sentado encima.

Así era. Ambos se quedaron mirando con pesar el borde roto. Ann deseó, mientras bajaba las escaleras delante de él, que la industria cinematográfica británica lo necesitara pronto.

Capítulo 6

I

La industria cinematográfica británica, sin embargo, parecía haberse olvidado por completo del señor Croy, pues este seguía en Whitenights tan campante. Y los Laventie se alegraban de tenerlo allí, pues demostró ser una compañía admirable, que hablaba resuelto y con inteligencia de cualquier tema cortés. Posó para Dick, que trabajaba en un busto de estilo egipcio titulado «Resurrección», compartió el entusiasmo del señor Laventie por la Restauración y proporcionó a Elizabeth material para un ensayo de lo más brillante sobre el lirismo en la fotografía. También se las arregló para pasar bastante tiempo hablando con Ann en el huerto.

A esta última, aquello le resultó más agradable de lo que se habría imaginado después de esa primera y desafortunada mañana en el alféizar de la ventana. No del todo adrede, volvía a recurrir sin pudor a sus cejas melancólicas y se abandonaba al ensueño cada vez que la conversación se le hacía demasiado; entonces se sentaban en silencio bajo los manzanos hasta que algún leve incidente natural (una pluma de paloma que caía o un abejorro que pasaba) daba pie a una nueva serie de comentarios y alusiones. O hasta que Elizabeth salía en busca de descanso y estímulo después de una mañana dedicada a sus ensayos.

Llevaba ya varios años contribuyendo con estudios pulcros y refinados sobre el hombre y sus actitudes a las publicaciones periódicas más cultas y su primera recopilación, publicada el otoño anterior, había tenido un éxito limitado pero sólido entre las personas que contaban. Cabía suponer que Croy formaba parte de ese grupo: aplaudía sus textos con inventiva y discernimiento.

—A veces me pregunto —le dijo a Ann una tarde nublada pero cálida cuando la vio acercarse— si habríamos ganado o perdido en caso de que tu hermana hubiera elegido los escenarios en lugar de la literatura. Me la imagino como la Santa Juana de Shaw, por ejemplo, o en Macbeth.

—O Racine —repuso Ann—. Fedra.

¡Qué comentario tan extraño! No podía explicarse por qué había comparado a su hermana con aquella reina atormentada, pero en ese momento, mientras Elizabeth caminaba majestuosa sobre la hierba, le había parecido inevitable. Croy se puso en pie cuando llegó a su lado.

—Gilbert… —le dijo Elizabeth (ahora todos lo llamaban Gilbert y, sin embargo, no sonaba en absoluto íntimo; no como si lo hubieran llamado Bill)—. Gilbert, ¿cómo se llamaba ese realizador ruso del que hablabas anoche? El que hizo *La madre.*

—Pudovkin. Pero cuidado con cómo lo usas, Elizabeth —le advirtió—. No es nada típico. —Eran casi igual de altos y Ann pensó que hacían buena pareja, los dos tan espigados, morenos y distinguidos—. ¿Todo bien?

—Creo que sí. Me interesa, que es lo más importante. ¿Y tú? ¿Haces lo que quieres hacer?

—Si la ociosidad total entra en la categoría de cosas que se hacen, sí. Dejo que el tiempo se me escurra entre los dedos por el puro placer de experimentar esa sensación. Tu laboriosidad hace que me avergüence, pero sin más consecuencias.

—Y te avergonzarás aún más: voy a ponerme otra hora —replicó Elizabeth con una sonrisa.

Croy hizo un gesto de desesperación y admiración y se dejó caer de nuevo sobre la hierba. Nunca preguntaba tonterías como si no habías trabajado ya suficiente por hoy.

—Elizabeth es asombrosa —le dijo a Ann cuando su hermana se marchó—. Una fuerza imparable. —Se echó a reír—. Supongo que pensarás que yo soy el objeto inamovible.

Ann deseó poder pensar en algo la mitad de ingenioso, pero en realidad hacía demasiado calor para intentarlo.

—A mí me gusta ser perezosa —repuso sin más.

—No eres perezosa —protestó Gilbert—. Tienes un don para la observación, Ann.

Esta vez fue ella la que se rio.

—¿Quieres decir que me gusta ver trabajar a los demás? Es verdad.

Puedo entusiasmarme con la escultura de Dick o con la escritura de Elizabeth casi tanto como ellos, pero nunca me da por escribir o esculpir yo misma. Es terrible.

—¿Y por qué? ¿No es suficiente inspirar a los demás?

Ann se apresuró a adoptar su pose soñadora y se quedó observando el marcado perfil del joven con expresión melancólica.

—En realidad —prosiguió Croy—, no estoy tan ocioso como parece. Tengo una idea para una nueva película y la voy madurando aquí tumbado bajo los árboles. Por eso, en parte, abuso de vuestra hospitalidad de una forma tan inadmisible. No quiero romper el ritmo. ¿Puedo contártelo, Ann?

—Me encantaría —le dijo ella con franqueza.

Le gustaba escuchar su voz profunda y morosa, un poco apresurada ahora por el entusiasmo, y observar su cabeza negra recortada contra el cielo. Además, aunque no sabía casi nada de aquel oficio, el tema la atraía. Coger personas, lugares e ideas y manejarlos como si fueran los instrumentos de una orquesta, de modo que su armonía indujese en la mente de tus semejantes emociones desconocidas y nuevos placeres… Eso sí que era un gran oficio. Gilbert habló con respeto de los técnicos alemanes y rusos, y con una especie de desesperación cómica del inmenso peso muerto de las convenciones tan trilladas que habría que quitarse de encima antes de que su Nueva Jerusalén pudiera levantarse en Hollywood. Luego pasó a su nueva película, que debía transmutar la pompa de los estados y las ciudades en la pompa de las ideas y mostrar al hombre en su infinita insignificancia entre las fuerzas de la vida. Esta parte le resultó más difícil de seguir, pero Ann lo escuchaba muy atenta y perdió la noción del tiempo. Después de aquella primera confidencia, Croy le hablaba a menudo de su trabajo y de sus procesos, de modo que el mundo de Ann se vio de pronto expandido por todo un tratado de metafísica cinematográfica. El clima seguía siendo perfecto.

II

Sin embargo, cuando llevaba tres semanas con ellos, Gilbert anunció que debía regresar a la ciudad. Estaban almorzando y el señor Laventie dejó la copa de vino con un aire de afable consternación.

—Qué poco considerado —protestó—. Acabamos de dejar de tratarlo

como un invitado y nos abandona. Mi querida Elizabeth, hemos descuidado al señor Croy.

—Nos encanta tenerlo aquí —dijo la señora Laventie.

—Piense en nosotros —prosiguió su marido—: una comunidad pequeña y moderadamente instruida asentada entre tribus dispersas de bárbaros. Padecemos, sin duda, cierta endogamia intelectual, pero hacemos lo que podemos. Llega usted aquí como un mensajero de esperanza, una prueba viviente de que en algún lugar del universo hay hombres que saben que la Divinidad no se manifiesta solo en las escuelas privadas de prestigio. Empezamos a animarnos, a recordar que hay otras cosas en la ciudad aparte de Fortnum y Mason, y en ese momento abandona el campamento y huye a un lugar seguro. Me decepciona, Gilbert.

Llegado ese punto, el señor Croy habría querido protestar, pero no había manera de detener aquella suave voz.

—¿Qué aliciente podemos ofrecerle? ¿Quiere mis primeras ediciones para leer en el jardín? ¿Copiar los ensayos de Elizabeth? ¿O que Dick le preste uno de sus pijamas más sobrios? Creo, muchachos, que esta última estocada ha dado casi en el clavo. El pobre hombre vino solo con un maletín.

—No voy a prestarle un pijama —repuso Dick— porque nunca me lo devolvería, ni siquiera el más austero, pero haré otro busto que se titule *San Miguel* y se lo regalaré.

De este modo, se decidió que el señor Croy se quedaría al menos una semana más y pasaron a hablar de otras cosas.

—Hay novedades en el Cock and Bottle —anunció el señor Laventie—. Vamos a tener boda. Se ha visto un espléndido somier de latón trasladándose a la casita del jardinero en la mansión.

—¿Y eso implica que haya una boda? —preguntó Dick.

—En el ridículo condado de Sussex, sin duda. Solo en comunidades más ilustradas el somier de latón es para la querida. Aquí usamos los setos.

—En mi opinión, las bodas siempre tienen algo de indecente —afirmó Elizabeth—. Esa necesidad implícita de testigos… Es como decir a todas tus amistades que vas a dejar de fumar durante seis meses con la esperanza de que te avergüencen para que cumplas tu palabra.

—Por otra parte —adujo Croy—, la vida moderna ofrece tan pocas oportunidades para la pompa que me parece una lástima renunciar a una de las últimas que quedan. Yo me imagino inmensamente… *émotionné,*

digamos, en una catedral desbordada de orquídeas blancas e impregnada de Mendelssohn.

—Sí, sería algo para recordar. —Dick meditó sobre la cuestión. Se vio a sí mismo pálido e impasible en el altar, contenido y elegante como el propio obispo, desviando toda atención de la novia…

—Y que la mujer adopte el apellido del hombre —añadió Elizabeth— es como la chapa en el collar de un perro: «Propiedad de Fulano».

—Entonces estás a favor de…

—Vivir en pecado —explicó Dick—. Estoy de acuerdo con Elizabeth. ¿Por qué, solo porque uno quiera vivir con otra persona durante tres meses, digamos, debe esperarse que viva con ella el resto de su vida? ¿Con el suicidio como delito punible?

—Eso es muy propio de la legislación en general. No puedes tomarte una copa a menos que también pidas un sándwich. —Croy hizo una pausa —. Desde tu punto de vista, entonces, se trata de sacrificar la libertad por el sentido dramático.

—Sacrificas tu individualidad —lo corrigió Elizabeth—. El desapego total es atractivo, pero es un fruto del Mar Muerto. Lo que importa es tu diferenciación personal. El hecho de que «te entreguen» delante de la congregación.

—Ya ve, Gilbert —le dijo el señor Laventie—, que al menos se me va a ahorrar una de las tradicionales agonías de un padre.

—¿Y ese alivio no se verá alterado por ninguna emoción, digamos, más convencional?

—Al contrario. Aplaudo su cordura. Hemos criado una nueva generación, Gilbert, y se llevarán el agua a su molino. ¿Quién soy yo para decirle a Dick, la primera vez que se sienta atraído por una figura bonita, que amará a su dueña toda la vida y que, por tanto, debe casarse con ella? Si la ofende, recibirá su justo castigo o intervendrá la policía y lo quitarán de en medio, pero no veo ninguna razón para que se ponga obstáculos por anticipado.

—Además —apuntó la señora Laventie—, a Dick nunca se le ocurriría hacer algo así.

Su marido dijo que se tomarían el café en el salón.

Capítulo 7

—De veras —dijo el señor Laventie, dejando su taza de café—, debemos ofrecer algún entretenimiento a nuestro invitado. Yo sugiero la feria. Nosotros nunca hemos estado, Gilbert, pero creo que combina los horrores capitales de un bazar y una exhibición floral.

—Si sir George tiene algo que ver, será bastante repulsivo —observó Dick.

—Sir George Bowman —explicó su padre— es nuestro potentado local. Compró The Hall en 1919 para dedicar sus últimos años a pensar como un aristócrata. Ferreterías, creo.

Al señor Croy le atrajo mucho la idea y expresó su confianza en que hubiera algún espectáculo.

—Eso no puedo prometérselo —repuso su anfitrión—, pero es de esperar.

—Sí —confirmó Ann—, habrá un cuadro cómico después del té.

Estaba fumándose un cigarrillo con una larga boquilla verde que la hacía sentirse muy sofisticada y parecer extraordinariamente joven.

—Ann es nuestra oficial de enlace —dijo el señor Laventie—. Tiene fuentes de información inaccesibles para el resto de nosotros. ¿Ha sido el coadjutor o su hermana esta vez, Ann?

—Me lo dijo Peggy Gayford. Está en la organización.

—¿Quiénes son esos Gayford? —preguntó Croy—. Oigo su nombre cada vez que voy a la oficina de correos.

—Una familia de lo más respetable —le informó el señor Laventie—. Han alcanzado renombre local por pura superioridad numérica. No recuerdo la cifra exacta, pero deben de ser alrededor de una docena. Ann los conoce.

—Me caen muy bien —dijo esta.

—Ann tiene instinto de coleccionista. Colecciona personas como usted y yo, Gilbert, coleccionaríamos piezas de marfil: cuanto más raras, mejor. De vez en cuando desaparece toda una tarde y entonces sabemos que se está deleitando en una orgiástica caza de curiosidades. ¿Verdad, cariño?

Ann sonrió. Se imaginaba a sí misma en ese papel de entendida extravagante. Además, era muy conveniente poder convertir sus escapadas con los Gayford en un activo social.

—Me gusta la gente —repuso como sin darle importancia—. Es estimulante. ¿Qué más utilizas en tus películas, Gilbert?

—Pues luz, forma y movimiento, para empezar —enumeró este, y luego procedió a desarrollar su método con gran detalle.

Era la primera vez desde hacía varias semanas que Ann pensaba en los Gayford, pues había estado muy ocupada con otros asuntos más importantes, y por eso fue curioso que media hora después viera a John subir desde el portón. La chica le dirigió una sonrisa afable, con un aire distante pero cumplido.

—Hace siglos que no te veo —le dijo el otro—. ¿Ha pasado algo?

—¡Pero claro que no! —A Ann le gustaba empezar las frases con un «pero» porque sonaban traducidas del francés. Por qué aquello habría sido una ventaja resultaba demasiado sutil para explicarlo.

—Pues no te has dejado ver el pelo.

—Ha hecho tanto calor que me he quedado en el jardín. Y tenemos un invitado.

—Me lo imaginaba. Un tipo alto, con el pelo largo y negro y la voz cansina. ¿Es actor?

—Cineasta —explicó benévola Ann.

La conversación parecía haber recibido un golpe mortal.

—Me han ascendido —soltó entonces John sin rodeos.

Ella señaló que estaría muy contento.

—Me apetecía venir a contártelo, nada más.

El joven se dio la vuelta y se alejó por el sendero y Ann se quedó donde estaba, consternada y sorprendida por lo contradictorio de sus sentimientos. No sabía cómo describirlos, aunque los Gayford no habrían tenido ninguna dificultad: era lo que sentía alguien que acababa de ser bastante canalla.

—¡Ann! —Gilbert Croy la llamó desde la casa—. Ven, Elizabeth va a tocarnos algo.

Ella obedeció agradecida.

Capítulo 8

I

El signo más evidente de la familiaridad de Croy era que ahora desayunaba bajo los tilos en vez de en su habitación. Ann se acostumbró a encontrarlo sentado con su madre cuando bajaba y, después de los primeros días, dejó de renunciar a su inspección preliminar de los arriates de flores. Sin embargo, la mañana de la feria llegaba tarde y tuvo que reunirse con la familia de inmediato.

—El jardinero dice —estaba comentando el señor Laventie en un tono algo sorprendido— que he presentado al concurso dos calabacines y una cesta de guisantes. Puede que sea un atractivo añadido o no, pero en cualquier caso creo que haríamos bien en no llegar mucho antes de las cuatro. Así habrá tiempo de tomar el té antes del concierto y daré un chelín a cada uno de los chicos para que se lo gasten.

—¿No queréis ver los bailes locales? —preguntó la señora Laventie, a la que Martha mantenía siempre bien informada.

—Yo sí —contestó Ann amablemente en la pausa que siguió.

—Ann tiene una facilidad asombrosa para adaptarse al entorno —observó el señor Laventie—. Se enorgullece de ello como una virtuosa en la materia y acude a esas funciones por pura vanidad, para deslumbrar a su anonadada familia.

El hombre se levantó, sonriendo a su hija, y rogó que lo disculparan, pues necesitaría al menos dos volúmenes de Swift para fortalecer la mente. Dick no tardó en seguirlo al interior de la casa y, durante unos minutos, los cuatro restantes permanecieron sentados en silencio bajo los tilos, pero el desayuno era la única comida por completo informal y muy pronto Gilbert

y Elizabeth se alejaron por el jardín hablando de gente a la que los dos conocían.

Los ensayos de Elizabeth le habían procurado un amplio círculo de corresponsales además de los amigos de su padre, y Gilbert conocía a muchos de ellos de un modo más personal, como gente con la que uno cenaba en el Soho o se encontraba los domingos por la tarde a la salida del cineclub de la Film Society. Por lo tanto, podía añadir muchas cosas que ella no había deducido de su escritura.

—Me gustaría que vinieras a la ciudad, al menos por un tiempo —le dijo Croy—. Me parece un crimen alejarte de este maravilloso lugar, pero creo que te interesaría. Desde luego, no te sentirías sola.

Elizabeth pensó en ello. La idea la atraía muchísimo.

—Tendría que alquilar un piso —dijo—. Es la organización lo que me aterra.

Soltó una risita, pero la incompetencia no le sentaba bien.

—¿No podrías quedarte con alguna amiga?

—Lo he hecho, a menudo, pero solo durante una semana. Una semana es suficiente para convencerse de que ninguna visita debería durar más. Cuanto más encantadoras son, más difícil resulta.

—Voy a hacerte una sugerencia —dijo Croy—. Un primo mío, pintor, tiene un pisito que ha decorado él mismo. Ahora está en Serbia y me ha dejado más o menos *in loco parentis*.

—¿Y crees que me aceptaría como inquilina? Me gusta tu sugerencia. —Elizabeth sopesó la idea, que por algún extraño motivo parecía estar sutilmente relacionada con la cálida luz del sol que notaba en la garganta—. Me gusta mucho, la verdad. ¿Podrías dejármelo reservado durante unos quince días?

—El tiempo que quieras. Mi primo no tiene un interés especial en alquilarlo, y menos al primero que pase por la calle. Debo mencionar que también hay una tal señora Weekes encargada del edificio, a la que es bueno ganarse lo antes posible.

—¿Sabe cocinar?

—Lo suficiente. Además, hay un dormitorio extra, por si quieres invitar a Ann o a Dick a quedarse contigo, y unas preciosas láminas en color en la sala de estar. Conociendo a mi primo, es probable que falten muchos detalles: tiene un espíritu casi demasiado artístico para ser práctico. Supongo que no habrá hormas para los zapatos.

—Eso puedo llevarlo yo —repuso Elizabeth, y ambos miraron complacidos los largos y estrechos pies de la joven.

II

La enorme bolsa de labor de la señora Laventie estaba en el suelo, a su lado, y esta enseguida sacó la lana y se puso a tejer. Ann había terminado de desayunar y le habría gustado seguir a los otros dos por el jardín, pero le parecía un poco cruel dejar a su madre allí sola. Y, sin embargo, ¿de qué iban a hablar? Una de las escasas desventajas del ambiente de Whitenights era que ofrecía muy pocos alicientes para las conversaciones banales.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó al fin por educación, y se horrorizó al ver que un lento y doloroso rubor se extendía por las enjutas mejillas de la señora Laventie.

No obstante, esta respondió con bastante calma.

—Unas botitas de bebé, el patrón era tan bonito… ¿Qué te vas a poner esta tarde, cariño?

—El vestido nuevo de lino, el verde. —Ann notó una mezcla de alivio y sorpresa. No había contemplado ninguna iniciativa por parte de su madre.

—¿El del cuello cuáquero?

Ella asintió.

—Creo que ese está bien, ¿no?

—No, no me gusta —repuso la señora Laventie para sorpresa de su hija —. No es lo bastante bonito.

—Pues a mí me encanta —protestó Ann—, es precioso. ¿Seguro que sabes cuál te digo?

—Es demasiado infantil, cariño. Ya te lo dijo Elizabeth en su momento y yo pensé lo mismo. Ponte el traje verde.

Ann abrió los ojos como platos: el traje verde era el mejor que tenía, con la chaqueta entallada de una maravillosa franela color periquito, falda de seda más pálida y pañuelo azul oscuro.

—¿No te parece demasiado llamativo? —sugirió, recordando complacida el sombrerito verde que se había comprado a juego.

—Tonterías —aseguró la señora Laventie con firmeza—. Todo el pueblo estará allí.

Y así sucedió que, cuando Ann bajó a las cuatro menos cinco, dejó a

Gilbert sin aliento con sus galas azules y verdes, pero ella no se dio ni cuenta porque solo podía prestar atención al nuevo abrigo negro de Elizabeth.

Capítulo 9

I

El señor Laventie había hecho justicia a las atracciones de la feria, si bien omitió los juegos deportivos que el ingenioso coadjutor había instituido como una especie de válvula de escape para sus feligreses más jóvenes y alborotadores. La exhibición floral propiamente dicha se celebraba en una gran carpa de color blanco sucio en el otro extremo de la pradera, donde también se servía el té en un recinto acordonado, mientras que el salón municipal se había reservado para el bazar. Allí también había un escenario, donde tendría lugar el espectáculo, y apiladas detrás de los puestos varias hileras de sillas listas para colocarlas en el centro a las cinco en punto. También había sido idea del coadjutor y, cada vez que tenía un momento de respiro antes de empezar con las carreras de obstáculos, se apresuraba a volver para asegurarse de que seguían allí.

—La gente se las lleva sin preguntar —le explicó a la señora Gayford mientras la amable mujer le ponía una taza de té en la mano sudorosa por cuenta de la organización. Llevaba siete años encargándose del té y se consideraba con derecho a regalar una taza si quería.

—Y usted se lo merece más que nadie, señor Seeker —lo animó—. Creo que sus juegos son una idea espléndida. No he visto ni a Ralph ni a Alan en toda la tarde.

El señor Seeker sonrió, un poco cansado.

—Sí, creo que son un éxito —admitió con una mezcla de orgullo y aprensión—. Lo malo es que el programa oficial ha terminado antes de lo previsto y ellos insisten en continuar. Por supuesto, me parece conveniente mantener a los niños fuera el mayor tiempo posible, pero por otro lado está

la cuestión de los premios.

—No se preocupe por los premios —lo tranquilizó la señora Gayford—, pero haga lo que haga, no los deje entrar hasta que empiece el espectáculo. No se imagina cómo complican los niños el bazar, se meten hasta por debajo de las mesas. Si mis dos hijos han ganado algo, señor Seeker, dígales que se lo devuelvan y utilícelo para otra carrera.

—Pues… Sí —dijo pensativo el coadjutor—. Creo que han ganado una o dos pruebas. Muchas gracias, señora Gayford.

Entonces desapareció entre la multitud, todavía con la taza de té en la mano, y la otra tuvo que enviar a una camarera a recuperarla.

—Un joven encomiable —observó la señorita Finn al tiempo que se levantaba de la mesa de su hermana—, pero yo apuesto por Alan.

—Bueno, tal vez no hayan ganado mucho. ¿Qué tal el té, Cecilia?

—Si me preguntas si lo he disfrutado, no, porque estaba sentada en medio de una corriente de aire, pero para ser una merienda de bazar, era bastante comestible y te honra. ¿Has hecho mucho?

—Más o menos como siempre. Parece que a la gente le entra un hambre atroz en las exhibiciones florales. Hemos tenido que traer de casa todos los bollos de los domingos.

—Más tonta has sido tú —observó su hermana sin reparos—. He visto a sir George zampando a manos llenas. Qué hombre tan detestable.

—No sé, hace mucho bien —repuso benévola la señora Gayford.

—Pues no debería. —La señorita Finn soltó un bufido—. No soporto a esos quincalleros enaltecidos que hacen fortuna en algún repugnante suburbio y luego se la gastan empobreciendo nuestros respetables pueblos. En Birmingham es donde debería estar despilfarrando el dinero.

—Querida, vive aquí desde la guerra y estoy segura de que se interesa por la gente mucho más de lo que se interesaba el viejo terrateniente. —La señora Gayford parecía bastante angustiada; sir George le había pedido la receta.

—Bueno, pero no me pidas que aplauda cuando entregue los premios, nada más. Madre mía, por ahí vienen los Laventie con uno de sus jóvenes londinenses, habrá que recomponerse.

II

El grupito de Whitenights causaba sensación, en verdad, mientras avanzaban todos juntos y muy serenos en el calor y el tumulto de la feria. A excepción de la criada del vicario y un mozo de cuadra de las carreras, eran sin duda las cinco personas más aparentes del lugar y mostraban además una despreocupación en su aspecto y compostura que resultaba de una elegancia casi insoportable. De algún modo, tal distinción residía en el encorvamiento del señor Laventie y el paso lento de Elizabeth, en el perfil halconado de Croy y la cabeza estrecha de Dick, y a su lado sir George y su esposa parecían sofocados y torpes. Los tres hombres, por otra parte, hacían destacar aún más el conjunto, pues el éxito de la feria dependía casi por completo del esfuerzo femenino.

—Bonito rebaño —observó la señorita Finn entornando los ojos para verlos mejor—. ¡Y qué aire de zorro tiene ese hombre, Margaret!

—¿Quién? ¿El joven que acompaña a Elizabeth? Me parece muy guapo.

—No, el madurito. El señor Laventie. No sé dónde estará su patria espiritual, pero desde luego no en una respetable exhibición floral de Sussex. Me gustaría conocerlo mejor.

—¡Qué cosas tienes! —exclamó sin alterarse la señora Gayford—. Ann ha venido muy guapa. Me gustan su abrigo y su falda.

Le hizo un gesto y sonrió como invitándola a acercarse, pero Ann, aunque le devolvió la sonrisa y el saludo, no se apartó de su grupo.

—Se creen un poquito demasiado, en mi opinión —dijo la señorita Finn.

Ann, de hecho, estaba muy orgullosa de su familia. Rara vez salían todos juntos y, con tanto glorioso reflejo en el que brillar, adquirió una confianza inusual en sí misma. Tener allí a Gilbert, además, hacía las cosas mucho más agradables para ella, acostumbrada a ser la tercera en el genial dúo formado por Dick y Elizabeth; caminaba a su lado casi en todo momento y apreciaba su conversación. Con semejante respaldo, Ann podía ocupar su lugar en el grupo casi sin esfuerzo y llegar a cotas de ingenio y distinción hasta entonces inalcanzadas: casi tenía la impresión de que los demás también estarían orgullosos de ella. Lo cierto es que John solo se había parado a hablar con ellos un par de minutos antes de irse a ayudar al señor Seeker con los juegos y que ella aún no había tenido ocasión de comprar nada en el puesto de Peggy, pero eso eran minucias. Dick y Gilbert se lo estaban pasando en grande y gritaban en busca de la caja de las sorpresas.

—Tiene que haber una —aseguró Croy—. Estoy convencido de haberla

visto. Era un balde enorme adornado con papel rosa.

—Habrá sido atrás, en el salón —dijo Elizabeth—, esto es la exhibición floral.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacemos aquí de plantón? Qué chiste más malo, y luego dicen que Dios no tiene sentido del humor. ¡A por los premios, *mes enfants*!

Volvieron al salón municipal y una muchachita acalorada que vendía flores para el ojal les indicó dónde estaba lo que buscaban. Con un instinto innato de comerciante, la chiquilla se las arregló para volcar la bandeja al chocar con las largas piernas de Gilbert, de modo que este se convirtió en el galante y espectacular comprador de una veintena de claveles medio marchitos y un número similar de rosas muertas. Era una morralla muy poco agradable y estuvo un buen rato dándole vueltas al problema de cómo deshacerse de las flores hasta que a Dick se le ocurrió la feliz idea de devolverlas todas.

Conforme se acercaban a la caja de las sorpresas, la multitud parecía disolverse como por arte de magia, de modo que al llegar la tenían para ellos solos, pero Ann advirtió que un círculo de ojos y oídos curiosos se iba formando a su alrededor. En tal tesitura, la chica habría preferido que Dick y Gilbert fueran un poco menos ingeniosos sobre el tema de la Creación, pero Elizabeth distendió el ambiente al devolver su bonzo de porcelana porque le recordaba demasiado al señor Seeker. El señor Laventie sacó una mandarina y Gilbert una cuchara de madera, mientras que Dick se pasó tanto tiempo a la caza de un supuesto cepillo de dientes que lo descalificaron y tuvo que empezar de nuevo. Como parecía que iban a estar allí un buen rato, Ann pensó que sería una buena oportunidad para escabullirse y ver a Peggy. Quedaría muy mal si no le compraba nada y no quería parecer maleducada.

III

—¿Qué tal os está yendo? —le preguntó mientras buscaba algo que comprar.

—Casi todo agotado —repuso alegre Peggy—. Las botitas de lana se han vendido como pan caliente. Tendrás que comprar una bolsa para zapatos, Ann, no queda nada más.

—De acuerdo, me llevo una —dijo esta, mostrando su media corona—. ¿Estáis todos aquí?

—Sí, desperdigados. Te veo muy bien, Ann. ¿Quién es ese hombre alto que va con vosotros?

—Ah, se llama Gilbert Croy. Está pasando una temporada en casa.

—Me parece muy guapo. —Peggy lo observó con discreción—. ¿Es simpático?

—Mucho. Y muy inteligente. ¿Dónde vas a sentarte para el espectáculo, Peggy?

—Al fondo, con los chicos, supongo. ¿Te vienes con nosotros?

—Me encantaría, pero creo que ya tenemos las entradas. ¿Es bueno?

—Para el pueblo sí. Supongo que vosotros os aburriréis. Pero venid a charlar un rato luego si podéis. ¡Cuidado, vienen a por las sillas!

Un pelotón de avanzada, dirigido por el señor Seeker, se abalanzó sobre ellas y al momento todo fue confusión. De repente, el salón se llenó de chiquillos que se tambaleaban alborozados con más sillas de las que podían llevar y la concurrencia se dio cuenta por primera vez de lo mucho que debían a los juegos del señor Seeker. La horda estaba en teoría bajo el control de dos agobiados *boy scouts,* pero la impresión general era la de una jauría de terriers sueltos en un granero. Niños con jerséis muy ajustados y pañoletas de colores al cuello corrían de un lado a otro dándose aires de importancia mientras colocaban las sillas en fila para que otros niños corrieran y se desparramaran y cada dos por tres un montón de voces chillonas se alzaban en fragmentos de cantos de guerra tribales. Ann llegó a entrever a Ralph y a Alan ocupados de buena gana en lanzar grandes torres de sillas patinando sobre el suelo pulido, pero pronto desaparecieron en el tumulto general. Poco a poco, sin embargo, empezaron a formarse líneas irregulares como surcos en un campo mal arado y Ann pudo reunirse con su grupo en lo que confiaban que acabaría siendo la quinta fila. La señora Gayford ya estaba sentada justo delante y los saludó con gusto.

—Bien, por fin estamos aquí —les dijo—. Ya creía que el señor Seeker iba a tener que empezar otro juego antes de que pudiéramos organizarnos. Aunque seguro que esos pobres muchachos han hecho lo que han podido. ¿Tú eres *scout*?

Se volvió hacia Dick con una sonrisa radiante para incluirlo en la conversación.

—Dios me libre —repuso este con educación.

—Bueno, claro, eres demasiado mayor —admitió la señora Gayford sin inmutarse—. Qué tonta soy. ¿Sabe? A Ralph y a Alan ahora les ha dado por decir palabrotas —añadió, dirigiéndose al señor Laventie— y no sé qué hacer al respecto. No es nada importante, por supuesto, pero esa no es la cuestión. Vaya, ahí está Cecilia y creo que no me ve.

Se levantó y empezó a hacer aspavientos con tal brío que el pañuelo de Ann ondeó por solidaridad.

—No es un concierto, es un cuadro cómico —anunció Dick, que había estado leyendo el programa—. Se titula *Cinco pájaros en una jaula* y la acción transcurre en un ascensor.

—Me recuerda a *Hombre-Masa* —dijo Gilbert—. ¿La has visto, Elizabeth? Ernst Toller. Interesante.

En ese momento se vieron interrumpidos por un repentino estallido de música que poco a poco se fue convirtiendo en algunas piezas escogidas de *La chica de las montañas,* ejecutadas al piano y al violín. La señorita Finn, que avanzaba con cuidado entre las sillas, se detuvo en seco y mostró su desaprobación.

—Qué ruido tan desagradable —observó imparcial mientras se sentaba junto a su hermana—. ¿Por qué lo permite el señor Seeker? Debería hablar con el vicario. —Se dio la vuelta y vio al señor Laventie—. ¿Se divierten? —susurró con voz ronca—. Espléndido. Harún Arrashid se mezcla con el populacho, ¿eh? A menudo me he preguntado cómo se sentiría el populacho al respecto. —La mujer soltó una carcajada maliciosa y se concentró en el escenario.

No se parecía en lo más mínimo, como Gilbert fue el primero en admitir, a *Hombre-Masa,* pero a pesar de todo estaban muy atentos y se reían a carcajadas en las partes que juzgaban apropiadas; nadie tenía la culpa si su sentido del humor no coincidía con el de sus vecinos.

—Cuando termine —susurró Dick—, van a dar los premios. Habrá que quedarse hasta entonces. Díselo a papá.

—Yo no quiero quedarme —objetó Elizabeth—, ya me está dando vueltas la cabeza.

—Pero hay que hacerlo. Tú te quedarás, ¿verdad, Gilbert?

—Cállese, joven —le espetó la señorita Finn sin darse la vuelta.

Ann se alegró cuando terminó la función y sir George y lady Bowman subieron al estrado. Sir George era un hombre bajito y rubicundo que tendía a ponerse nervioso a pesar de su fanfarronería, de modo que lamentó haber

llamado tan pronto la atención del señor Laventie.

Este tenía una mirada peculiar, fría y penetrante e irónica, la misma mirada con la que el pequeño Dickie Laventie de hacía cincuenta años solía desconcertar a la mitad de los coadjutores de Sussex, y aturdía a sir George como un puro de mala calidad.

—Señoras y señores —comenzó enérgicamente—, es para mí un gran placer estar hoy aquí. Sé que esta es la forma oficial de empezar un discurso, así que he pensado que era mejor quitármelo ya de en medio.

Aquella broma había funcionado muy bien durante veinte años e hizo una pausa para las acostumbradas risas, pero, mientras paseaba la mirada por las primeras filas del patio de butacas, con su benevolente sonrisa, se cruzó con la del señor Laventie. ¿Era posible que el caballero del pelo atigrado le estuviera sonriendo a él, y no solo sonriendo con él? Se sostuvieron la mirada un segundo y sir George notó que se acaloraba.

—Lo que realmente quiero decir —continuó— es que me alegro mucho de estar aquí, y mi esposa también. (¡Maldito tipo, qué mirada tan rara!) Esta es una de las pocas fiestas anuales de nuestro calendario que no se puede mover y nunca permitimos que nada interfiera en ella. Es, como digo, inamovible. (¡Maldito tipo, estoy empezando a repetirme!) Y ahora tendré el gran honor de presentar los premios de esta admirable exhibición, en la que, si se me permite dar la opinión de un profano en la materia, me parece que el listón está cada año más alto.

Se sentó agradecido, con dos páginas de notas desperdiciadas en la mano sudorosa, y se refugió detrás de una maceta. ¡Maldito tipo!

—Los premios, querido —le apuntó su mujer con urgencia—. Aún no los has dado.

Entonces sir George se dio cuenta de que el vicario revoloteaba ansioso alrededor de la mesa, preparándose para pasarle las cosas, y sin apartar los ojos de la lista se puso en pie y comenzó de nuevo.

—Judía escarlata, primer premio: señora Maginnis, de El Cedro. Magníficos ejemplares, señora Maginnis. No hay quien la gane. Segundo premio: señor James Muggeridge…

Era mucho más fácil con algo concreto sobre lo que hablar y conocía a toda esa gente como la palma de su mano. Los aplausos se sucedían en pequeños estallidos regulares, puntuando su discurso como si fueran palmaditas amistosas en la espalda. Recuperó la confianza y empezó a disfrutar.

—Calabacín, primer premio: señor James Muggeridge… ¡Deja algo para el resto, James! Segundo premio: señor Richard Laventie, de Whitenights…

De pronto se hizo el silencio y varias personas que estaban delante de los Laventie se volvieron para mirarlos, pero la consternación del grupito era tal que ignoraron cualquier afrenta menor.

—Santo cielo —se sorprendió el señor Laventie—, ¿y qué hace uno ahora? Aconséjeme, Gilbert.

—Qué situación —dijo Croy—, es como una de esas obras de criminales en las que de repente te encuentras el cadáver sentado en la butaca de al lado.

—Pero ¿de verdad crees que al público le gusta participar? —preguntó Elizabeth en tono crítico—. Yo diría que no. Es esencialmente antiartístico.

—No creo que el cansado hombre de negocios se preocupe por eso —añadió Dick—, pero sin duda le fastidia el sueñecito que se estará echando. Me parece que…

A esas alturas, sin embargo, tanto el vicario como sir George empezaban a impacientarse.

—¡Silencio! —gritó este, avanzando hasta el borde del estrado—. ¿Está aquí el señor Richard Laventie, de Whitenights? Si es así, ¿podría presentarse y recoger el segundo premio por sus calabacines? ¿Señor Richard Laventie, de Whitenights?

—¿Qué le pasa a ese hombre? —preguntó la señorita Finn en voz alta—. Vamos, Richard Laventie, ha ganado un premio… O al menos su jardinero. Vaya a recogerlo.

En el silencio que siguió, Ann notó que todos los cuellos del salón se giraban para ver qué ocurría y, de pronto, sin ningún esfuerzo consciente de la voluntad, se vio abriéndose paso entre filas de rodillas encogidas. Por suerte, estaban cerca del escenario, de modo que no tenía que recorrer una gran distancia, pero aun así tardó una eternidad en llegar a la mesa cubierta con la bandera en la que sir George echaba humo detrás de los premios. El vicario, aliviado, la recibió con tanta efusividad como si hubiera ganado en la categoría de verduras variadas.

—Esta es la señorita Ann Laventie —le explicó al otro.

—¿No está su padre aquí, querida?

Sir George, ablandado por este paréntesis en una larga sucesión de entusiastas hortelanos curtidos por el clima, se mostró inesperadamente locuaz y Ann siguió allí de pie muriéndose de vergüenza mientras él le decía

cuánto le gustaba ver que los jóvenes se interesaban por la jardinería. El hecho de que esa tarde estuviera de lo más encantadora no era ningún consuelo y saber que su familia estaba a pocos metros (por no hablar de los Gayford, al fondo del salón) la cohibía de mirar a su alrededor. Por lo tanto, mantuvo los ojos fijos en el benévolo rostro colorado de sir George y, así, le inspiraba arranques de elocuencia sin parangón y retrasaban el anuncio de los premiados de tal modo que el vicario se vio obligado a intervenir.

—Bien, espero que volvamos a verla, señorita Laventie —concluyó sir George mientras le estrechaba la mano con efusividad—. Magníficos calabacines, si me permite decirlo. ¡Que me aspen, pero si no le he dado su premio! —Y le plantó en las manos un par de cucharas de madera para ensalada atadas con una cinta roja. (Los primeros premios llevaban la cinta azul.) Volvieron a darse la mano en medio de un leve aplauso y Ann quedó libre para regresar a su sitio como bien pudiera.

Fue un alivio comprobar que su familia ya había abandonado sus asientos y que la esperaban en la puerta. Parecían estar divirtiéndose y la recibieron con susurros de felicitación.

—Tenemos que irnos ya —dijo el señor Laventie—, cualquier otra cosa sería un anticlímax. ¿Cuál es el premio? ¡Increíble!

Les sujetó la puerta para que salieran y examinó los cubiertos con ojo de experto. Una vez fuera, Ann empezó a notar menos calor en las mejillas y se preparó para las burlas.

—¡Increíble, Ann! —repitió su padre—. Ya le advertí que le gustaba presumir, Gilbert, y aquí tiene un buen ejemplo. Me he emocionado tanto como sir George, os lo aseguro.

—Parecíais ese cuadro tan horrible, *El discípulo* —añadió Dick pensativo—. Y todas las mujeres decían: «¡Qué encanto!».

—Seguro que la señorita Finn no —repuso Ann mientras se quitaba el sombrero verde para que la brisa le llegara detrás de las orejas.

El señor Laventie soltó una risita.

—Tienes razón, ella no. No creo que apruebe del todo nuestra forma de ser, cariño.

—La señora Gayford ha dicho que parecías un pajarillo verde, Ann. ¿La has oído aplaudir cuando subías? Nos ha sugerido que le demos el premio a mamá, como consuelo por haberse perdido la diversión.

Ann los escuchaba sin reírse tanto como merecían aquellos comentarios. Empezaba a dolerle la cabeza y la gloria de la tarde había

desaparecido de un modo inexplicable. Entonces Gilbert se puso a hablar con gran agudeza (aunque adoptando un punto de vista totalmente absurdo) sobre las influencias pastorales en el drama moderno y pronto se vio envuelto en una acalorada discusión con el resto de la familia. Ann le sonrió agradecida y se rezagó un poco. En verdad, era casi tan guapo como Dick.

Segunda parte

Capítulo 1

I

Una semana después de la feria, Dick anunció su intención de regresar a la ciudad. Mediaba el mes de septiembre, pero el verano se dilataba en el jardín de los Laventie y la hierba, opinó Ann, estaba ideal para tumbarse.

—Creía que ninguna de tus bellas señoritas reaparecía hasta octubre —comentó Elizabeth con desgana—. ¿No te sentirás solo?

Dick sonrió.

—En absoluto. Me pasaré quince días de jarana con mis amigos menos presentables antes de dejarlos para hacer la temporada. La llamada de los bajos instintos, supongo.

—*La nostalgie de la boue* —dijo Croy.

—Exacto. Es cosa de familia. Lo mismo que lleva a mi padre a París cada seis meses. —Dick se dio la vuelta y se quedó tumbado de espaldas, observando el dibujo que formaban las ramas de los tilos recortadas contra el cielo—. Será interesante ver cómo se manifiesta en Elizabeth cuando se reúna con nosotros.

—Sospecho que a ella se la ha saltado —repuso Croy, sonriendo al majestuoso perfil de la joven.

—¿Por qué tenemos que cargar Ann y yo con todo? ¿O es que crees que tres calaveras son suficientes en una familia?

—Yo no iré a la ciudad —objetó Ann, que apenas había prestado atención a la conversación.

—Tienes que venir —protestó Croy—. Aunque sea una semana, para pasar revista al piso de Elizabeth. Ha cogido una habitación de sobra a propósito.

Ann pensaba en el inminente éxodo con sentimientos encontrados. Se daba por hecho que Croy se marcharía con Dick y la partida de Elizabeth, aunque aún sin fecha definitiva, estaba al caer, de modo que en algún momento hacia finales de mes se quedaría sola tumbada en la hierba. La perspectiva era en cierto modo bastante alentadora y no esperaba aburrirse; aunque, desde luego, una gran parte del tiempo, la que solía dedicar a escuchar a los demás, ahora quedaría desocupada, temía que, a menos que aparecieran más amigos de su padre, el señor Laventie acusaría la falta de estímulo. Esperaba que no fueran italianos, no obstante, porque le costaba entenderlos. Se acordó de aquella vez que, hacía unos tres años, al llegar un tal *monsieur* Ducros para pasar un mes en Whitenights, todos adoptaron como idioma el francés, con no poco escándalo para Martha y el resto del personal. Fue divertido, pero los ensayos de Elizabeth se resintieron al tener que traducirlos luego otra vez al inglés.

Mientras estaba allí sentada escuchando a los demás, Ann llegó a la conclusión de que había sido un verano excepcionalmente agradable; muy parecido a otros, por supuesto, excepto por la presencia de Gilbert Croy… Sospechaba que este no lamentaría quedarse aún más tiempo, pero el regreso de Dick era un hito demasiado obvio para ignorarlo.

En el último momento, sin embargo, a Dick le resultó imposible impedir que un entrometido Daimler que iba camino del sur de Francia los llevara a él y a sus pertenencias a Bloomsbury, pero, por desgracia, los bustos no dejaban sitio para su original y Gilbert se vio obligado a viajar solo. Al igual que los Laventie, Croy evitaba con mucha corrección todos los adioses y las despedidas, de modo que fue más bien por un descuido por lo que encontró a Ann en el rellano del piso de arriba veinte minutos antes de que partiera su tren.

La chica estaba buscando su raqueta de tenis, le dijo, y a ninguno de los dos se les ocurrió que ese año ya era un poco tarde para aquello.

—Hola, Ann. ¿Has visto una *Teoría de la estética* por algún sitio? Es un librito cuadrado.

—¿De qué color?

Él se lo describió con cierto detalle, pero ella no lo había visto y entonces se quedaron mirándose, de pronto sin aliento y constreñidos, mientras a Ann le zumbaba el silencio en los oídos. Por un instante, tuvo la curiosa sensación de que había como unos lazos entre ellos, muy finos, inmensamente finos, pero aun así materiales, como los tensos filamentos de

una telaraña entre dos ramitas temblorosas. Era muy extraño.

—Siempre pienso en ti aquí arriba, ¿sabes? —barbotó Croy—. Es raro, porque casi siempre estás en el jardín. Quizá sea por lo del primer día, cuando te estropeé el rompecabezas. Ann…

La muchacha se sintió a la vez estafada y aliviada cuando Dick llamó a Gilbert desde el pie de las escaleras para decirle que estaba llegando su tren.

II

Cuando Dick y Gilbert se fueron, Whitenights pareció acomodarse en la suave calma de una balsa de aceite en cuya plácida superficie la partida de Elizabeth apenas provocó una onda diminuta. Estaba, a su manera desapasionada, ansiosa por marcharse y, mientras la observaba hacer la maleta, crecía en Ann la certeza de que su hermana ya no volvería. Los fines de semana, sí, y tal vez durante largos meses en verano, pero siempre de visita. La hermosa casa de Sussex ya no era su sitio, tal y como Elizabeth, con su exquisita percepción, fue la primera en advertir. Necesitaba un entorno a la vez más fantástico y austero para hacer resaltar su áspera distinción y tendría que llegar hasta los rascacielos de Nueva York para encontrarlo. Por el momento, sin embargo, Londres era el paso más inmediato y reconoció sus cualidades.

«Llevaba tiempo sin sentirme tan satisfecha —le escribió una semana después—. Este sitio tiene un aire como de *Las mil y una noches* que puede notarse casi físicamente, como un perfume en las calles. Gilbert, que adora París con un desenfreno absurdo, admite que no lo ha sentido en ningún otro sitio. El piso está construido sobre un pasaje abovedado, de modo que la sala de estar da a un friso de elegantes casas blancas recortadas contra el parque y mi estudio a un callejón de miseria casi napolitana. Los llamamos el Infierno y el Paraíso y cambiamos de vistas según nuestro estado de ánimo. Uno se siente un poco como Dios observando el universo. Tu habitación, me temo, da al lado sórdido, pero te gustarán los taxistas y la cantidad de hijos que tienen».

Ann dobló la carta y contempló pensativa la fina y erguida letra de su hermana. Se imaginó a Elizabeth paseando orgullosa por las calles de Londres, aspirando los perfumes de Arabia en Piccadilly y riéndose muy seria de Croy por haber desperdiciado su juventud en el Montparnasse.

Hablarían muy deprisa, en voz baja y grave, con el ruido de Londres creando una tosca intimidad. No era fácil caminar a su lado, con sus zancadas largas y lentas y su arrogante estatura, ni hablar con ellos cuando se sentían como Dios observando el universo, aunque ellos serían más críticos, claro, pensó Ann, que el Creador original.

Sin embargo, estaba impaciente por reunirse con ellos y casi contaba los días que faltaban para que comenzara su visita. Si todo iba bien, sería un viaje trascendental, pues estaba resuelta a volver prometida a Gilbert Croy.

Había tomado esta decisión de un modo bastante repentino al día siguiente de que él se marchara y le daba una considerable tranquilidad de espíritu porque, además de estar casi con toda seguridad enamorada de él, sentía, paradójicamente, que ese matrimonio era lo único capaz de unirla para siempre a su familia. Se aliaría con lo que ellos más admiraban y se situaría de una vez por todas del lado de los inteligentes. Era imposible que la esposa de Gilbert Croy fuese ordinaria, imposible ser nunca otra cosa que distinguida y encantadora. Ann Croy… Era casi tan inusual como Ann Laventie, dos notas breves de un pífano. Sobre los sentimientos de Gilbert no tenía, aunque pareciese extraño, ninguna duda. En aquel momento de revelación en el rellano supo con toda seguridad que la amaba: era algo a la vez increíble y cierto. Supo que estaba a punto de decírselo cuando Dick lo llamó desde el pie de las escaleras y rompió el hechizo. Ann había olvidado aquel leve estremecimiento de alivio y recordaba solo la expresión ansiosa y el apuesto semblante de Gilbert mirándola. Volverían a verse dentro de dos semanas, trece días, y él terminaría lo que había querido decirle. Y luego, supuso, vivirían felices para siempre en un segundo Whitenights.

Ann tampoco dudaba de sus propios sentimientos al respecto. Mi querido Gilbert, pensó para sus adentros. Pues claro que lo amaba. ¿Quién podría resistirse a amar a alguien tan bien parecido, poco corriente e incomparablemente inteligente?

Capítulo 2

Esperar dos semanas para ser feliz para siempre es mucho tiempo, pero Whitenights se lo puso lo más fácil posible. Tras aguardar con su tacto habitual a que la casa quedara vacía, la señora Laventie sucumbió a un leve acceso de gripe que la obligó a guardar reposo absoluto y, como resultado, Ann aprendió mucho sobre los mecanismos de una casa que por lo general parece que funciona sola. Para los menús se apoyaba casi por completo en la cocinera y la admirable señora Lee, que conocía los gustos de su patrón como un buen musulmán conoce el Corán, se encargaba de que el paladar del señor Laventie no sufriera ninguna afrenta. Sin embargo, había que dedicar al menos media hora al día a ratificar sus decisiones y Ann aprendió que en una buena cocina, como en la naturaleza, nada se consume por completo.

Estaba más capacitada para enfrentarse al armario de la ropa blanca; sentía un placer casi sensual al verla apilada en los estantes. Las finas mantelerías siempre la habían atraído, pero la belleza del conjunto allí reunido era nueva y de algún modo inesperada. Había columnas de lino irlandés demasiado bueno para abaratarlo con bordados, juegos de damasco crema y marfil o de grueso encaje color galleta, largos tapetes de denso brocado y vivos bordados rusos que Ann había adorado de niña. Sin embargo, no todo le resultaba familiar y estaba segura de que nunca habían utilizado una preciosa pieza de hilo con vainicas.

—No, señorita —le confirmó Martha—, todavía no. La compramos hace solo una o dos semanas. Viene de una de las grandes tiendas de Londres.

Ann bajó la vista desde la silla en la que estaba subida y preguntó quién la había comprado, pues le parecía extraño que Dick o Elizabeth estuvieran ocupándose de la economía doméstica de Whitenights.

—Pues la señora, claro —dijo Martha para su sorpresa—. Siempre está

comprando cosas para la casa. Lo que podría llamarse un ama de llaves modelo. Tenemos catálogos y listas de ventas de todas las grandes tiendas de la ciudad y, de vez en cuando, entre tanta cosa llamativa y barata, aparece algo bueno de verdad y entonces nos lanzamos a ello como un rayo. Estas sábanas… —Puso una de sus manazas sobre el montón que quedaba a la derecha de la cabeza de Ann—. ¿Dónde va a encontrar algo así en ninguna otra casa de por aquí? El mejor lino irlandés, hecho especialmente para la hija de algún lord que iba a casarse y luego cambió de opinión, más tonta fue ella. Se compró hace seis años y no ha perdido ni un penique de su valor.

Ann la escuchaba con tremendo asombro: nunca había sospechado que su madre tuviera tanta iniciativa. La propia perfección de Whitenights siempre excluía la idea de que hubiera algún esfuerzo detrás; uno daba por hecho que las servilletas se renovaban solas, como las dalias. La vivacidad de Martha también fue una revelación, pues siempre habían considerado a la vieja criada como parte del reino vegetal más que del animal. Ann se bajó de la silla sintiéndose como un malabarista que acaba de descubrir la ley de la gravedad.

Otro día, examinando el armario de la porcelana, se encontró una gran gamuza blanca doblada con gran esmero entre los paños y Martha, que la seguía por toda la casa con información y consejos, la sacó y la sacudió con aire lúgubre.

—Es lo que usa la señora para taparse cuando limpia la porcelana —le explicó—. Una vez a la semana se lava todo y las mejores piezas del salón las limpia ella misma. No verá ni una mota de polvo en el fondo de nuestros jarrones.

—¿Dónde lo hace? Nunca la he visto.

—Pues en su habitación, claro, en la mesa grande. Todos los viernes por la mañana se lo llevo en una bandeja y lo vuelvo a colocar antes de comer. Ya le hace falta, pero a mí me da miedo tocarlo.

La mujer miró indecisa a Ann y añadió que no quería molestar a la señora con cosas de la casa ahora que estaba enferma.

—Entonces será mejor que esta semana me ocupe yo —repuso la chica de la forma más natural que pudo. El instinto le decía que se le daría bien limpiar la porcelana—. ¿Puedes sacarlo al jardín, por favor? Déjalo sobre la hierba.

Esta innovación preocupó a la criada en un primer momento, pero Ann

se mantuvo firme. La porcelana estaría más segura en la hierba que en cualquier otro sitio de la casa y así, además, ensuciaría menos, pero la verdadera razón —que no le confesó a Martha— era que desde que su madre estaba enferma, Ann le había cogido una vaga aversión a la abarrotada salita matinal. Si hubiera tenido un carácter analítico como el de Elizabeth, sabría que esto se debía a que aquel lugar despertaba su sentido de la compasión y la entristecía, y Ann nunca había apreciado en realidad el valor estético de la melancolía.

La porcelana de los Laventie formaba un bonito conjunto a la luz del sol y Ann se sentó y se puso manos a la obra con suma satisfacción: en aquel momento no lo habría cambiado por nada del mundo. Era una delicia sumergir las delicadas formas en el agua tibia y espumosa, frotarlas con un paño suave y luego dejarlas escurrir en la mullida hierba, donde relucían como extrañas flores de tallo corto. Un juego de tazas japonesas de sake causaba un efecto especialmente impresionante, parecían azafranes con un peculiar sentido de la personalidad: Ann pensó que había visto muchas orquídeas de aspecto mucho menos natural. Secar también resultaba agradable, cuando los colores brillaban limpios y renovados al pasar el paño y las figuritas de damas chinas le raspaban las yemas de los dedos. Se había detenido a admirar el acabado de jade de un caballito muy erguido cuando oyó que se abría el portón y, al momento, vio que Joyce Gayford subía por el sendero.

Joyce Gayford era en esa época una muchacha evidentemente poco atractiva, por desgracia. El resto de la familia variaba desde la fresca belleza de Peggy hasta la singularidad pecosa de Bernard, pero todos eran sin duda agradables a la vista: incluso Ralph y Alan tenían buenos dientes. Solo Joyce era feúcha, miope y propensa a los granos, pero, por supuesto, era la más inteligente.

—Traigo una nota de Peggy —dijo, entregándole a Ann un sobre bastante mugriento—. Ha estado dando tumbos desde que mi hermana se fue a la ciudad hace una semana y esos animales no tienen cuidado con nada. Espero que no sea urgente.

—No lo creo —repuso Ann mientras seguía frotando el caballito verde —. Siéntate y quédate un rato. ¿Cómo están la señora Gayford y el doctor?

Se preguntaba por qué no la habría traído John: por lo general se le daban bien los recados.

—… me aburro muchísimo cuando Peggy no está —estaba diciendo

Joyce apesadumbrada—. No tengo a nadie con quien hablar.

Este resumen sobre la familia Gayford fue lo bastante extraordinario como para despertar el interés de Ann, que alzó la vista sorprendida.

—Sé que puede sonar raro —reconoció Joyce—, pero en realidad el único inteligente además de papá es Nick y casi nunca está en casa. Los demás están chiflados. A Bernard se le dan bien sus proezas matemáticas, supongo, pero es todo muy técnico y odia tener que dar explicaciones. La verdad es que lo entiendo. Usted tiene mucha suerte.

—Pero tienes tus estudios —le recordó esta—, y si vas a Girton harás un montón de amigas que compensarán la ausencia de Peggy.

—¡Es que yo no quiero ir a Girton! —protestó Joyce de repente—. Finjo que sí porque algo tengo que hacer, pero en realidad no me ilusiona en absoluto. ¿Sabe lo que me gustaría ser, más que nada en el mundo? —Hizo una pausa dramática y bajó la voz—. Corista.

Ann la miró estupefacta. Parecía tan poca cosa, allí repantigada de lado, con unas piernas tan larguiruchas y poco sugerentes. Además, no era algo propio de los Gayford.

—Ya sé que es imposible —continuó rabiosa la chica—, pero eso no lo hace más fácil de soportar. Sé que soy fea… No importa, en mi familia nadie puede negarlo. Y que no tengo ningún encanto ni nada, pero es lo que siempre he querido, desde que era pequeña y vi una foto de Gaby Deslys como Rosy Rapture. ¡El escenario! Solía pensar que me escaparía y me convertiría en una estrella y que volvería y haría de Julieta en Worthing y que nadie se enteraría hasta que vieran mi nombre en los carteles. Hasta me guardaba rebanadas de pudin de la cena para la huida; hace años, por supuesto. Y aun así es como un jarro de agua fría, sentarme y darme cuenta de que nunca haré nada de eso. ¡Ay, Ann, es muy injusto!

—Muchísimo —repuso esta. No sabía cómo procesar aquella última revelación de una personalidad oculta y se preguntaba si le aguardaban muchas más sorpresas. Tres eran suficientes por un día. Movida por un impulso repentino, se inclinó hacia Joyce y le puso una mano en el hombro. Le impresionó notarlo tan huesudo.

—Da igual —dijo la otra torciendo el gesto—. Estaré mejor ahora que me he desahogado. Gracias por escucharme. Los chicos a veces son unos bestias.

Se levantó con cierta torpeza y se quedó allí de pie, una figura sombría y angulosa contra el cielo de colores suaves. Ann se levantó también y la

acompañó hasta el portón mientras intentaba pensar en un consuelo apropiado, pero fracasó estrepitosamente. Junto a los rododendros, Joyce se detuvo y carraspeó.

—Señorita Laventie —le soltó de pronto—, sé que es muy descarado por mi parte, pero… ¿Le importaría decirme…? ¿Hace algo para mejorar su cutis?

La joven contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta, pero Ann volvió a decepcionarla.

—Nada de nada —se disculpó esta—. Solo lavarme y cerato de Galeno para las quemaduras del sol. Lo siento.

—Me lo imaginaba. Siento haberla molestado —repuso Joyce, que salió por el portón lo más rápido que pudo.

Mientras volvía, Ann leyó la nota de Peggy y se enteró de que su amiga se había ido a pasar un mes a la ciudad y se alojaba en casa de una tía suya, a las afueras. «Sé que vendrás a ver a Elizabeth —le había escrito—. Si tienes un rato libre (¡aunque me temo que no!), llámame y a lo mejor podemos hacer algo juntas. Voy al centro casi todos los días y, si te aburre ir de compras, podríamos asistir a una matiné. Steve te envía un saludo (¡acaba de contarme que te tomó por otro miembro de la familia!) y se ofrece amablemente a llevarnos a tomar el té». También había una posdata, apretujada entre la dirección de las afueras y la fecha: «Supongo que ya te habrás enterado de lo del trabajo de Steve. Nos vamos a casar muy pronto, ¡esto es un anticipo de la invitación!».

Ann volvió a su porcelana henchida de una generosa alegría. La dicha de Peggy no podía dejar de estar en un plano inferior a la suya, pero era agradable pensar que ella también era feliz.

Capítulo 3

I

Elizabeth pareció alegrarse de verla cuando Ann llegó al piso del pasaje abovedado y le habría mostrado todos sus atractivos de inmediato si el té no hubiera estado ya listo en la sala de estar. Así las cosas, solo se detuvo el tiempo suficiente para señalarle la marcada personalidad del recibidor cuadrado, con sus magníficos paneles de tapices futuristas encastrados en las paredes de color pavo real. Ann los observó con auténtico respeto, pero no era capaz de decir por qué no le convencían ni el techo naranja pálido ni las cortinas ajedrezadas, sobre todo porque su hermana no parecía advertir nada extraño. La sala de estar, sin embargo, le encantó; era desaliñada y sin complejos, y tenía un bonito cuadro de unos patos sobre la repisa de la chimenea.

—Vendrán un par de personas después de cenar —dijo Elizabeth mientras le servía un té chino de color pajizo en una taza negra—, pero no hace falta que te arregles. Un tal Solomon, que conoce a mi casero, y un amigo de Gilbert. Gilbert no podía. Ah, y Montague Darley.

Ann se preguntó si debería haber oído hablar de alguno de ellos y la ansiedad la ayudó a distraerse de la decepción por lo de Gilbert. Montague Darley en todo caso le sonaba vagamente familiar, pero no lograba ubicarlo. Estaría bien saber quién era antes de que llegase.

—Darley —repitió pensativa—, ¿no es ese el que…?

Y dejó que su voz se apagara como si siguiera una intrincada serie de recuerdos por las altas esferas del arte. Al menos esperaba que sonara así.

—El que escribió aquellos brillantes artículos sobre Van Gogh —terminó la avezada Elizabeth.

Ann se alegró: ese pintor le gustaba y conocía la mayoría de sus cuadros, al menos por reproducciones. Además, Dick hablaba a menudo de él en la mesa, así que tenía bastante vocabulario para parecer entendida.

—¿Qué vestido me pongo, Elizabeth? He traído el de gasa verde y uno nuevo de muaré.

—El verde, desde luego, no es una fiesta formal ni nada parecido. Si ya has terminado con el té, te enseñaré tu habitación y así podrás bañarte tranquila.

Ni siquiera habían cortado el bizcocho de nueces, pero Ann la siguió sumisa por un corto pasillo enmoquetado con fieltro negro.

—Creo que te gustará la combinación de colores —le dijo su hermana por encima del hombro—, tiene muchísima personalidad.

Abrió una puerta a su izquierda e hizo pasar a Ann a un recargado cuartito que daba al Infierno. Esta se quedó sorprendida por un instante y se preguntó qué clase de personalidad era la que se expresaba en gris, negro y fucsia apagado.

El suelo estaba cubierto con el mismo fieltro negro que el pasillo, del que surgían varios muebles de líneas aristadas como pequeñas islas grises en algún archipiélago rocoso. Las formas, a la vez simples y fantásticas, transmitían una notable sensación de inflexibilidad, debida quizá a la ausencia total de tapicerías. Una cama baja cubierta de damasco fucsia era el único toque de color y unas cortinas del mismo tejido enmarcaban las ventanas, pero incluso estas colgaban en pliegues rígidos y puntiagudos, como las vestiduras drapeadas de los santos primitivos. Sin embargo, el objeto más asombroso de la habitación era un gran sillón acolchado de reps verde que se interponía casi agresivo entre el lúgubre tocador y la pared gris desnuda. Incluso para los dóciles ojos de Ann parecía fuera de lugar.

En cuanto a Elizabeth, sus preciosistas elogios se le quedaron congelados en los labios mientras contemplaba horrorizada aquel repugnante objeto. Sin decir ni una palabra a Ann, se acercó a la ventana y tiró de la larga cuerda negra de la campana; en silencio, esperaron la llegada de la señora Weekes.

La señora Weekes era una mujer corpulenta, de caderas anchas y rostro colorado, pero a Ann le pareció que palidecía un poco ante la mirada fría y contrariada de su hermana.

—Señora Weekes —le preguntó Elizabeth con calma—, ¿sabe cómo ha llegado aquí ese sillón?

Se abstuvo de mirarlo en la medida de lo posible, pero no era fácil.

—Pues sí —contestó con descaro la señora Weekes—, yo misma lo he traído.

—Entonces, ¿le importaría quitarlo? Enseguida, por favor.

Ann admiró la forma en que su hermana manejó el asunto, sin alborotos innecesarios. La señora Weekes, sin embargo, no se movió.

—¿Y dónde se va a sentar? —preguntó la mujer.

Los ojos de Elizabeth recorrieron cansados el archipiélago gris.

—Hay otras tres sillas en la habitación, señora Weekes, además de la cama. Por favor, lléveselo.

—No puede sentarse en esos trastos, que están hechos un asco y llenos de nudos —replicó con desdén la señora Weekes—. Y en cuanto a la cama, ¿puede saberse cómo va a estar por la noche si se pasa todo el día tirada en ella? Este cuarto necesita un sillón decente y, además, si el señor estuviera aquí, me apoyaría.

Tras decir aquello, cruzó los brazos sobre el estómago y se quedó mirando sin pestañear por la ventana, hacia las austeras chimeneas del Infierno que captaban los últimos destellos de sol, aunque no es probable que apreciara realmente el efecto. Había algo de monumental en su torpe figura: parecía como si el día del Juicio Final pudiera encontrarla allí de pie, como única compañera de la gran esfinge en ruinas. Elizabeth dejó pasar el asunto con un desdeñoso encogimiento de hombros.

—Ya ves lo que pasa —le dijo a Ann como si nada mientras los fuertes pasos de la vencedora resonaban por el pasillo— cuando se hacen imprescindibles. Pobre Ann, me temo que tendrás que sufrir por todos nosotros.

—No me importa —le aseguró esta—, queda hasta divertido, ¿no crees?, contra las paredes grises.

Y, en efecto, cuando su hermana ya se había marchado, descubrió que era algo mucho mejor que divertido: era comodísimo.

II

Mientras Ann se vestía para la cena, evaluó la velada de esa noche con el espíritu de un general que pasa revista en el campo de batalla, pues la ausencia de Gilbert, aunque dolorosa en sí misma, dejaba su intelecto del

todo libre para hacer frente a la situación.

Elizabeth no había mencionado a ninguna otra mujer, de modo que probablemente les esperaba un banquete de pura razón, sin la influencia balsámica de vestidos bonitos ni miradas luminosas. Ni Elizabeth ni ella miraban nunca con ojos luminosos. Ann había descubierto que, en las conversaciones intelectuales, lo mejor era dejar que el interlocutor expresara primero su opinión para luego dejarse ganar por el mismo bando y decidió que, si era posible, se pegaría al señor Darley y lo incitaría a reconstruir sus brillantes artículos sobre Van Gogh. Ann, era de lamentar, tenía una visión descaradamente inmoral de la conversación cortés y, siendo así, era justo que sus planes se vieran desbaratados.

Que así fuese se debió en gran parte a la habilidad y decisión del señor Solomon. Era un joven que sabía lo que quería y, en cuanto llegó, supo que quería hablar con Ann. Con admirable franqueza, por tanto, informó a Elizabeth de su propósito y, en consecuencia, esta lo invitó a ponerse cómodo en el sofá en el que estaba su hermana. Tenía una cara fea y simpática, como una gárgola amistosa, con ojillos brillantes y muy juntos a los lados de una nariz larga. Le cayó bien de inmediato.

—Se parece usted tanto a un día de primavera —le dijo este— que puede que me ponga a cantar de un momento a otro. No le importa que sea sincero, ¿verdad? Yo lo detesto, resulta tan informal… Mientras que una mentira bien elaborada demuestra que uno al menos se toma la molestia. No es un argumento muy bueno, pero lo puliré un poco más tarde. ¿Qué le parece el piso de Jimmy?

—Muy bonito —repuso Ann, un poco falta de aliento.

—Esa ni siquiera está elaborada. ¿Qué opina del recibidor, por ejemplo?

Esta vez Ann consideró la pregunta con imparcialidad y el adjetivo que había estado buscando desde que llegó apareció como un reluciente pez en su red.

—Tiene gracia, por supuesto —(utilizó esa palabra como una especie de seguro intelectual)—, pero lo veo un poco… sarcástico.

El señor Solomon golpeó el cojín con tanta fuerza que levantó una nube de polvo. (En Whitenights tenían los cojines en mejores condiciones, reflexionó Ann).

—¡Ha dado en el clavo! Sabía que lo haría. Mi querida señorita Laventie, ese es su objetivo. —Miró a su alrededor para asegurarse de que los demás estaban absortos en sus propias ocurrencias. Lo estaban—. Ayudé a Jimmy a

diseñarlo como una especie de examen de ingreso, para ver cuáles de sus jóvenes amigos sabían en verdad de lo que hablaban. La mayoría se entusiasmaban describiendo un aura egoísta; los desconfiados no decían nada y, cuando alguno hacía amagos de ir a vomitar, sabíamos que era uno de los mejores. Buena idea, ¿eh?

—Muy buena —asintió Ann—. A mi padre le gustaría.

Entonces le habló del salón rosa y plateado donde el señor Laventie recibía a sus amables vecinos. El despiadado sentido del humor de aquella anécdota la impresionó incluso a ella al contarlo, pero el señor Solomon lo aprobó de buena gana y dijo que le gustaría asistir a ese desconcierto.

—Nos divertíamos mucho con algunos parientes de Jim —añadió—. Solían preguntarnos el nombre del decorador. El único inconveniente era que el pobre canalla tenía que volver a casa y verlo todas las noches y eso empezaba a afectarle. Entre usted y yo, creo que por eso se fue a Serbia.

—¿Y todo el piso está decorado según el mismo principio?

—Vaya, ahora se está poniendo nerviosa, ¿verdad? Voy a hacer que se comprometa antes de contárselo. ¿Qué me dice de esta habitación?

—Me gusta —afirmó Ann con decisión—, es habitable.

—Muy bien. Es donde vivíamos. ¿En cuál duerme usted?

Ann le explicó que el sillón de la señora Weekes había destruido sin duda todo sentido crítico y a él le pareció una broma muy buena.

—Justo lo que le hace falta. En realidad no es una habitación, es un decorado. Jim lo diseñó para una de esas farsas donde las damas se desnudan delante de las candilejas y luego pensó que era una pena desperdiciarlo. Hombre, ahí está Croy. Creí que no iba a venir.

A Ann le dio un vuelco el corazón al ver a Gilbert de pie en la puerta. Y cómo no, claro, si estaba enamorada de él. Croy se acercó a ella, sonriente (cómo no, claro, si estaba enamorado de ella), pero antes de poder decirle más que las primeras frases convencionales, Elizabeth se lo llevó al círculo de la chimenea.

—Buen tipo —dijo el señor Solomon con admiración—, siempre parece dispuesto a liderar una revolución en un abrir y cerrar de ojos. Ha estado en su casa de Sussex, ¿verdad?

Ann asintió. Estaba observando cómo se sentaba, con una esbelta mano sobre la rodilla y la otra apoyada en el respaldo del asiento. El querido Gilbert.

—La última vez que lo vi fue en un estreno —siguió Solomon— y se

apropió de la mitad de los aplausos de Gladys Cooper. Entraron juntos y el patio de butacas, con gran sentido común, le dedicó una salva por principios. ¿Sigo hablando o quiere unirse a la conversación?

Ann se dio la vuelta para observar al grupo que estaba junto a la chimenea, donde Montague Darley insistía en algún axioma crítico con gestos tranquilos y autoritarios. A su lado, Elizabeth escuchaba con deferencia y su capa china era como una brillante mancha de color en contraste con la chaqueta de él mientras que, al otro lado del fuego, Gilbert Croy y otro hombre se recostaban entre las sombras. Formaban un grupo elegante e imponente y Ann pensó en lo afortunada que era de pertenecer a una comunidad tan encantadora. Porque aquellos también serían sus amigos.

—Me gustaría pintar la escena y titularla *Civilización* — dijo el señor Solomon, leyéndole el pensamiento. Su rostro de gárgola se contrajo en un esfuerzo de memorización.

—Y en lo que respecta a Van Gogh —decía el señor Darley—, su perspectiva es tan personal que el hombre de a pie puede perder fácilmente el contacto con su pensamiento. —La expresión del señor Solomon se hizo aún más intensa, si es que eso era posible—. De hecho, si hablamos de una obra maestra como *La habitación,* hay gente que dice sin ambages que no puedes fiarte de su visión.

—¡Vamos! —intervino de improviso el señor Solomon—, nadie tan descaradamente falso como Van Gogh podría ser tachado de mentiroso.

Hubo un breve silencio desconcertado y luego Croy se echó a reír.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando esa frase? —le preguntó. Se levantó y se acercó al sofá—. Deberías escribir una monografía sobre Ananías y utilizarla en el prefacio.

Se sentó al otro lado de Ann y le preguntó si había encontrado su raqueta de tenis. Aquel entorno extraño daba a sus desenfadadas conversaciones campestres un nuevo aire de intimidad, de modo que de cada alusión casual surgía todo un pasado común. Era obvio que el señor Solomon también lo notó, pues al cabo de unos minutos fue a reunirse con los otros.

—Lo has espantado —dijo Ann.

—Bien. ¿Cuánto tiempo te quedas en la ciudad?

—Pero me cae bien… Me gustaba oírlo hablar.

—Un tipo encantador. —Gilbert la miró con el ceño fruncido en una

expresión ya familiar—. Pero no debes tomarte su palabrería demasiado en serio. Tiene nueve partes de costumbre y una de afectación.

Con gran fastidio, Ann se dio cuenta de que se estaba sonrojando.

—No lo hago —replicó cortante—. Será mejor que vaya a hablar un poco con el señor Darley, Elizabeth me está mirando. ¿Él sí es de fiar?

Gilbert puso una mano sobre las de ella para retenerla.

—Lo siento, Ann, ha sido innecesario. Por favor, perdóname y quédate aquí.

Y como lo deseaba muchísimo, Ann se soltó y fue a mostrarse encantadora con Montague Darley.

Era bastante imponente, a su manera benévola y paternal, y hablaron con elegancia sobre un buen número de temas de buena educación. El cuarto tipo (cuyo nombre Ann no llegó a averiguar) resultó ser una autoridad en alfombras persas y podía sacar toda una fantástica historia de solo dos figuras en la que estaba a los pies de la chimenea. Tenía un talento maravilloso y podría haberse quedado escuchándolo toda la noche si Gilbert no hubiera interrumpido la fiesta sin ninguna consideración diciendo que tenía que irse a trabajar. A pesar de todo, ya habían dejado bastante atrás la medianoche cuando Ann se vio de nuevo sola en su dormitorio de comedia musical. Estaba muy cansada, la verdad.

Sin embargo, cuando apagó la luz, descubrió que uno de los principales inconvenientes de vivir sobre un pasaje así era el continuo ir y venir de taxis por debajo de la cama. Se los imaginaba como un montón de gatitos ruidosos correteando sobre el fieltro negro y se preguntó qué pasaría si alguno saltara… La atropellaría, por supuesto. Se dio la vuelta y se tapó con la colcha fucsia hasta por encima de las orejas. Si no podía dormir, al menos podría pensar, de modo que se esforzó en pensar en el señor Solomon y en cuánto se parecía a una gárgola y en las largas manos y el encanto estudiado de Montague Darley. También pensó en lo buena anfitriona que era Elizabeth y en cómo encajaba en el piso de Jimmy… A este se lo imaginó como un hombre menudo y delgado, con ojos marrones y la amable sonrisa irónica de su padre. Y por último, dejándolo para el final, pensó en Gilbert Croy.

Gilbert. Cabello espeso y negro y un marcado perfil romano. Sorprendentes cambios repentinos en la voz cuando hablaba de su trabajo. Paso largo y lento, como el de Elizabeth. El tacto cálido e inesperado de su mano sobre las suyas, finos hilos de consciencia como telarañas. Un taxi

pasó dando bocinazos bajo su habitación y las paredes grises temblaron. Querido Gilbert. Del Infierno llegó el repentino brote de una melodía incierta, que se tambaleó ruidosamente por los callejones hasta que apareció un taxi y la atropelló. Normal que el motor sonara tan fuerte si iba dentro sentada junto a Gilbert y dando tumbos a toda velocidad por las colinas. Qué guapo estaba Gilbert a la luz de la luna y qué extraño que no le dijera nada. Cuando llegaron a Whitenights, el chófer se bajó para abrirle la puerta y vio que era John, vestido con un uniforme marrón. Miraba fijamente al frente, inexpresivo, incluso cuando Croy le dio un rododendro rosa de propina, y desde luego no era lo correcto. El estribo estaba hundido en la hierba, como una lápida, pero Ann no podía distinguir las letras. Era horrible porque era importantísimo saber quién estaba enterrado allí. Arañaba el musgo como podía, pero volvía a salir como si fuera espuma, derrotándola. Por fin, sin embargo, consiguió apartar lo suficiente para distinguir el nombre: ANN. Por supuesto, ¡era su propia lápida y tenía todo el derecho a dormir allí si quería! Se acurrucó en la larga hierba y durmió sin soñar hasta que la señora Weekes hizo sonar las campanas del Juicio Final.

Capítulo 4

I

Elizabeth le había dicho a Ann que las doce sería la mejor hora para ir a ver a Dick, ya que entonces estaría levantado, pero aún no habría salido. Había empezado a hablar de él con un ligero tono de ironía que resultaba nuevo, pero en el fondo se percibía la fuerza de su admiración.

—¿Qué te parecen sus esculturas? —le preguntó Ann, deseosa de adoptar la actitud correcta antes de irse.

Elizabeth frunció el ceño.

—Es difícil decirlo todavía. Por supuesto, ha cosechado un éxito tremendo, pero uno tiene la constante sensación de que está al borde de algo más grande. Ha hecho un grupo titulado *Los peregrinos…*, pídele que te lo enseñe, Ann, que proyecta una fuerza latente extraordinaria. Y te gustarán los retratos. Son ingeniosos.

Ann se sintió halagada, pues siempre había sospechado que Elizabeth la consideraba incapaz de apreciar otra cosa que no fuera el humor. Los bustos eran ingeniosos y el grupo mostraba una fuerza latente… Debería ser bastante fácil. Se vistió con esmero, por si Dick se animaba a invitarla a almorzar, y compró un ramito de violetas en la esquina de la avenida Shaftesbury. El estudio estaba en algún lugar de Bloomsbury y Ann tardó tanto en encontrarlo que empezó a temer que, después de todo, el escultor se le acabaría escapando. El número 12 de Fraser Square era un edificio alto y estrecho con al menos seis timbres, todos necesitados de una buena limpieza. Debajo de uno de ellos estaba clavada la tarjeta de Dick, con la información adicional: «Por el callejón» escrita en lápiz azul. Ann pensó que sería la entrada de servicio y se dirigió a la otra puerta. El pasadizo era largo

y estaba bastante sucio, pero lo animaba una puerta de un vivo color escarlata al fondo e incluso desde la calle podía distinguir, en letras enormes, el nombre de «Dick Laventie» garabateado por encima en pintura blanca. Una botella de leche y varios periódicos completaban el bodegón y aumentaron las esperanzas de Ann de encontrarlo dentro, pero llamó y no hubo respuesta.

La puerta, sin embargo, se abrió con bastante facilidad y Ann se vio así en posesión exclusiva del estudio de su hermano.

Pronto se hizo evidente que habían ocupado todo el jardín para construir aquella enorme habitación, un amplio rectángulo con una esquina separada por un biombo de cuero español. Aparte de este hermoso objeto, no había casi ningún otro mueble; unas largas cortinas de lo que parecía arpillera colgaban a ambos lados de la gran ventana y tenía unos pocos cuadros sin marco clavados en las paredes. En el centro de la estancia, sobre un enorme bloque de mármol en bruto, había una nota improvisada que decía: «Vuelvo enseguida» y, recorriendo las paredes, amplias mesas se tambaleaban bajo los productos del genio de su hermano. En algunas partes se habían desbordado y había figuras hasta en el suelo, cubierto en parte por una lona sucia, de modo que Ann tuvo que abrirse paso entre bellas damas y racimos de uvas. También había una cantidad infinita de lo que los Gayford llamaban «porquerías»: montones de libros y papeles, trozos de arcilla, cojines desparejados, un par de guardapolvos y una bolsa de manzanas rojas desparramadas por el suelo morado. Era una buena habitación, y una pena que Dick no estuviera allí para presumir de ella. Antes de seguir explorando, Ann cogió una manzana y empezó a mordisquearla pensativa… Su reacción natural ante la comida, como Elizabeth había dicho una vez, siempre era comer.

Empezó por examinar los retratos, que eran ingeniosos y le gustarían. Había decenas —o eso parecía— y Ann, de haberse parado a analizar su admiración, se habría visto obligada a admitir que estaba tan impresionada por su número como por su mérito. De hecho, las mujeres eran todas muy hermosas, aunque un poco planas, y tenían un cabello suave y ondulado que debía de haberse divertido mucho esculpiendo. En su planitud, por supuesto, residía su ingenio, y una o dos parecían tan aplastadas que Ann soltó una risita involuntaria. Por algún motivo, sin embargo, no se tardaba tanto en admirar esos bustos como cabía esperar y, como parecía que todos los grupos ya se habían entregado, o lo que fuera que Dick hiciese con ellos,

Ann centró su atención en los cuadros. En su mayoría eran paisajes o bien muy vívidos o muy sombríos, que variaban por una o dos mujeres de aspecto desagradable con los pómulos marcados, pero cerca de la puerta esa monotonía se veía aliviada por el boceto al pastel de una joven sonriente.

Tenía el pelo muy rubio, de un tono dorado pálido, con la raya a un lado como un chiquillo y ondulado ligeramente hacia atrás desde la frente. Los ojos, muy separados, eran de color gris oscuro bajo unas cejas marrones oblicuas y la suave boca en forma de corazón era solo un tono más rosado que las mejillas. ¡Qué cosa más bonita! La encantadora inclinación de la cabeza sobre el esbelto cuello, ese aire de súplica casi infantil, respaldado por la deliciosa consciencia de que era irresistible… ¡Qué bonito! Ann se quedó allí sin poder dejar de mirarlo y se preguntó si Dick conocería a la modelo. De algún modo, no parecía obra suya… Aunque, por supuesto, era probable que aún no hubiera visto sus mejores trabajos: *Los peregrinos,* por ejemplo. Se le ocurrió que podía haber algo más detrás del alto biombo y, al investigar más a fondo, se llevó una considerable sorpresa al ver a su hermano durmiendo tan tranquilo, con toda la inocencia de un pijama de seda blanco. Este se despertó tan rápido y tan espabilado que levantó las sospechas de la chica.

—¡Dick! ¿Estabas dormido de verdad? ¿No me has oído?

—He oído «a alguien» —admitió el otro en tono cordial—, pero no estaba seguro de que fueras tú. Pensé que podría ser algún modelo que viniera a posar y estaba cansado.

—¿Es que nunca acudes a tus citas?

—No si estoy cansado.

—Y hay una nota que dice que has salido, que volverás enseguida.

—Bah, eso es de ayer —le explicó su hermano con desgana—. Siéntate.

Ann se sentó en el borde de la cama y siguió comiéndose la manzana. Dick había adelgazado mucho, pensó, incluso para haber pasado solo tres semanas.

—En algún sitio, por la habitación —siguió él al cabo de un momento—, hay un libro… Con las tapas verdes… Se titula *Principios de estética.* Podrías buscármelo.

—De eso nada —repuso Ann con firmeza—. ¿Sabes qué hora es?

—No.

—La una menos cuarto. ¿Te vas a levantar?

—No.

—Había pensado que a lo mejor me invitabas a comer —sugirió Ann, pero sin muchas esperanzas.

—No puedo, ya he quedado.

—Entonces tendrás que levantarte.

—Dentro de un rato. No llegará hasta y media… Creo.

—¿No vas a darte un baño?

Dick se incorporó en la cama y la miró con inquina.

—Está bien, tendré que buscarlo yo mismo.

Se levantó y bostezó a conciencia. Se pasó una mano por los enmarañados rizos byronianos. Se puso una bata de seda carmesí.

—Llena la bañera, entonces —cedió, atándose con firmeza el cinturón alrededor del escuálido talle—. Está por ahí.

Ann se metió entre un par de cortinas de brocado verde y fue a dar a un pequeño retrete de ladrillo ocupado casi en su totalidad por una enorme bañera amarilla y un diminuto calentador de agua. Lo habían pintado de naranja, presumiblemente para ahorrarse limpiarlo, y a la joven, que recordó el estado de los timbres, le pareció una buena idea. Siempre le daban un poco de miedo los calentadores, sobre todo si no los conocía. Este tenía al menos tres grifos en distintos ángulos y, abriera cual abriese primero, seguro que algo explotaba y Dick saldría y la menospreciaría… Al fin, se refugió en la más absoluta puerilidad y decidió el orden con una fórmula mágica.

—Pinto, pinto, gorgorito —contó en voz baja…

Tardó bastante, pero los resultados fueron admirables: el agua caliente brotó con una fuerza tan inesperada que Ann acabó con su mejor abrigo todo salpicado.

II

Cuando regresó al estudio, Dick había encontrado el libro y estaba leyendo de pie junto a la ventana. Con el pelo oscuro cayéndole sobre los ojos y el cuello del pijama levantado como una antigua corbata almidonada por encima de la seda oscura, parecía la viva imagen de un elegante dandi de principios del siglo XIX, noble pero lánguido. Ann admiraba muchísimo a su hermano. Su forma de sostener el libro entre las largas manos morenas, el arrogante pasar de las páginas, su absoluta indiferencia por el tiempo… Era

espléndido. Mucho más agradable que Elizabeth incluso, a pesar de sus modales. Allí estaba, absorto por completo en el libro, ajeno a la presencia de su hermana por primera vez en su estudio… ¿O acaso era posible, solo humanamente posible, que estuviese esperando a que ella dijera algo sobre su trabajo? Ann se acercó a las mesas y empezó a examinar los bustos desde todos los ángulos, con lo que esperaba que fuera una actitud muy perspicaz. Pero si Dick se estaba dando cuenta, no mostraba señal alguna y seguía hojeando las páginas con monótona regularidad.

—Me gusta este —dijo la chica, deteniéndose ante una pieza particularmente plana—. Es muy ingenioso.

Dick alzó la vista, un poco molesto por la interrupción.

—¡Ah, ese! No está mal. Es Miriam Oleson. Llegará dentro de un momento.

—¿Es ella con la que has quedado para almorzar?

—Sí. Es de Estados Unidos. Cree que está enamorada de mí.

Dick siguió leyendo y Ann recibió aquella información con la misma sangre fría y se limitó a observar que tenía un perfil muy inteligente. La mayoría de los bustos lo tenían. Y el mismo pelo ondulado y aplastado. Ann volvió a examinarlos a la luz de una nueva idea.

—Oye, Dick.

Su hermano gruñó.

—¿Todos estos bustos son retratos de Miriam Oleson?

Ante esa pregunta, Dick se dio la vuelta y cerró el libro.

—Pues claro que no. No seas idiota, Ann. —Y enseguida le señaló a Stella Ducros (con irónicas fosas nasales), Isabel Montrose (barbilla inteligente) y Cecily June (pelo ondulado y aplastado). Luego admitió—: Puede que mi particular estilo les dé cierto parecido superficial, pero tu problema es que no sabes cómo mirar nada.

Ann volvió a fijarse en aquellas ingeniosas señoritas y, a pesar del desaire de Dick, siguió pensando lo mismo. Trató de reprimir tal idea, por lealtad, pero fue en vano. Todas eran la misma. Algunas miraban un poco a la derecha, otras a la izquierda; una o dos llevaban moños griegos en la esbelta nuca, pero, cuanto más las miraba, más evidente se hacía que Dick solo sabía esculpir un busto. Ann se preguntó si aquellas mujeres se habrían dado cuenta alguna vez o si habría enviado las piezas a direcciones equivocadas o cómo recordaba el propio Dick cuál era cuál…

—Me gusta la señorita Montrose —dijo, señalando con la cabeza a

Cecily June.

—Querrás decir Miriam —la corrigió Dick, cortante, antes de volver a su libro.

—¿Y qué va a ser el mármol? —continuó Ann, que se sintió un poco avergonzada.

—El grupo de mármol se llama *Los peregrinos.*

Hubo entonces una pausa más larga.

—¿Quién es la chica de la puerta? —le preguntó luego.

—Delia Burns.

—Parece encantadora.

—Eso piensa casi todo el mundo.

Y en ese momento para nada inoportuno se oyó una serie de fuertes e indignados bocinazos que venían desde el extremo opuesto del callejón, como si algún coche con prisas acabara de darse cuenta de dónde estaba.

—Supongo que será Miriam —dijo Dick—. ¿Has cerrado bien la puerta? Si no, podrá entrar sin llamar.

—¿Quieres que hable con ella mientras te vistes? —le sugirió Ann.

—Maldita sea, ¿por qué siempre hay que hacer algo más? —se quejó con amargura su hermano—. No quiero salir con esa mujer. ¡Ah, pasa!

Miriam Oleson entró como en un escenario. Así se lo habían enseñado en la escuela para señoritas del bulevar Saint-Germain y nunca lo olvidaba. Enseguida cerró la puerta a su espalda y se quedó allí de pie, con una mano en el pomo, esbelta y oscura como una figura de ébano taraceada en la pintura blanca. El rígido sombrero negro le caía en largas puntas sobre las orejas con un curioso efecto medieval, pero el velo corto era puro Rue de la Paix.

—Llegas pronto —dijo el artista, con más cara de dandi decimonónico que nunca.

—Vaya, ¡con esa bienvenida se podría congelar el ecuador! —le reprochó la señorita Oleson—. Y creo que podrías haber hecho más que ponerte la bata… Lo cual no quiere decir que no te siente muy bien, que es sin duda por lo que te has quedado ahí.

En ese momento, Dick hizo un rápido gesto de impaciencia que Ann habría creído suficiente para contener el mismísimo Niágara. La señorita Oleson, sin embargo, no pareció darse cuenta de nada.

—Y si quieres saber cuál es la verdadera razón por la que he venido temprano, es porque después de comer nos vamos al campo, a casa de una

amiga mía que tiene una piscina cubierta estupenda, así que será mejor que cojas un bañador.

—Yo no nado —repuso Dick—. ¿Conozco a tu amiga?

—Todavía no, pero lo harás dentro de un par de horas. Es una mujer encantadora, Mary Hackenheimer, que se casó con un inglés después de la guerra, y su casa de campo es demasiado bonita para describirla con palabras.

—Qué bien. ¿Conoces a mi hermana? Ann, esta es la señorita Oleson, cuyo retrato estabas admirando hace un momento.

—¡Conque esta es la hermana de Dick! —La señorita Oleson la escudriñó abiertamente, sin cambiar de pose, y añadió que se alegraba mucho de conocerla—. No os parecéis mucho, ¿verdad? Dicky, ¿vas a vestirte o no? Le dije a Mary que llegaríamos a las tres y media y, si no te das prisa, tendremos que cambiar la fecha.

A continuación se hizo un silencio total, que solo podía describirse como «malhumorado». Lo rompió, para gran alivio de Ann, una voz impaciente al otro lado de la puerta.

—Será Miriam, que se habrá apoyado encima —dijo la voz—. Muévete, Miriam, ¿quieres? Nos gustaría entrar.

III

Miriam se retiró del escenario a regañadientes y dejó el camino libre a los que, sin duda, eran la heroína y el primero y segundo galán joven. Los dos hombres se parecían bastante, salvo por el hecho de que uno era rubio y el otro moreno; en cuanto a la radiante joven que se encontraba entre ellos, Ann la reconoció enseguida como la chica del retrato al pastel. La original era, si cabe, aún más guapa.

—¿Hemos estropeado una pose muy lograda, Miriam? —le preguntó a la otra en tono compungido—. Llevábamos siglos esperando, de verdad que sí. Dick, querían ver mi cuadro, así que los he traído. El moreno es James y el rubio es Jimmy y los dos son un cielo. No nos quedaremos mucho.

Sonrió amistosamente a Ann e hizo que sus dos jóvenes acompañantes se dieran la vuelta y se pusieran de espaldas a la luz, lo mejor para admirar su alegre retrato. La señorita Oleson se encogió de hombros, divertida, y sacó un cigarrillo.

—Fuego, por favor, Dicky.

Pero Dick no la oyó. Estaba de pie junto a la ventana, observando la esbelta espalda de Delia entre los dos inmaculados abrigos masculinos. Ann habría cogido las cerillas de la repisa de la chimenea, pero Jimmy se le adelantó. Estaba contenta y emocionada, como siempre que conocía a gente nueva, pero eran tantos y tan distintos que necesitaba alejarse un poco y reflexionar sobre ellos. Los dos jóvenes, por supuesto, apenas importaban: era obvio que vivían y existían solo cuando Delia Burns lo exigía, y Ann esperó que fueran dignos de su destino. La perfecta Delia… Ann la aceptó de inmediato, sin vacilar. Era tan hermosa como un pájaro, una flor o cualquier otra cosa que Dick fingiera despreciar, e igual de irresistible. La señorita Oleson era distinta. Fascinaba, pero según la norma. Al observar su rostro respingón y sus elocuentes hombros mientras hablaba con Dick, Ann tuvo un primer atisbo de lo que podría entenderse por técnica. Había cierto lustre en todos sus movimientos, como si estuvieran barnizados con una capa de laca; daba la impresión de que nunca cometería un error mientras los demás siguieran el mismo manual. La cuestión era: ¿seguía Dick algún manual? Ann creía que no. Sin embargo, era mediocre, de modo que, si la señorita Oleson lo deseaba lo suficiente, lo conseguiría.

—Dick dice que es usted su hermana. Me lo imaginaba.

Delia había dejado a sus dos jóvenes acompañantes y había ido a hablar con ella.

—La señorita Oleson estaba diciendo hace un momento que no nos parecemos en absoluto —respondió Ann. Quería con todas sus fuerzas caerle bien a Delia.

—Sí, bueno, pero tiene esa pinta. De hermana, quiero decir.

—Ah. —Ann consideró aquello con seriedad. Por lo visto, Miriam no tenía aspecto de hermana—. ¿Conoce a Elizabeth?

—¿La mayor? Sí, coincidimos una vez en una fiesta, pero no le caí muy bien. Fue una pena, porque yo la admiraba muchísimo. Qué familia tan fascinante, todos de una inteligencia y una singularidad rabiosas y de tres formas por completo diferentes…

—Yo no —se apresuró a corregirla Ann. Sería horrible que Delia simpatizara con ella por haberse hecho una idea equivocada y que luego la descubriese—. Acaba de conocerme, así que no lo sabe. Pero Dick y Elizabeth son maravillosos.

Delia asintió.

—No es tanto lo que hacen —repuso (y Ann pensó en todas esas variaciones de escayola sobre un tema)— como su forma de hacerlo. Tienen estilo, algo que es muy raro hoy en día. Fíjese en Dick. En cualquier otro hombre sería de una grosería imperdonable el modo en que se queda mirando por la ventana mientras Miriam lo acaricia, pero él lo hace con una suerte de elegancia indiferente que resulta por completo fatal. ¿Sabe?, una vez estuve a punto de enamorarme de él.

La joven miraba a Dick con interés.

—¡Vaya! —exclamó Ann llevada por un impulso—. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

—¿Por qué? No habría durado. Si alguna vez me enamoro de verdad, será de alguien que acabe convirtiéndose en uno de esos viejos caballeros que se ven en los jardines de Kensington. Ese es mi ideal, por supuesto, pero me temo que ese tipo de hombre está desapareciendo.

Ann miró a James y a Jimmy, que ahora rodeaban en actitud respetuosa el grupo de mármol.

—No, no —repuso Delia—, no me servirían. Aunque los dos son bastante encantadores. De hecho, ahora estoy prometida a Jimmy, el rubio, de momento.

—¿Solo de momento? —repitió Ann.

—Bueno, los martes. Siempre estoy comprometida con Jimmy los martes… y con James los lunes. Me gusta tener algunos puntos de referencia para organizar la semana. Pero bueno, ¿Dick va a vestirse o no? ¿Le está esperando para salir a almorzar?

—Se va con la señorita Oleson —explicó Ann— y lleva esperándolo por lo menos veinte minutos. Mi hermano no tiene vergüenza.

—Pero ¿y usted? ¿No va con ellos? ¿Quiere venir con nosotros? —le suplicó Delia—. Por supuesto que sí. Iremos a cualquier sitio, no se trata de una fiesta, ¿verdad, Jimmy?

En un abrir y cerrar de ojos, Jimmy y James estaban a su lado, apremiando también a Ann, y con el mismo entusiasmo, para que los acompañara. En verdad estaban muy bien adiestrados, pensó esta mientras observaba a Dick por el rabillo del ojo para ver si se interesaba lo más mínimo por su grupo. Sin embargo, su hermano pareció no inmutarse siquiera cuando le dijo que se iba a comer con la señorita Burns y Miriam tampoco interrumpió su conversación más tiempo del necesario para decir lo contentísima que estaba de haberlos visto. La pareja parecía haberse

olvidado por completo de la encantadora mujer que los esperaba en el campo y lo último que Ann vio cuando Jimmy cerraba la puerta fue la bata carmesí de Dick contra las cortinas de arpillera y el elegante perfil de la señorita Oleson levantado hacia él con toda confianza.

Todavía estaban allí cuando volvió corriendo cinco minutos más tarde.

Capítulo 5

I

—¿Por qué ha vuelto? —le preguntó de pronto Delia cuando ya estaban sentados en el restaurante, el Good Little Snail.

Ann explicó que había ido para cerrar el grifo de la bañera de Dick. La señorita Burns hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Pero se habría desbordado —objetó Ann.

—Pues que se desborde. Ya lo habría recogido él. O Miriam. Además —añadió pragmática—, no podría calar nada. El suelo es de ladrillo.

Ann se dio cuenta de que era justo y su respeto por Delia creció en consecuencia. Tenía muchas ganas de preguntarle cómo eran Dick y Elizabeth en su nuevo entorno, pero la presencia de Jimmy y de James la refrenó. Eran dos jóvenes muy simpáticos e intentaron hablarle de críquet, un deporte con el que Ann estaba familiarizada sobre todo como símbolo de la eupepsia kiplingesca; ojalá hubiera escuchado con más atención a John aquella tarde en las colinas. A medida que se iban conociendo, Ann descubrió ciertas características que los diferenciaban: James, por ejemplo, creía que Hobbs era mejor que W. G. Grace, mientras que Jimmy no, y Jimmy tampoco compartía la opinión de James sobre los méritos del jazz.

—Prefiero —repuso Jimmy con seriedad— el viejo vals vienés, eso del *Danubio azul* o el de *La viuda alegre*. Eso es lo que yo llamo una buena melodía.

—Tonterías, Jimmy —dijo Delia—. Nunca has escuchado ninguno de los dos, salvo en las clases de baile.

Les sonreía con ecuanimidad y bastante afecto. Por su forma de comportarse, nunca se habría podido saber si era lunes o martes.

—Yo no he ido nunca a clases de baile —comentó Ann.

—Pues yo sí, querida —replicó Delia—. Iba todos los sábados por la tarde con las zapatillas metidas en una enorme bolsa de *chintz.* Teníamos que llevar todas túnicas marrones y la niñera bordaba la mía con punto francés rosa, qué humillación. ¿Tú podías abrirte de piernas?

—Las mías no eran ese tipo de clases de baile —dijo Jimmy muy serio—. Eran de adultos, a las cinco y media, y aprendíamos a bailar la maxina. ¿Tú aprendiste la maxina, James?

Ann los escuchaba con atención mientras charlaban y fanfarroneaban descaradamente sobre los logros de cada uno. Era todo bastante infantil, pero muy desenfadado y amistoso, y se sentía muy a gusto con ellos. Por lo visto, en Londres había que vivir rodeado de un grupito de íntimos, pues de lo contrario uno se perdía y moría de soledad, y se imaginó a la gallarda compañía de Delia persiguiendo mariposas, como los niños del bosque del cuento, entre la política, los grandes negocios y el tren de las preocupaciones londinenses. Que sobrevivieran le parecía a la vez indudable e increíble.

A mitad del almuerzo, Delia recordó que había quedado con un fotógrafo y pidió un café solo junto con el pollo.

—Es importantísimo —les explicó— porque el pobre hombre está al borde de la bancarrota y parece creer que nada, excepto mi cara en el escaparate, puede salvarlo. Jimmy se viene conmigo para darme apoyo, pero vosotros podéis terminar de comer en paz.

Ann protestó, pues tenía la sensación de estar privando a James de al menos una hora en el paraíso, pero los otros fueron inflexibles. Jimmy dijo que esperaba volver a verla.

—Claro que sí —le aseguró Delia entre trago y trago de café—. Tenemos que ir a bailar a algún sitio un día de estos. Adiós, queridos, y comed mucho por nosotros.

La luz del sol la acompañó mientras salía del restaurante.

II

Cuando se fueron, James y Ann se miraron y se echaron a reír.

—Típico de Delia —dijo el joven—. Me temo que ahora tendrá que cargar conmigo.

—Creo que yo debería decir lo mismo —repuso Ann con franqueza—. La señorita Burns ha sido tan amable al invitarme que no se me había ocurrido que pudiera trastocar sus planes.

—Yo no tenía ninguno —le aseguró el otro—. Desde mi punto de vista, todo ha salido a la perfección. Quería… estar a solas con usted.

Ann se preguntó qué diría después. Parecía muy serio y decidido y agarraba el menú como si fueran sus notas.

—El hecho es, señorita Laventie… —Se aclaró la garganta con energía —. Se trata de Delia. Me gustaría que usted… se hiciera su amiga.

Ann lo miró de hito en hito, sorprendida, pues nunca había conocido a nadie que pareciera menos falta de amistades que Delia Burns. James pareció leerle el pensamiento, pues se apresuró a darle explicaciones.

—Ya ha visto usted misma lo encantadora que es, pero por alguna razón no tiene ninguna amiga que sea mujer. Ni una sola. Y no creo que eso sea bueno. —Hizo una pausa y se quedó pensativo—. No sé por qué es. Conoce a muchas mujeres, por supuesto, pero por algún motivo nunca parecen… congeniar. Sin embargo, está claro que usted le ha caído bien («¿De verdad lo cree?», dijo Ann) y me gustaría que… la tuviera cerca. Maldita sea, ojalá me expresara mejor.

—Creo que entiendo lo que quiere decir.

—¿Ah, sí? Espléndido. Verá, vive sola en Londres, sin nadie que la cuide salvo Jimmy y yo… —Se interrumpió y soltó una carcajada—. ¡Y me imagino que unos doscientos idiotas más en la misma situación! Y, bueno, supongo que ese es el problema. Delia, por decirlo de algún modo, no tiene frenos. —Se interrumpió de nuevo y miró nervioso a Ann—. No me refiero a que sea… una fresca, ni nada por el estilo, sino que simplemente no tiene sentido de los convencionalismos. Y los convencionalismos —añadió James con sensatez— a veces pueden ser cosas muy buenas. Si usted pudiera verla de vez en cuando, o invitarla a tomar el té, estoy seguro de que lo agradecería muchísimo.

—Desde luego, me encantaría hacer todo lo que esté en mi mano —repuso Ann—, aunque creo que tal vez exagere un poco. Pero… ¡Ay, si ni siquiera vivo en la ciudad!

A James le cambió la cara.

—Pensaba que había venido a quedarse con su hermana. Es lo que ha dicho Delia.

—Sí, pero solo una semana. Yo vivo en Sussex.

—¿De veras? ¡Qué bárbaro! A menudo he pensado que me gustaría vivir en el campo.

Ann se sorprendió, pues no había hecho referencia alguna a los atractivos rurales; se preguntó si habría visto alguna vez a Delia con capota.

—En fin, algunos de sus amigos —continuó el joven, volviendo de pronto al tema original— son de lo más raros. Artistas y gente así.

Nada más decir esto, se detuvo, azorado.

—No pasa nada —lo tranquilizó Ann—. A Dick le gusta que lo consideren raro y entiendo muy bien la impresión que le causa. —Aquello era desleal, pero no le importaba—. ¿Cree que a Delia le gustaría venir a visitarme algún fin de semana?

—¡Santo cielo, le encantaría! Invítela, señorita Laventie. Yo la llevaré e iré a buscarla luego, así no habrá que preocuparse por los trenes ni nada. ¿Dónde ha dicho que vive?

Ann le dio su dirección, un poco desconcertada por la rapidez con que se estaban organizando sus responsabilidades. Se preguntó por qué James no dirigiría sus indudables dotes administrativas a casarse él mismo con Delia, pero luego pensó que a esas alturas la señorita Burns ya sería toda una experta en evitar esa conclusión en particular de los acontecimientos. Terminaron de comer en un ambiente de lo más amistoso y, después, James se ofreció a llevarla en coche a Richmond o a invitarla al cine, lo que prefiriese. Ann, sin embargo, rechazó ambas sugerencias muy agradecida, alegando que tal vez Elizabeth quisiera hacer algo esa tarde. La sesión de fotos de Delia duraría sin duda más de una hora.

—Ojalá viviera en la ciudad —le dijo el joven con pesar mientras la ayudaba a entrar en un taxi—, pero estoy seguro de que volveré a verla antes de que se vaya. ¡Hasta entonces!

Con gran satisfacción, mientras se acurrucaba en un rincón del vehículo, Ann se dio cuenta de que, si alguna vez seguía a sus hermanos a la ciudad, no dependería por completo de ellos para tener amigos. James, Jimmy y Delia la apreciaban. Por alguna razón la aceptaban como una más y era una sensación magnífica. Ann había disfrutado muchísimo del almuerzo: el simple hecho de entrar en un restaurante con tres personas tan encantadoras era emocionante. Dick se había comportado de un modo muy extraño. Se preguntó si la señorita Oleson y él habrían almorzado ya o si seguirían hablando junto a la ventana.

III

Elizabeth estaba en la salita, escribiendo cartas.

—Ha llamado Gilbert —le dijo en cuanto entró Ann— para ver si querías ir al *ballet* mañana por la noche.

—Ah. —Ann intentó parecer contenta, pero no demasiado—. ¿Qué le has dicho?

—Pues que, por lo que yo sabía, no tenías ningún compromiso, pero que, si no estabas libre, le llamarías y se lo harías saber.

—Ah, entonces, ¿no tengo que llamarle?

—No, a menos que no quieras ir. Pero deberías hacer un esfuerzo, Ann, de verdad, para superar ese complejo.

—Sé que es una idiotez —admitió Ann con humildad—, pero siempre me vengo abajo cuando tengo que hablar por teléfono.

Hubo un breve silencio y luego Elizabeth le preguntó si había visto a Dick. Ann hizo un fiel relato de su visita al estudio, pero omitió su descubrimiento en relación con los bustos.

—¡Así que has almorzado con Delia! —exclamó Elizabeth cuando hubo terminado—. ¡Mi pobrecita Ann, lo que te habrás aburrido!

Sus hermosas cejas se alzaron en señal de compasión ante una idea tan desoladora.

—Bah, no importa —dijo Ann con filosofía, traicionera—. Han sido bastante entretenidos. Hemos hablado de críquet.

Por suerte, Elizabeth no los consideraba dignos de mayor discusión. En cambio, le preguntó a su hermana si había visto un artículo muy interesante en el *New Statesman*.

Capítulo 6

I

La noche siguiente, mientras Ann se vestía para ir al teatro, ocurrió algo curioso. Estaba sentada en la cama, poniéndose las medias (unas muy bonitas, regalo de cumpleaños de su madre), cuando, de repente, se le quitaron las ganas de ir. La invadió una oleada de tristeza, como cuando uno se acuerda de que no ha enviado una carta importante o se encuentra mal en la iglesia, y durante unos segundos se quedó quieta, esperando que se le pasara. Era absurdo. Adoraba los Ballets Rusos y estaba enamorada de Gilbert Croy y seguro que tendrían buenos asientos… Y aun así, no quería ir. En el punto álgido de su desdicha, fantaseó con la idea de alegar una jaqueca y enviar a Elizabeth en su lugar. Luego, al reflexionar sobre las infinitas complicaciones que siempre desencadenaban sus más fervientes esfuerzos por mentir, recobró la cordura. Tal vez, después de todo, disfrutaría cuando llegara allí. El otro pie se le estaba quedando frío y acabó de vestirse con tanta prisa que casi le dio tiempo a volver a angustiarse antes de que la señora Weekes entrara con una caja cuadrada de floristería.

—Del señor Croy —le dijo—. Conozco la letra.

Sin embargo, las implicaciones de aquel comentario se perdieron en el entusiasmo de Ann: nunca le habían enviado flores.

—¡Qué bonito! —exclamó apenas sin aliento.

Se acercó al espejo, sosteniendo el gran ramillete de camelias contra su vestido blanco de muaré, y contempló con respeto la sorprendente imagen. La amplia falda, cuya caída dejaba ver el forro de tafetán verde, estaba diseñada para conferirle estatura y dignidad, pero en realidad la hacía parecer más joven que nunca; incluso aquel sofisticado ramillete adquiría,

sobre su hombro más bien infantil, una sencillez bucólica. Si no hubiera sido tan pretencioso, Ann habría pensado que parecía un cuadro de Greuze.

II

Elizabeth alzó la vista del libro y observó a su hermana pequeña sin hacer ningún comentario. Había entre ellas cierto retraimiento y Ann pensó en lo extraño que resultaba que fuese ella la que saliera y Elizabeth la que se quedara en casa. Ambas agradecieron la exquisita puntualidad de Croy.

—Cenaremos en Auguste's —le explicó este ya en el taxi—, ¿te parece bien?

Ann dijo que le parecía de maravilla. Era como si se hubiera llevado el retraimiento consigo y se alegró de poder hablar sobre las camelias.

—Siempre las he considerado un tanto arcádicas —comentó Gilbert, lo cual sorprendió a Ann al principio, pues para ella siempre habían sido las flores más artificiales, pero cuando lo pensó un poco, vio que sin duda era así—. Tú lo sabrás mejor.

Esperaba que no hubiese visto el programa demasiadas veces y se preguntaba qué opinaría de *La Chatte.*

—Sé que te gustará, pero causa una impresión clarísima. Hace que los viejos números parezcan muy poco convincentes.

—Aunque tienen algunos ritmos muy eficaces —repuso Ann con imparcialidad.

—¿La multitud en *Petrushka*? Estoy de acuerdo. Pero esto es algo más intelectual.

Ann estuvo a punto de preguntar si la danza tenía que ser intelectual, pero esa cuestión parecía abrir un tema demasiado amplio. Era indudable que estaba de un humor en extremo desafortunado: mientras estuvieron hablando junto a la chimenea de Elizabeth, la habían paralizado los nervios al pensar que los otros dos pudieran embarcarse en una de sus interminables discusiones literarias y, ahora que el taxi se detenía frente a Auguste's, ¡cuánto habría dado por estar de vuelta en la acogedora salita!

La cena, no obstante, fue menos difícil de lo que se había imaginado, pues, una vez decidieron lo que iban a tomar (Ann aceptó, en su encantador francés, todas las sugerencias del camarero), Gilbert se enfrascó en un largo análisis del tema de la represión en la literatura moderna. Tenía que

concentrarse, por supuesto, pero era mucho más fácil que ser ingeniosa y lo miraba muy seria por encima de la copa de vino para demostrarle cuánto disfrutaba. Fue un poco desconcertante, por tanto, cuando, al final de un razonamiento particularmente admirable, Croy se detuvo de pronto y dijo:

—Ann, tienes unas cejas encantadoras.

Ella no supo muy bien cómo responder a eso, así que sonrió y dijo que las de Elizabeth eran mucho más bonitas.

Gilbert estuvo de acuerdo. Ni siquiera el amor podía embotar sus percepciones estéticas.

—Las suyas son realmente preciosas. Siempre me recuerda a un centinela.

Ann se alegró mucho de que hiciera aquel comentario tan exacto. Vio a Elizabeth erguida y solitaria al sol, con su larga sombra negra extendiéndose hacia el horizonte. Impertérrita. La imagen era tan perfecta que se apresuró a cambiar de tema, por si él seguía y la estropeaba, y la primera persona que se le vino a la cabeza fue Miriam Oleson.

Gilbert había coincidido con ella a menudo, por lo general en conciertos, pues era muy aficionada a la música. La describió como una aventurera sentimental que alborotaba las pasiones en busca de la República de Platón.

—Madre mía —se dolió Ann. Parecía una mala perspectiva para Dick.

—Ha tenido mala suerte con sus amantes —continuó Croy—. Tienden a escribir óperas en su sala de música y dedicárselas luego a las damas del *ballet.* Uno de ellos, un polaco, consiguió que le financiara una temporada de sus comedias en Bruselas o Budapest, o algún sitio de esos, creo; pero ella no entiende lo suficiente para hacer bien ese tipo de cosas. ¿Te ha caído bien?

Ann consideró la pregunta con detenimiento. Aunque estaba familiarizada con la idea desde hacía años, siempre le impresionaba un poco descubrir que había conocido en persona a una mujer que tenía amantes.

—Me ha parecido muy… pulida —dijo al fin—. Como un lacado.

—Te entiendo. Crea un reflejo perfecto, pero en su propio idioma. Me parece que es lo más perspicaz que he oído decir sobre ella. —Miró a Ann con admiración mientras esta daba un sorbito a su licor—. ¿Te has fijado en su perfil?

Era del todo irrazonable, ya que ella misma había introducido el tema de la señorita Oleson, pero a Ann le habría gustado que Gilbert no hablara

tanto de otras mujeres cuando la había invitado a ella a cenar. Un punto de vista muy burgués. No obstante, tomó la decisión de que, cuando el otro terminase de hablar, miraría decidida el reloj y tal vez incluso cogería su capa. No hubo necesidad, sin embargo, pues Croy estaba ansioso por no perderse la obertura.

Caminaron los apenas cien metros que los separaban del teatro y a Ann le sentó muy bien el aire fresco de la noche; le resbalaba delicioso por los hombros como si lo exprimieran de una esponja. Por el contrario, el vestíbulo estaba tan cargado que resultaba casi insoportable: bellas señoritas se inclinaban bajo el peso de sus abanicos y corpulentos caballeros permanecían junto a la entrada engullendo una última bocanada de aire. Todos parecían conocer a Croy y lo habrían entretenido conversando, pero era tal su entusiasmo por la obertura que pasó de largo a todo el mundo y Ann estaba sentada en su butaca antes incluso de que el director hiciera la reverencia.

Fue una gran suerte, porque oír cómo afinaba la orquesta le procuraba un placer absurdo e inexplicable. Era extrañamente fascinante, no desde el punto de vista musical, por supuesto, sino de las emociones: sus sentidos se convertían en cuerdas de violín que se tensaban más y más con cada tímida disonancia hasta que adquiría la delicada sensibilidad de un Stradivarius.

Tenían unos asientos excelentes, no demasiado cerca del escenario, y Ann disfrutó de *Les Matelots* como nunca. Gilbert también parecía divertirse bastante y dijo que habían incluido tres chistes nuevos, pero con *La Chatte* el silencio cayó sobre ellos. Ann estaba tan desesperada pensando en lo que debía decir de esa pieza que apenas prestaba atención a los bailarines y entonces, justo cuando creyó que se le venía un epigrama a la cabeza, su pensamiento se desvió de golpe a la comida del día anterior. Empezó a repasarlo todo en detalle, empezando por la entrada tan teatral de Miriam Oleson, y apenas había llegado a la precipitada marcha de Delia cuando se encendieron las luces. ¡Se había acabado! Aterrorizada, siguió a toda prisa el rastro del epigrama perdido, pero no sirvió de nada. Lo único que sabía de *La Chatte* era que no le gustó mucho… y Gilbert había dicho que sí. Se volvió un poco, con cautela, para ver qué expresión tenía y se encontró mirándolo directamente a los ojos. Fue una sensación de lo más extraña, como perder de pronto el equilibrio en un abismo sin fondo. La incoherencia se apoderó de su mente; pensó: «Aquí está Gilbert, mirándome», y entonces toda conciencia intelectual se desvaneció. Una

fuerza incalculable los aislaba del resto del mundo y los unía en su inmensa soledad; un segundo más y Ann habría caído sin aliento en aquel abismo azul…

Pero el caballero de su izquierda se impacientaba e insistía en pasar. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, Ann consiguió volver la cabeza y, durante el resto del entreacto, permaneció quieta y en silencio sin mirar a su alrededor. Ni siquiera se percató de que estaba siendo grosera. Era bastante aterrador, eso de estar enamorada.

Sobre el escenario, *El príncipe Ígor* llegaba a su magnífico clímax. Los arqueros brincaban como ciervos perseguidos, las doncellas se arremolinaban en un frenesí de admiración, Woizikovski lanzaba sus flechas invisibles a alturas prodigiosas y Ann deseaba que aquello no acabara nunca.

La resistencia humana, sin embargo, tiene sus límites: nunca había visto que el patio de butacas se vaciara tan rápido. Casi antes de que terminase de aplaudir, estaban de vuelta en el sofocante vestíbulo y Gilbert había ido a buscar su abrigo. Al quedarse sola, Ann se miró en un espejo y se sorprendió de no encontrar huella alguna de emociones violentas; necesitaba empolvarse la nariz, pero eso era de esperar y, en cualquier caso, la velada había terminado. Decidió que, cuando volviese Gilbert, se mostraría muy cansada para que este la llevara a casa enseguida y tal vez Elizabeth aún estuviera despierta para compensarlo con una charla apropiada. Era un plan fantástico, pero por desgracia se distrajo con la repentina aparición de Delia Burns, que salía de la tribuna acompañada por un joven de aspecto desaliñado con sombrero negro. Estaban comiendo lo que parecían cacahuetes de una bolsa de papel y no mostraban ningún pudor al verse rodeados del público de platea. Ann oyó la voz de un hombre detrás de ella que decía: «¡Vaya, ahí está Delia!», y luego otra, muy irlandesa: «¡Delia, querida!». La señorita Burns miró a su alrededor, vio a Ann de pie en los escalones y la saludó alegremente con la bolsa de papel. Fue como encontrarse con una amiga en una estación de tren desconocida y Ann le hizo señas con tanto brío que Gilbert tuvo motivos de sobra para preguntarle si le apetecía dar un paseo.

—No estamos lejos del piso de tu hermana —le dijo—, ¿o prefieres ir a algún sitio a bailar?

Pero Ann no estaba de humor para bailar.

—Entonces vayamos por el Embankment —sugirió Croy—, se tarda casi

lo mismo.

Ann respiró el aire de la noche otoñal y asintió. Gilbert parecía un poco raro y preocupado, pero no importaría tanto cuando estuvieran paseando. Así pues, cruzaron Trafalgar Square y pronto le dio la impresión de que se había olvidado por completo de ella. Caminaron en absoluto silencio y Ann pensó en lo agradable que era no tener que ser inteligente. Su cerebro ya se había ido a la cama. En un momento dado, se percató de que habían llegado al Embankment y estaban apoyados en el pretil, separados por quince centímetros de áspera piedra. En medio del río, una barcaza se extendía como una sombra negra y el agua corría en silencio por debajo.

III

—Por supuesto —le estaba diciendo Gilbert—, no te pido que te cases conmigo, pero… Ann, te quiero mucho.

Ann cogió aire, pero no contestó. Mejor eso, en cualquier caso, que decir: «¿Disculpa?».

—Y no solo por tu belleza física —siguió Croy, con un perfecto control del tono de voz—, sino por tu inteligencia, ágil y refinadísima, por tu desprendimiento, por tu absoluta sensatez. Tengo la impresión de que, en Whitenights, he accedido a un pequeño nuevo mundo de pensamientos y percepciones, un mundo que por algún maravilloso golpe de buena suerte me da la bienvenida. Pero en ti es algo innato, Ann, tú naciste y creciste allí.

—Por favor —le rogó Ann implorante, aunque sin saber muy bien lo que quería decirle. Gilbert lo había entendido todo mal y, sin embargo, sería inútil intentar explicárselo. Pero sin duda se estaba declarando… en cierto modo.

—Ambos somos individuos. Soy consciente de ello, Ann. Sé hasta qué punto debes de odiar la idea de perder tu propia personalidad, pero no lo harías. Por eso no te pido que te cases conmigo. Ni se me ocurriría esperar que adoptases mi apellido. Y en el instante en que quisieras irte… No te retendría.

—Te recibo y me entrego a ti de ahora en adelante —citó Ann sin relevancia alguna.

—Lo sé, es una barbarie. Pero no sería nada parecido. Solo serías Ann Laventie viviendo con Gilbert Croy… ¡Y muy querida!

Ann lo oía como en una especie de sueño. Parte de su mente (la mitad Laventie) escuchaba con calma e incluso con aprobación, apreciando su generoso sentido común y su sensibilidad intelectual; mientras que la otra (la mitad incomprensible) no podía hacer otra cosa que repetir, una y otra vez, como si fuera un loro: «¡No quiere casarse conmigo! ¡No quiere casarse conmigo!».

«Qué estúpida eres —le decía una mitad del cerebro de Ann a la otra—, ¿no ves que eso sería un insulto a tu individualidad?».

«¡Pero no quiere casarse conmigo!».

«¿No tienes respeto por ti misma? ¿Quieres que te traten como una propiedad superior? ¿Por qué no puedes vivir con un hombre si quieres, sin atarte a una vida de posible aburrimiento?».

«¡No quiere casarse conmigo!», repetía como tonta la otra mitad del cerebro de Ann.

Y entonces una tercera parte (que podría haber sido su cuerpo) miró aquellos quince centímetros de piedra negra que había entre ellos y dijo sin más: «¿Por qué no me abraza?».

Las dos mitades de su cerebro volvieron a unirse y se dio cuenta de que hacía un buen rato que Gilbert había terminado de hablar.

—No creo que acabes de entender… —empezó Ann, pero se interrumpió ante la inmensidad de su empresa. La ilusión de Whitenights…

—Claro que sí. Sé que debo de parecerte un bárbaro incivilizado, pero cualquiera lo sería. Sé que es difícil discernir tu mentalidad… ¿Te desagrado, Ann?

—No. —Esta se alegró de ser sincera con él, aunque fuera a base de monosílabos.

—¿Pero eso es todo?

—No, Gilbert, mucho más. —La voz lenta y contenida de Croy se le hizo de pronto conmovedora—. Me gustas mucho, de verdad. Creo que eres… —Buscó entre los escombros de su absurdo amor las palabras que más pudieran halagarlo—. El hombre más inteligente que conozco. Y también me gustan otras muchas cosas de ti, pero…

—Tienes que ser libre.

Era una afirmación. Gilbert se quedó mirando la superficie del agua y Ann contempló con tristeza su sombría silueta. Movida por un impulso, se acercó a él y le puso una mano en el brazo en señal de consuelo.

—Por favor, no me toques.

Hablaba en voz tan baja que Ann apenas lo entendió, de modo que el otro se apartó un paso de forma deliberada y la mano de ella cayó sobre la piedra húmeda. Luego se dio la vuelta y se disculpó, sonriendo débilmente a la luz de la luna.

—Será mejor que nos vayamos ya —le dijo—. Debe de ser tarde.

Y así reanudaron el paseo y entablaron una sesuda conversación sobre la influencia de Degas.

—No era tanto un artista —observó Croy— como una atmósfera.

Ann estaba de acuerdo con él.

Cuando llegaron al piso, vieron que Elizabeth ya se había acostado y les había dejado bebidas y sándwiches en la sala de estar, pero Croy al menos no tenía apetito y se dieron las buenas noches sin más en el recibidor. Habría sido una burla darle las gracias por la encantadora velada, igual que disculparse por haberle roto el corazón, y Ann se esforzó cuanto pudo por doblegar la sensación de que le habría venido bien que le ofreciera un *whisky* con soda.

Cuando Gilbert se marchó, ella volvió instintivamente a la mesita, tan atrayente con aquel ligero refrigerio. Caminar le daba hambre, fuera cual fuese su estado anímico, e incluso un pequeño sándwich podía cambiar las cosas. Pero la lucha, aunque enconada, fue breve. Prevaleció la decencia y Ann Laventie se fue hambrienta a la cama.

Capítulo 7

I

Elizabeth estaba tumbada en la cama, bebiéndose a sorbos un café solo y pensando en lo fácil que sería si por una vez en la vida pudiera cruzar al otro lado y hacer lo obvio. Ann era su hermana pequeña y estaba pasando una semana en la ciudad a su cuidado; tenía justificaciones convencionales de sobra para hacer preguntas y nunca se perdonaría si lo hiciera. Y, sin embargo, qué fácil… Se imaginó la escena con una especie de envidia cínica. Ann entraría, probablemente con el sombrero y el abrigo puestos (ya que tenía esa afición por los paseos matutinos), con ese aire de cachorrillo tirando de la correa. Aunque hoy sería diferente. Se quedaría indecisa, fingiendo admirar las flores, mirando por la ventana, pero con un ojo puesto en su hermana para ver si el momento era propicio. Entonces Elizabeth sonreiría muy amable y diría: «Bueno, cariño, ¿tienes algo que contarme?», como el consultorio de una revista femenina, y Ann correría a sentarse en el borde de la cama, sonrojada y nerviosa, con el ceño algo fruncido, y le diría…

¿Qué? ¿Estaba Croy enamorado de Ann, iba a casarse con él, a vivir con él, qué? Sintió una necesidad casi física de saber algo concreto, podía soportarse cualquier cosa menos la incertidumbre… ¡Qué frase, banal donde las hubiera! Se dio la vuelta en la cama y hundió la cara en la almohada: resultaba desconcertante descubrir que las propias pasiones eran tan rebeldes. Había creído que su amor por Croy estaba por completo dominado y superado, una anomalía emocional tan efímera como extraña, y, si durante un mes de verano se había consumido por su atención, ni una sola palabra, ni una mirada ni un gesto la habían traicionado. Él no se había

fijado y, así, su orgullo la había sanado de nuevo. Pero ahora…

—Estoy celosa de mi hermana pequeña.

Se sentía sucia y vulgar por la ordinariez de aquel asunto: era como llevar una camisa mugrienta bajo su brillante armadura.

II

Entretanto, Ann estaba dando cuenta de un abundante desayuno y se preguntaba qué sería lo mejor que podía hacer. Se alegró de que Elizabeth hubiera decidido desayunar en la cama, pero al fin y al cabo aquello no era más que posponer el mal trago y, cada minuto que pasaba, su malestar iba en aumento. Solo cuando llegó la hora de decírselo a su hermana se percató de la enormidad de su negativa. Jamás volvería a encontrar a nadie como él… O, si lo hacía, esa persona no se enamoraría de ella. Que hubiera pasado una vez ya resultaba increíble. Y con una familia tan difícil —tan maravillosa— como la suya, iba a ser complicadísimo dar con alguien adecuado. Elizabeth la consideraría una auténtica idiota y probablemente se lo diría a las claras, en un estilo impecable y preciso. Sería mejor esperar hasta el almuerzo, decidió, cuando hubiera comida para tener algo en lo que ocuparse durante los silencios incómodos. Hasta entonces, daría un largo paseo, tal vez por los jardines de Kensington, y le dejaría un mensaje a su hermana. Sería una pena molestarla si estaba dormida.

—Es puro miedo —admitió mientras bajaba corriendo las escaleras—, pero puede que se me ocurra una forma de superarlo en el parque. Y hace buen día.

El tiempo era aún más agradable cuando llegó al paseo principal, junto con todos los niños y las niñeras que habían ido a pasar una larga mañana a las orillas del Serpentine. Caminó resuelta sobre la hierba empenachada, decidida a resolver el problema de su futuro inmediato antes de llegar a la estatua de Peter Pan. Había varias ardillas correteando por los árboles y Ann pensó en lo grato y sencillo que sería vivir así. Era el tipo de estupidez que siempre se le pasaba por la cabeza. También había unas cuantas en la estatua de Peter Pan, además de conejos. Qué bonitos. A Peggy Gayford le habían regalado el libro por su cumpleaños el mismo año en que a Ann le dieron el *Quijote* con ilustraciones de Doré. Al otro lado de un claro se encontró con un marinero, una figura compacta y oscura contra el verde oxidado de la

pradera. Tenía más bien la forma de un triángulo isósceles rechoncho, que arrancaba en la gorra redonda y se ensanchaba hacia abajo hasta los pliegues de sus pantalones bombachos. Ann había oído que algunos, en su soberbia, se hacían unos especialmente voluminosos para usarlos en tierra. Estaba allí de pie, mirando la hierba como si quisiera descansar la vista después de meses de aguas turbulentas. Los jardines parecían, en efecto, bastante sólidos; incluso el Serpentine estaba liso como un espejo. Aquel verso siempre le había gustado: «… sus coronas de oro rinden ante el trono y el cristalino mar». Todos los santos y los mártires rindiendo sus coronas de oro sobre el cristalino Serpentine. Y así, Ann llegó junto a Peter Pan.

En ese momento no había niños acariciando a los conejos. Ann sintió un débil impulso de hacerlo ella misma, pero se refrenó. En lugar de eso, se acercó todo lo que pudo y se quedó mirando la cara sonriente del niño, con la boca rosada ligeramente abierta y las manos a la espalda. Un hombre mayor que andaba por allí se detuvo y vaciló, como si fuera a darle un penique, pero luego se recompuso y pasó de largo. Ann no se fijó en él. Estaba revisando la fe estética en la que se había educado e intentando cuadrarla con sus propios sentimientos. Era difícil. Adoraba a Giotto y detestaba el Albert Hall, y eso estaba muy bien. Por otro lado, aborrecía a Epstein y le encantaban los atardeceres rosa pálido, y eso estaba mal. La figura de Peter Pan nunca se había tratado de manera específica, pero estaba segura de que el veredicto no lo favorecería. Era bonito y allí estaba ella, conteniéndose a duras penas para no acariciar a los conejos. Le gustaba y sabía que, si Dick o Elizabeth estuvieran a su lado, fingiría despreciarlo. ¡El miedo otra vez! Con repentina determinación, Ann subió a las lajas de piedra y dio una palmadita a un caracol. Luego dio media vuelta y se dirigió al estanque. Haría de aquello una orgía.

Ahora había más gente en los jardines, caballeros entrados en años que tomaban el aire con prudencia, señoras automovilistas que paseaban al perro, extrañas parejas abstraídas. También había varios hombres jóvenes con libros o, a veces, incluso libreta y pluma. Miraban a Ann curiosos, como si no les importara lo más mínimo que fuese guapa, y uno que estaba cerca del estanque la miró tan fijamente que la chica se sonrojó. Sin necesidad, no obstante, como enseguida comprobó, porque cuando se dio la vuelta para alejarse de allí muy seria, vio a Delia Burns justo detrás de ella.

La señorita Burns estaba observando los barcos, embozada en el enorme cuello de ardilla de su abrigo gris, y su esbelta figura era tan encantadora

que Ann perdonó de inmediato al joven. Llevaba un sombrero de plumas grises que le cubría todo el pelo, salvo por un par de rizos de un tono dorado pálido que le caían uno en cada mejilla rosada, y un ramillete de claveles prendido bajo el gran cuello. También era bonita, pensó Ann triunfante, bonita a más no poder, y que Dick saliera de aquello como pudiese. El viento le alborotaba las plumas grises del sombrero y la piel del abrigo y Ann y el joven del estanque la admiraban con la misma intensidad.

—Parece una postal —dijo Ann.

Delia miró a su alrededor y sonrió, y el joven dejó escapar un hondo suspiro. A Ann le dio pena, estaba absolutamente perdido.

—¡Qué alegría! —exclamó Delia—. ¿Ha venido a ver los barcos?

—Solo estaba dando un paseo. He estado en el Serpentine. Qué curioso encontrarla aquí.

—¿Usted cree? Parece un sitio muy obvio al que ir. ¿Por qué?

—Bueno, solo llevo una semana en la ciudad y nos hemos cruzado por casualidad tres veces… La he visto más que a Dick.

—¡Claro! Anoche en el *ballet.* ¿Le gustó?

—Me encantaron *El príncipe Ígor* y *Les Matelots* —repuso Ann con cautela—, pero no estoy muy segura sobre *La Chatte.* Creo que no terminé de apreciarlo.

—A mí me parece una tontería —dijo Delia tan tranquila—. Vamos a dar un paseo. Vayamos hasta Hyde Park.

Ann adoraba a Delia, no había más que decir.

—¿Por qué no se acercó a hablar con nosotros? —le preguntó.

—No estaba segura de si querría. Además, el hombre con el que estaba parecía conocerme y no era capaz de recordar si me caía bien o no.

—Era Gilbert Croy. Quiere que me case con él.

Lo soltó antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo y, aun así, y para su sorpresa, se alegró de haberlo hecho. Sería maravilloso hablar de ello con alguien y Delia no se lo tomaría demasiado en serio. De hecho, parecía más divertida que otra cosa y la miraba con franca jocosidad. Luego se disculpó.

—Lo siento mucho, pero es que resulta gracioso. Que Gilbert Croy quiera casarse con usted, me refiero. Y no porque cualquiera en su sano juicio no quisiese hacerlo, pero él nunca me ha parecido tan inteligente. ¿No se supone que desprecia tal institución?

—Debería haber dicho —le explicó Ann, que se puso colorada— que

quiere que viva con él.

Miró a Delia para ver cómo se lo tomaba.

—¿Y va a hacerlo? —le preguntó sin más la señorita Burns.

—No.

Ann se sintió aliviada al ver que Delia no se escandalizaba ni se impresionaba y ni siquiera le importó que empezara a reírse un poco.

—Eso suena más propio de él, solo que en tal caso retiro lo que he dicho sobre su inteligencia. ¡Qué idiota! Aunque es muy atractivo, en cierto modo. ¿Por qué no lo ha aceptado?

—No me seducía la idea —repuso Ann un tanto remilgada.

Delia se volvió hacia ella y la miró con repentina seriedad.

—Dígame, ¿se sintió dolida o insultada o algo así? Porque no debería. En realidad, viniendo de Gilbert es un cumplido tremendo. Verá… —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Yo estoy tan acostumbrada a la idea que no me choca lo más mínimo. Cuando un hombre me pide que viva con él, me limito a considerar los méritos de la propuesta… Ah, no, nunca lo he hecho. Por pura casualidad, supongo. Así que no debe sentirse mal por ello, pase lo que pase. Me dolería mucho que fuese así.

—No —le aseguró Ann—, en absoluto. No soy ese tipo de persona. Ya conoce a Dick y a Elizabeth, ¿verdad? Pues a mí me han educado exactamente igual. Por supuesto, ellos son muchísimo más listos que yo, pero en el fondo somos iguales. —Lo dijo con firmeza y Delia asintió—. Mi familia es muy avanzada y amplia de miras, incluso para los tiempos que corren hoy en día. No les importaría lo más mínimo. —Ann se paró en seco y miró con amargura hacia las lejanas torres de Grosvenor House. Entonces cambió de tono y empezó a tratarla de un modo más íntimo—: Delia, ¿no te parece demasiado… demasiado irónico que sea una de las pocas chicas de Inglaterra cuya familia aprueba por completo las relaciones prematrimoniales y las uniones informales y todo eso y yo no quiera hacerlo?

—¡Ay, Ann! —exclamó la otra, y su risa hizo que varias personas se volvieran curiosas hacia ellas—, ¡pero qué inocente eres!

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. Como un adorable corderito lanudo con altos principios.

—Supongo —concedió sombría Ann—. Soy anticuada, ya lo sé.

—Adorable. Me encanta. Y a Gilbert también.

—Y estrecha de miras y victoriana y reprobable, en general.

Delia siguió riéndose.

—Lo que yo quiero —continuó Ann temeraria— es una bonita boda en la iglesia del pueblo, con vestido blanco y ramo de azahar y muchas flores y *La voz que resonó en el Edén* y dos damas de honor vestidas de rosa ciclamen y pétalos de rosa a la salida y un banquete en el salón con un cuarteto de cuerda tocando piezas de Gilbert y Sullivan. En junio. Y una luna de miel en los lagos italianos.

—¿Dónde entra Gilbert en todo eso?

—En ningún sitio. Y quiero vivir en una casa, no en un piso, aunque sea una muy pequeña en las afueras donde no haya diversiones, con un jardín en la parte de atrás para cultivarlo. Y tapicería de *chintz* con dibujos de pájaros en el salón y cena fría los domingos porque es el día libre de la doncella. Probablemente —concluyó desafiante— pondré un puesto en el bazar de la iglesia.

—Qué envidia —suspiró Delia.

Ann resopló.

—Lo digo de verdad. Suena todo tan agradable y seguro… Iré a pasar contigo largos fines de semana. —Delia parecía bastante melancólica—. ¿Le caeré bien a tu marido?

—Sabes de sobra que sí. Le caes bien a todo el mundo.

—Bueno, ¿y él me caerá bien a mí? —Ladeó un poco la cabeza y esbozó una sonrisa cautivadora. Para ser justos, era un gesto bastante inconsciente —. Dime, Ann.

—Te invitaré a la boda.

Ann se rio de buena gana. De algún modo, contárselo a Delia había hecho que todo pareciera real e incuestionable, algo que estaba destinado a suceder porque el mundo era así.

—¿Puedo ser una de las damas de honor?

—Por supuesto que no. Quiero ser yo el centro de atención. Pero puedes tirar pétalos de rosa.

—Tendrán que ser de verdad, no de papel. ¡Ann! Vente a la ciudad y déjame que te ayude con el ajuar. ¡Nos divertiremos muchísimo! Tengo muy buen gusto para la ropa, de verdad. ¡Prométemelo, Ann! ¡Vaya, hombre, está lloviendo!

En efecto, empezó a caer un chaparrón de agua menuda y rápida que les empapó las medias de seda en solo dos minutos. Se encogieron debajo de un árbol, donde las gotas formaban pequeñas manchas húmedas en el

sombrero de Delia.

—No podemos quedarnos aquí —dijo esta—, nos ahogaremos. ¿Aguantarás?

—Tal vez pare pronto —sugirió Ann esperanzada.

—No tiene pinta. Ya sé, hay un piso bastante cerca de aquí, en Park Lane, donde podemos refugiarnos y además tengo algo de ropa. Corre.

Salieron como un par de gatitos sobre la hierba mojada y Ann fue ganando terreno sin parar hasta que llegaron a las puertas. Siguió el abrigo gris de Delia a ciegas entre el tráfico y trotaron otros cincuenta metros por una calle lateral, con la lluvia en los ojos y el viento cortándoles la respiración, disfrutando a rabiar. El conserje que estaba en la puerta del bloque de pisos las recibió con gran dignidad, hablando del tiempo, muy considerado, hasta que recuperaron el aliento.

—No, señorita, no está —le oyó decir Ann, y se le encogió el corazón.

—No importa, subiremos de todos modos —repuso Delia—. Tengo llave. Vamos, Ann.

III

Era una sala de estar agradable, amueblada de forma poco sutil pero cómoda en cuero rojo y roble oscuro, y Delia dejó a Ann encendiendo la chimenea mientras ella iba a buscar medias secas.

—¿Te sirven de color beis? —le preguntó enseguida desde la habitación —. Solo hay un par gris y las necesitaría yo.

Ann entró y la vio de rodillas en el suelo, escarbando en el último cajón de una gran cómoda de caoba. Había sacado todo un arcoíris de pijamas de seda y comparaba impaciente dos pares de medias con las suyas.

—Son demasiado oscuras —se quejó—. Habré usado las demás. Mira, las tuyas están en la cama.

—Pero Delia —dijo Ann vacilante; había una cuestión que la había desconcertado al ver las estampas deportivas de la otra estancia—, ¿de quién es este piso? ¿De tu hermana?

Delia se sentó sobre los talones y se echó a reír.

—¡Santo cielo, no! Yo no tengo hermanas. Es de George Lancaster. Una persona encantadora, tienes que conocerlo.

—¿Y él sabe que usas su piso así?

—¿Cómo crees que he conseguido la llave? Claro que lo sabe. Siempre tengo medias y algunas cosas más guardadas aquí porque es muy práctico. Mira lo que ha pasado hoy. —Alzó los inmensos e inocentes ojos grises hacia ella y sonrió—. Ann, querida, ¿te preocupa mi reputación?

—Bueno, tienes que admitir que… La llave… Y que guardes ropa interior en sus cajones, en casa de un joven cualquiera…

—¡Pero Ann! George es muy amigo mío. Una vez estuvimos prometidos.

—Aun así… Creo que eso lo hace peor.

—Ann, no te gustaría que guardara mis cosas en la habitación de un perfecto desconocido. Sabes que no.

Ann no estaba segura de si aquella encantadora voz temblaba al borde de las lágrimas o de la risa, pero se mantuvo firme.

—Delia, ya sé que es solo porque tú nunca crees que… Pero el conserje, por ejemplo, ¿qué va a pensar? Y las doncellas que vengan a recoger…

Se le quebró la voz al imaginárselas guardando las finas medias de seda entre los alegres pijamas de George.

—Es mi reputación —replicó la otra muy solemne al tiempo que se enderezaba—. Y Ann, querida, tendrás que darte cuenta de una vez por todas de que no existe tal cosa. No tengo nada que se le parezca. De modo que lo que piense el conserje al respecto no importa. —Hizo una pausa para reflexionar sobre ello—. Tú me aprecias y mis amigos me aprecian, los demás no importan. Aunque, desde luego, habrá mucha gente que esté de acuerdo con los conserjes, pero fíjate, creo que con este en particular estamos siendo injustas. Es un cielo. —Se echó a reír—. Ya me ha traído café aquí a las tres de la madrugada.

—¿Estando sola? —le preguntó Ann, que empezaba a simpatizar cada vez más con el punto de vista de James.

—Con George, por supuesto. Pero Ann, a nadie le importa, de verdad que no. Si fuera así, me daría cuenta.

—¿Y nunca piensas en… la opinión pública?

Delia negó con aquella adorable cabeza.

—¿Por qué debería? Hago lo que quiero en cada momento.

Eso parecía concluir el asunto de un modo tan rotundo que Ann renunció a su interrogatorio y se cambió las medias. Apreciaba a Delia y eso era lo único importante. En cualquier caso, aceptarían la hospitalidad de George hasta que dejara de llover.

Capítulo 8

I

No dejó de llover hasta pasada la una y Delia tenía un compromiso para almorzar en Chelsea. Invitó a Ann a ir con ella, pero esta era reacia a estropear lo que probablemente era la idea del paraíso para algún pobre diablo. Además, a Elizabeth le parecería muy raro… Y, por supuesto, tenía que almorzar en casa para contarle a su hermana lo de Croy. Ann estaba no poco desconcertada al descubrir hasta qué punto, en la frívola compañía de la señorita Burns, se había olvidado de aquel joven zaherido; su encuentro con Delia, de algún modo, había relegado todo aquel episodio a un segundo plano de su mente: tenía poca importancia en comparación con cosas tan esenciales y encantadoras como los barcos del estanque. No obstante, compensó su descuido con un aborrecimiento extremo por las explicaciones que pronto tendría que dar y se preguntó si, después de todo, no sería mejor posponerlas hasta que estuvieran las dos de vuelta en Whitenights. Elizabeth iba a volver con ella al día siguiente para pasar un largo fin de semana en el campo y aquel ambiente tranquilo y familiar seguro que facilitaba las cosas. Era curioso, que se sintiera obligada a rendir cuentas ante su despegada hermana, que nunca hacía preguntas ni trataba de interferir, pero Ann tenía la extraña convicción de que Elizabeth debía saber lo que había pasado. Después de todo, Croy era su amigo. Se lo diría mañana, o en todo caso pasado mañana, y, entretanto, lo avanzado de la hora le daba la excusa perfecta para comer fuera.

Lo siguiente que tenía que hacer era encontrar un restaurante, pero eso era más difícil de lo que uno hubiera imaginado, pues Ann, que había estado caminando sin rumbo fijo desde que salió del piso, estaba ahora en

medio de Edgware Road. Parecía una calle buena y bulliciosa, llena de zapaterías, salas de cine y lugares donde comprar linóleo, pero la chica buscó en vano algún Antoine o Auguste o Chez Maurice. Ahí sabía cómo comportarse y nunca era tan Laventie como cuando daba propina a los camareros, pero su forma de actuar cuando por fin se refugió en un Lyons fue simplemente torpe.

II

Al principio pensó que tendría que marcharse tal como había entrado, pues estaba llenísimo, pero un par de hombrecillos ya mayores apartaron sus periódicos y le señalaron un asiento libre. Ann se unió a ellos agradecida.

La carta era muy completa y ofrecía más variedad de la que hubiera visto nunca. Enseguida le llamó la atención lo barato que era el pastel de carne (y esta parecía ser la opinión general, porque estaba pegado aparte, encima de las sopas) y lo pidió casi sin pensarlo.

—¿Verduras? —le espetó la camarera. Luego, al ver la patente vacilación de Ann, añadió más amable—: Lleva patatas.

Esta, impresionada por tal disposición, dijo que sí y volvió a dejar la carta debajo del azucarero.

—Mira, yo solo digo —comentó de repente uno de los hombres mayores — que a nadie le importa comer pan con queso si sabe que en casa le espera una buena tajada de asado. —Hizo una pausa para limpiarse el bigote y añadió con humor—: O no, según el caso.

Su amigo asintió, sensato.

—Y eso es lo que tienen que meterse los jóvenes en la mollera —siguió el primero—, en lugar de querer comerse el mundo entero y todo lo que hay en él, por decirlo así.

—Eso le digo yo siempre a mi Arnold —observó el amigo—. Que no sabe cuándo va servido.

Ann se estaba interesando tanto por la conversación que se alegró bastante cuando llegó el pastel de carne para distraer su impertinente atención. No era, sin embargo, un plato que cautivase más que al más simple de los náufragos y Arnold no tardó en imponerse de nuevo.

—No has pasado la reválida, le dije, y ahora tienes que cargar con las consecuencias. Ojalá alguien me hubiera ofrecido a mí diez chelines a la

semana cuando tenía su edad.

Esta vez le tocó al otro asentir.

—Y además, le dije, ya puedes dar gracias por dedicarte a este oficio, porque no creo que llegue el día en que un hombre no quiera una taza de té, no en tu época. ¡Y dice que es un trabajo duro! ¡Trabajo duro!

Resopló con desdén y se sumió en el silencio mientras el hombrecillo del bigote removía pensativo su café. Se parecían un poco, era curioso, ambos tan enjutos y desaliñados y como cubiertos por una ligera capa de mugre urbana; y ambos estirados con ese aire de nervioso descaro que el *cockney* londinense ha ido adquiriendo gradualmente de los gorriones de la ciudad… A menos, por supuesto, que sea al revés.

—¿Sal, señorita? —le ofreció muy educado el padre de Arnold.

Ann se le había quedado mirando.

La chica enrojeció hasta las orejas y le dio las gracias.

—Sí que le falta un poco de sal —añadió el otro.

Los dos miraron añorantes el plato de Ann y reanudaron su conversación.

—Mi chavala actuó con su clase de baile el sábado pasado. Fueron todos.

—¿Tú también?

—Yo no. Yo me quedé en casa con los pies en el sofá. Paz y tranquilidad. La cuenta, por favor, señorita. Arnold sí fue.

—Así es la vida —sentenció el otro—. Cuando eres joven siempre quieres estar por ahí y cuando llegas a nuestra edad te alegras de que te dejen en paz. La mía también, señorita, si hace el favor.

Desafiando la advertencia impresa en las cartas, cada uno metió dos peniques debajo de su plato antes de levantarse y el padre de Arnold se quedó sentado unos segundos más contemplando las migas.

—Estos jóvenes —dijo despacio— no saben lo que son las cosas.

Aquella conversación dejó una profunda huella en Ann. Los lugares comunes eran tan poco frecuentes en Whitenights que sintió toda su fuerza sin limar por la familiaridad; la afirmación de que la honradez era la mejor política le pareció tan llamativa como aquella de que el vicio no es más que un medio de expresión personal. Se preguntaba quiénes serían esos dos hombres para haber adquirido semejante sabiduría: jefes de oficinistas, probablemente, con veinte años de mísero servicio a sus espaldas. Tendrían que canonizarlos: dos pequeños santos *cockney*; santos menores, por

supuesto, pero muy compasivos. Ann trató de unirlos con Whitenights, o con el piso sobre el pasaje abovedado, o con la escultura de Dick… Temía que nada de eso les haría mucha gracia. «Estos jóvenes no saben lo que son las cosas».

«¡Pero yo sí! —pensó Ann con súbita confianza—. Son pequeñas y ordinarias e importantísimas, como las puertas de un jardín». Se dio cuenta de que todo aquello eran tonterías, pero la confianza no desapareció. Hizo señas a la camarera y le preguntó si había teléfono.

III

En su escritorio con vistas al Paraíso, Elizabeth acababa de escribir una carta. Iba dirigida a su casero y le decía cuánto lamentaba dejar su magnífico piso. «Pero me iré al extranjero muy pronto —había escrito—, puede que bastante tiempo, y en el ínterin debo estar en Whitenights si quiero dejar mis ensayos listos para la imprenta. Espero, sin embargo, que me permita venir a visitarlo…»

El timbre del teléfono interrumpió su fluida frase como un crítico grosero y Elizabeth se apresuró a silenciarlo. La correspondencia le estaba resultando más difícil de lo normal ese día.

—Elizabeth, soy Ann —dijo una voz agitada al otro lado de la línea—. ¿Te encuentras mejor? Mejor que esta mañana, me refiero. No te oigo muy bien, aquí hay mucho ruido. ¿Tú me oyes?

—¿Desde dónde llamas?

—Desde un Lyons. Acabo de almorzar aquí. Elizabeth, solo quería contarte… Lo de Gilbert, ya sabes… No voy a casarme con él ni… Ni nada. ¿Sigues ahí, Elizabeth? Y no llegaré a tomar el té. Me voy al cine con Peggy Gayford.

Elizabeth Laventie colgó el auricular y sopesó su futuro con ojos firmes. Pensó en su vida en Whitenights, en su breve vida en Londres y en cómo sería su vida con un hombre al que amaba pero no respetaba y, cuando hubo llegado a una conclusión, cogió de nuevo la pluma y terminó la carta para su casero.

«… visitarlo a mi regreso. Puede que no sea hasta dentro de un año, o incluso más, pero le llamaré y le explicaré con detalle quién soy y entonces tal vez me invite a renovar mi amistad con sus encantadores patos».

Tercera parte

Capítulo 1

I

El viaje hasta Sussex fue muy incómodo para todos los implicados.

Hacia la hora de comer, Gilbert Croy telefoneó al piso para preguntar si podía pasar el fin de semana en Whitenights a fin de recuperar la atmósfera esencial de su nueva película y la perspectiva de su compañía llenó a Ann de consternación. No es que sospechara de ninguna maniobra sentimental por su parte; a pesar de los conatos revolucionarios, aún conservaba la suficiente perspectiva Laventie como para tomarse su explicación al pie de la letra y, de hecho, tenía razón al hacerlo, pero sería un fastidio. La euforia inicial de su recién descubierta independencia se había desvanecido, dejándola desilusionada y triste, y lo único que quería era que la dejaran en paz. Tampoco la inesperada aparición de su hermano en el andén de salidas consiguió levantarle el ánimo.

Dick parecía casi tan enfadado como ella y les preguntó, resentido, cuánto tiempo iban a quedarse en casa.

—De manera indefinida —respondió Elizabeth con calma. Croy la miró, pero no dijo nada.

A Ann le sorprendió comprobar con qué facilidad Gilbert y ella podían volver a su antigua relación, desenfadada e informal: no había vergüenza, solo una ligera torpeza, como si ambos, cada uno por su parte, estuvieran convencidos de aburrirse un poco tarde o temprano. Sería desagradable pensar que la amistad necesitaba una posibilidad de convertirse en pasión para perdurar.

—¿Conoces a Miriam Oleson? —le preguntó Dick a Elizabeth de repente.

—La he visto alguna vez. ¿Por qué?

—Por nada, solo que va a venir unos días.

Los otros tres lo miraron algo sorprendidos.

—Una persona encantadora —observó Croy con tacto.

—¿Has estado alguna vez en su estudio?

—A menudo. Es bastante llamativo.

—¿Una planta baja?

—No, un ático. ¿Estás pensando en alquilarlo?

—No exactamente —repuso Dick.

Elizabeth le preguntó si había avisado a Whitenights de su llegada.

—No he telegrafiado ni nada, si te refieres a eso —dijo el otro de mal humor—. No les importará. De todos modos, no llega hasta mañana.

Sin embargo, la señorita Oleson parecía haber cambiado de idea, pues en ese momento avanzaba hacia ellos seguida por un baúl y dos sombrereras, todo envuelto en amarillo canario a juego con el forro de su capa negra. Formaban una bonita mancha de color en el andén de salidas.

Dick la saludó con una fría contención que bien podría haber ocultado tanto furia como adoración.

—He decidido venir hoy después de todo —anunció Miriam—, aunque no sabía que tendría el placer de viajar con tus hermanas. La he visto muchas veces, señorita Laventie, en el Teatro de las Artes, pero creo que nunca nos han presentado.

Estrechó lánguidamente la mano de las mujeres y, más familiar, saludó con un gesto de cabeza a Gilbert, que parecía bastante complacido de verla. Durante unos minutos, permanecieron allí lamentando el retraso del tren y charlando con educación.

La llegada del convoy, sin embargo, no sirvió para mitigar la falta general de armonía, pues descubrieron que Croy tenía un billete de primera clase mientras que los Laventie siempre viajaban en tercera. Gilbert les explicó a toda prisa que lo había comprado su asistente (todo un esnob, digno de Thackeray), que en realidad él detestaba viajar en primera y que agradecía tener una excusa legítima para reunirse con la flor y nata de la esfera que le correspondía.

—Bueno, yo viajo en primera de todos modos —dijo la señorita Oleson cuando el otro terminó.

Hubo un cruce de miradas acusadoras. Dick se metió en un vagón de tercera vacío y empezó a quitarse el abrigo.

—El tren sale dentro de dos minutos —observó Elizabeth.

En ese momento reapareció el maletero de Miriam, cogió su vistoso equipaje y se quedó expectante junto al grupo. Ella hizo un rápido gesto de asentimiento y el chico se alejó hacia el otro extremo del tren.

—Pero odio viajar sola —dijo—, ¿no quiere venir nadie conmigo? ¡Dicky! ¿No quieres hacerme compañía?

—No tengo billete —respondió Dick desde el rincón que quedaba de frente a la locomotora.

—¿Y el de Gilbert? Seguro que estará encantado de cambiártelo, ¿verdad, Gilbert?

—Por supuesto.

Lo dijo en tono educado, pero poco entusiasta, y Ann estaba de acuerdo en que sería mucho mejor que Dick se quedara donde estaba y que el propio Gilbert acompañase a su amiga. La señorita Oleson, sin embargo, que no podía saber nada de sus complicaciones sentimentales, llamó a un segundo maletero con un avezado gesto de la cabeza.

—Las cosas de este caballero a mi vagón —le ordenó—. Primera clase, el del baúl amarillo.

En un abrir y cerrar de ojos, el abrigo y el sombrero de Dick desaparecieron para seguir al equipaje de la señorita Oleson y, entonces, el joven se bajó enfurruñado, se metió un libro en el bolsillo y cogió el billete de Croy sin decir palabra. Tuvieron el tiempo justo para sentarse antes de que el tren se pusiera en marcha.

II

En cuanto salieron de la estación, Elizabeth abrió su portafolio y empezó a corregir galeradas mientras Gilbert, sentado frente a ella, se burlaba en tono amistoso de tan inigualable laboriosidad. Ann estaba en un rincón al otro lado del vagón y podía continuar con sus tristes meditaciones sin que la molestaran.

En cierto modo, le decepcionaba que la intensidad emocional de su relación se hubiera evaporado de forma tan absoluta, dejando solo un insignificante residuo de apatía. Gilbert había superado aquella decepción con sorprendente rapidez, sin duda. Ann sabía muy bien que uno nunca debe permitir que sus vicisitudes personales afecten al trabajo, pero aun así

la inmediata reaparición de Croy en Whitenights le parecía cuando menos poco convencional. Sí, poco convencional, eso era lo que quería decir, pues para entonces ya había adoptado definitivamente la actitud de James respecto a los convencionalismos: a menudo eran algo muy bueno. El hecho de que las acciones de Gilbert se rigieran en exclusiva por las exigencias de su guion no la afectaba tanto como debería; por supuesto, era un alivio saber que no le había arruinado la vida ni nada por el estilo, pero al mismo tiempo resultaba un poco… no exactamente mortificante, quizá, pero sí purgante. Ahora que estaba allí sentado, la viva imagen de una elegante compostura, leyendo una revista de cubiertas amarillas, nadie sospecharía que hacía treinta y seis horas ella había hecho añicos sus sueños de felicidad… Aunque Ann se vio obligada a admitir, en honor al buen gusto de Croy, que este nunca había utilizado una expresión tan exagerada. No se le ocurrió pensar que todas aquellas reflexiones podrían aplicarse de igual modo a ella misma, pues Gilbert, en su cabeza, se había deslizado sin darse cuenta hacia el papel del amante más que del amado. A ella no se le exigía una tristeza extrema; estaba haciendo más bien lo que se podía esperar al mostrarse mortalmente aburrida.

Este aburrimiento era, de hecho, lo más desagradable de su estado de ánimo actual. Durante el último mes se había imaginado a sí misma enamorada (ahora reconocía sin lugar a duda que se trataba de una imaginación y se sentía muy vieja y experimentada al hacerlo) y esa agradable fantasía al menos le había tenido ocupada la mente. Le había dado algo en qué pensar y, aunque en teoría nada le impedía seguir pensando en Gilbert y en su obra tanto como antes, era inútil negar que el asunto había perdido gran parte de su encanto.

En ese momento él alzó la vista y, por un segundo, Ann pensó que había sentido cómo lo miraba, pero era puro engreimiento. Lo cierto es que había encontrado un artículo muy divertido sobre el cine sonoro y quería leérselo, si a Elizabeth no le importaba. Esta sonrió distraída y dijo que nada la desconcentraba mientras corregía galeradas. (Corregía con mucha elegancia, con notas al margen acertadísimas sobre la estupidez de los cajistas que sin duda se desperdiciaban por completo en sus destinatarios.) Ninguno de los dos parecía dudar de la complacida aquiescencia de Ann y una extraña irritación disminuyó su gratitud mientras trataba de disponerse a disfrutar. Era irrazonable, pues le había leído muchas veces en el huerto de Whitenights, cuando ella lo animaba con todas las muestras de aprecio que

podía, pero por alguna razón esa cabellera negra recortada contra la ventanilla del tren no era ni de lejos tan grata como recortada contra los tilos. Delia lo consideraba atractivo y, desde luego, era distinguido… ¡Otra vez esa palabra! Era la piedra angular de la tradición de los Laventie, la condición *sine qua non,* y sin embargo…

Delia.

¿Era Delia distinguida? Ann sopesó la cuestión con detenimiento y no pudo llegar a una conclusión clara. Cuando uno estaba con ella, cosas como la distinción parecían perder importancia: no se tiene peor opinión de un narciso solo porque florezcan millones cada primavera. Ann reaccionó a aquella idea con un jadeo ahogado, pues era una manifiesta herejía; no era consciente de haber llegado tan lejos. A ojos de su familia, aquella era la virtud suprema, la que expiaba todo lo demás; dudar de su extrema importancia era dudar del fundamento mismo de su vida. Su padre, por ejemplo, era distinguido: ese era el adjetivo que acudía de manera instintiva a los labios de todos cuantos lo conocían, incluso de aquellos que más lo detestaban. Y si eso ya no tenía valor, ¿qué quedaba? El pensamiento de Ann se desvió del tema y volvió al asunto de Delia Burns. Elizabeth había considerado su almuerzo con ella un motivo para compadecerla y Ann (¡qué cobarde!) no había tenido el valor suficiente para admitir que lo había disfrutado. La cuestión era: ¿podían sus criterios diferir tanto sin que una de las dos estuviera equivocada?

Entretanto, Gilbert seguía leyendo con fluidez y las páginas se movían a intervalos regulares. El artículo, como había prometido, estaba bien escrito y sin duda cautivaría a cualquier persona interesada por el cine.

Una de las hojas de las galeradas de Elizabeth había salido volando hasta llegar al extremo del asiento de Ann y una frase al azar le llamó la atención: «Así como la forma de una sombra es más importante que su textura, es más importante que la vida de un hombre sea estética y estimulante para el espectador que cómoda para sí mismo». Ann lo leyó de nuevo, con atención, pues no era muy ágil para captar ideas nuevas. Significaba, concluyó, que había que vivir para agradar a los demás más que para uno mismo… Pero ¿era eso lo que Elizabeth quería decir en realidad? Sonaba casi cristiano. Siguió leyendo un poco más y descubrió que sus dudas estaban justificadas, pues era evidente que su hermana estaba más preocupada por el desarrollo estético que por el moral. Por lo que pudo deducir, el objetivo de cada individuo debía ser presentar una personalidad

armoniosa y elegante y, si esa personalidad ideal exigía los ricos colores del catolicismo romano, por ejemplo, católica romana había de ser, a pesar de cualquier preferencia personal por Calvino o los griegos.

Aquí Ann se detuvo para preguntarse si la insistencia de Dick en tomar el café solo se basaba en la convicción de que el camarero se decepcionaría si lo tomaba con leche. El ensayo tenía un tono curiosamente distante, como si el vínculo entre el intelecto y la emoción se hubiera desgastado hasta romperse, y había algo inquietante en aquella primera comparación. La vida no era una sombra. Era una realidad hermosa, cálida, polifónica, llena de ómnibus y orquestas y del olor a tierra mojada cuando llovía. Ann pensó en cómo caía la luz del sol, polvorienta y dorada, sobre el suelo del salón y en la espléndida masa de robles plantados en hilera y su fe habría movido montañas. También estaban la señora Weekes y el hombre de la cafetería —ellos no eran sombras— y una especie de idea de Inglaterra, fortuita y heroica y perdurable. Enorme suerte haber nacido allí. Ann recordaba haber comprado un ramo de tulipanes rosas la última vez que estuvo en la ciudad y a la avejentada mujer que los vendía diciendo con voz ronca: «Son ingleses, señorita». Y eran unos tulipanes preciosos, firmes y suaves, de color coral.

«Es inútil —pensó desafiante—, soy una patriota».

No sabía muy bien cómo había llegado a esa conclusión a partir de la frase sobre las sombras, pero marcó otro paso más en su depravación.

Era el internacionalismo lo que salvaría la civilización; lo sabía tan bien como cualquiera. Hizo un repaso apresurado, pero (esperaba) imparcial, de las naciones del mundo: la inteligente Francia, la trabajadora Alemania, los progresistas Estados Unidos, la paciente Judea; ninguna de ellas podía compararse. Una vez, cuando estaban en el extranjero, habían tomado a Dick por italiano y él se enorgullecía de ello. Ann pensó complacida que a ella siempre la reconocían como inglesa a primera vista, igual que al doctor Gayford, a quien contestaban de manera sistemática en su lengua materna cada vez que intentaba pedir una comida en francés. Ellos también eran ingleses —más que eso, de Sussex— y, bueno, a Ann le gustaban los Gayford. Y le gustaban Jimmy, James y Delia y la próxima vez que se le presentara la oportunidad lo diría. Las banderas de su rebelión avanzaban sin freno y, para cuando cambiaron de tren en Horsham, ya era casi una imperialista.

Dick y la señorita Oleson se reunieron con ellos en el andén, con un aire

de radiante intimidad muy agradable de observar, pero fue llamativo que, en cuanto llegó el tren de Pulborough, Miriam se dirigiera muy resuelta hacia los vagones de tercera clase. Ann estaba a punto de seguirla cuando notó que la agarraban con fuerza por el brazo y la voz de Dick, apenas contenida, la instó a alejarse de allí y buscar algo de paz en otro sitio. La arrastró a toda prisa por el tren hasta un vagón vacío, tiró allí el abrigo y le pidió que no dejara entrar a nadie mientras él iba a comprar cigarrillos. Fue todo tan rápido que, antes de que Ann dejara de preguntarse qué pensarían de ellos los demás, ya habían salido de la estación.

Miró a su hermano, que fumaba furioso frente a ella, y pensó en lo insufrible y atractivo que era, pero aquella crítica se vio anegada por una repentina ola de afecto.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en casa, Dick?

—No lo sé. No sabía que vendríais todos. Bueno, que estés tú no me importa, Ann. Tú eres agradable.

Le dirigió una encantadora sonrisa y luego se puso a mirar por la ventanilla. Era uno de sus trucos favoritos y Ann contempló su perfil con pródiga admiración. Era perfecto de verdad, delicado y fuerte… Y extrañamente triste. Ann nunca se había fijado en eso. Qué curioso. No podía imaginarse a Dick triste por nada. Tenía todo lo que quería y lo que no tenía lo cogía.

—Ann —le dijo enseguida—, ¿no desearías a veces meter a todos tus conocidos en un saco con una tonelada de mármol y tirarlos al Atlántico? Anoche hice una lista y creo que las únicas que se quedaron fuera fuisteis Martha y tú. Con ella me quedé por los bollos.

—¿Y conmigo?

Dick la miró interrogante.

—En realidad no lo sé. No estás mal. —Era obvio que quería hablar de sí mismo—. Lo mejor —comenzó de nuevo— es no preocuparse demasiado por nada en la vida. Entonces estás a salvo. No te pueden hacer daño. Pero una vez que te preocupas, es un infierno, Ann. No lo hagas.

Ann deseaba saber de qué estaba hablando. Que ella supiera, Dick nunca se había preocupado por nada y ahí estaba ahora, instándola a no seguir su ejemplo. Era rarísimo.

—Por otra parte —siguió su hermano—, una vez que te has roto la crisma, por decirlo así, te vuelves más o menos a prueba de golpes. Da igual lo que hagas o lo que te hagan los demás, lo cual tiene sus ventajas. Ventajas

indudables.

Sacudió con cuidado la ceniza del cigarrillo, sin dejar de mirar por la ventana, y Ann se dio cuenta de que estaba asistiendo a una discusión cuyas réplicas nunca oiría. Sin embargo, ayudó lo mejor que pudo.

—Pero ¿acaso no es ese el peligro? —le dijo—. El entumecimiento, me refiero. A ver… —Hizo una pausa para tratar de expresarse de la forma más impersonal posible—. Digamos que vas y haces cualquier tontería ahora, porque estás tan entumecido que no importa… Dentro de uno o dos años puede que se te pase, pero eso seguirá hecho. Y puede que vivas hasta los sesenta.

Tuvo la impresión de que el argumento dejaba bastante que desear, pero Dick pareció entender lo que quería decir y estuvo de acuerdo en que era el único punto de vista sensato.

—Solo que —añadió decepcionado— yo no soy sensato. Ninguno de nosotros lo es. —Aquella afirmación estaba impregnada tanto de presunción como de pesar—. Así que es infinitamente más reconfortante hacer lo que sea ahora y al diablo el futuro.

Se hizo un largo silencio y luego comentó sin venir al caso que el contrato de alquiler de su estudio expiraba dentro de quince días.

Estuvieron allí callados otro rato, observando la bruma del paisaje. La campiña parecía fría y reticente, pero Ann se alegraba de haber vuelto. Tal vez fuese ingrata, pues había estado muy a gusto con Delia y se había divertido con el señor Solomon, pero en realidad la visita a Londres la había decepcionado. Pensó en la expectación con la que se había puesto en camino, planeando las felices circunstancias de su compromiso con Gilbert, y ahora estaban allí sentados, cada uno en una punta del tren, tan distantes e indiferentes como los polos. Esa semana había sido trascendental, desde luego, pero de un modo por completo inesperado: en lugar de volver, como esperaba, adueñada para siempre de su herencia Laventie, había regresado en rebelión contra sus tradiciones más queridas. Bastante desolada, cierto, y con no poco pesar por las antiguas lealtades, pero rebelde al fin y al cabo y fuerte en su recién descubierta insurrección.

Llegaron a Pulborough al anochecer y se encontraron con el gran Talbot amarillo de la señorita Finn a las puertas de la estación.

III

La señorita Finn asomó la desnuda cabeza gris por la ventanilla y les dio la bienvenida al pueblo desierto.

—Tres, cuatro, cinco —contó—. Bueno, John está detrás y tengo que recoger un paquete, pero si no les importa sentarse unos encima de otros, puedo llevarlos al pueblo.

Elizabeth le dio las gracias, pero dijo que iban a buscarlos.

—Pues si es Hobden el que va a venir —comentó la señorita Finn mientras observaba el estridente equipaje de Miriam—, eso no le cabe. ¿Qué bicho le ha picado para forrar las maletas de un color tan malsano?

Gilbert le explicó que así eran fáciles de identificar.

—Bueno, si yo solo digo que no me gustaría tenerlas cerca durante una travesía por el Canal, nada más. Lo que llaman moderno, supongo.

—¿No aprueba usted la modernidad? —preguntó Elizabeth, deseando o bien que llegara el coche de Hobden o que se marchara el de la señorita Finn. Le parecía absurdo estar allí intercambiando frases con aquella vieja maleducada.

—Por supuesto que no. —La señorita Finn resopló—. La desapruebo en cualquier forma que se presente.

—Entonces —intervino Miriam con voz cansina—, ¿por qué lleva ese peinado tan corto? Yo diría que es muy moderno.

—Porque no me gusta el pelo —replicó la señorita Finn—. Nunca me ha gustado, es molesto y engorroso. ¿No quieren entonces que los lleve a Whitenights? De acuerdo.

Justo antes de que el coche se pusiera en marcha, Ann observó a sus cuatro acompañantes: Elizabeth, aburrida y soberbia; Dick, enfurruñado; Miriam y Croy, elegantemente malhumorados.

—¡Yo sí, por favor! —exclamó. Y así, de un modo bastante torpe, Ann Laventie cambió de bando.

Se había olvidado por completo de que John Gayford iba en el asiento trasero del coche, pero le resultó muy práctico tener un hombro sobre el que llorar hasta que llegó a su casa.

Capítulo 2

I

La boda de Peggy Gayford era la primera en su familia y el doctor tenía disculpa para esperar que también fuese la última. Durante un mes, su cómodo hogar había estado por completo desorganizado y, desde su inexperto punto de vista, no parecía que fueran a ser capaces de volver a poner las cosas en orden.

En primer lugar, estaba la señorita Pickering, una mujercilla destartalada a la que habían llevado para que ayudara con el ajuar. Era menuda, rubia y lastimosa hasta lo indecible, pero el doctor Gayford la había identificado enseguida como la causa principal de su malestar. Se había decidido que trabajara en el comedor y que lo recogiera todo a tiempo para las comidas, y a eso había accedido al principio la señorita Pickering. Poco a poco, sin embargo, su verdadera naturaleza se impuso y la máquina de coser colocada en un extremo de la gran mesa se convirtió en el símbolo de una autoridad absoluta. No podía seguir trabajando, declaró, si tenía que estar continuamente de acá para allá. Moverse era lo único que le molestaba. No le importaba —de hecho, más bien le gustaba— dejarse los dedos trabajando para sus empleadores, pero no podía hacerlo si tenía que estar siempre moviéndose. Era imposible negar la fuerza de su alegato y, en consecuencia, la familia Gayford empezó a comer en el salón. Resultaba incomodísimo comer en bandejas bajas de latón y mesas auxiliares, sobre todo cuando Ralph y Alan se entusiasmaron de repente con el piano y empezaron a tocar a dúo. (La señora Gayford los animaba, optimista incurable cuando se trataba de sus dos hijos menores.) Además de este ojo de la tormenta en el comedor perdido, hubo trastornos menores en los dos

dormitorios del piso superior, que Bernard se había ofrecido amablemente a reempapelar para recibir a los invitados de la boda. Había empezado por desmontar ambas estancias con extrema minuciosidad y cada vez era más evidente que solo una de ellas podría estar lista a tiempo. Parte de la familia, la facción formada por Peggy, Nick y Joyce, hacía fuerza para pedir ayuda exterior, pero su madre no podría soportar herir los sentimientos del pobre muchacho y prefería trasladar a los cachorros a la habitación desmantelada y ceder la de estos a los dos primos de Stephen. Todas aquellas maniobras contribuyeron de manera inevitable a la confusión general y dice mucho en favor del equilibrio esencial de los Gayford el hecho de que mantuvieran al menos una apariencia de afecto familiar.

Joyce, de hecho, expresó su desaprobación con un arranque de estudio empecinado y solo salía de su cuarto para comer a toda prisa, pero, por desgracia, el resto estaban demasiado ocupados para darse cuenta de tal gesto.

Tampoco el pueblo se quedó atrás en interés y solidaridad. Los Gayford eran en extremo populares y la feria había despertado el gusto general por los bullicios sociales. La cuestión del oficiante había sido un tanto embarazosa, ya que Stephen tenía un tío que era deán y parecía una lástima desperdiciarlo. Por otra parte, a Peggy la había bautizado el vicario y el señor Seeker era un buen amigo de la familia (además de un espléndido organizador), por lo que fue en cierto modo un alivio cuando Stephen se enteró de que el susodicho deán estaba en ese momento en la Riviera, recuperándose de una afección pulmonar. Le enviaron la invitación de inmediato y Stephen trató de averiguar quién lo estaba tratando. En cuanto a la lista de invitados, estaba haciendo encanecer a Peggy.

—Ojalá pudiera poner «y recepción si hace bueno» —se lamentaba—. En el jardín cabrían todos, pero es imposible meter en casa a la mitad de esta gente.

Repasaba la lista desesperada, preguntándose con cuántas negativas podía contar.

—A ver —argumentó Nick, columpiando las largas piernas desde el alféizar de la ventana—, si no llenas el teatro, no vale la pena hacer la función. Las aglomeraciones siempre hacen que las cosas tiren adelante. Si me dais carta blanca a mí, os garantizo una despedida de fábula y mucha diversión. Eso es lo que hace falta en una boda. Bullicio. Movimiento. Alegría de vivir.

—Ya. Te traerías a medio hospital y convertirías esto en una fiesta universitaria. Eres peor que Ralph y Alan. Querían que hubiera una guardia de honor formada por los Lobatos —le dijo Peggy a su tía—, pero por suerte esas bestiecillas están todas en el coro.

—Bueno, querrás que sea alegre, ¿no? Además, piensa en el pobre Steve. Necesitará apoyo. —A medida que se acercaba el día de la boda, la actitud de Nick hacia su amigo había experimentado un sutil cambio: se refería a él más bien como un convaleciente tras una peligrosa enfermedad—. ¿No estás de acuerdo conmigo, tía Cecilia?

—Bobadas —espetó la señorita Finn. Había ido a llevar su regalo de bodas, un par de antiguos candelabros de plata de Sheffield cuyo valor solo ella conocía—. Ese joven es tan engreído como un gorrión. Si lo que quieres es divertirte, dilo y estoy contigo. Margaret no volverá a casarse en breve, aunque sabe Dios que la institución del matrimonio ya no es lo que era, y os habéis metido en tal follón que pase lo que pase no habrá mucha diferencia. ¿A quién has invitado del pueblo, niña?

—A todos —replicó Nick—. Vamos a escribir una circular para clavarla en la puerta de la iglesia. Así no harán falta todas estas invitaciones.

Entonces cogió un puñado y se lanzó al jardín por la ventana antes de que Peggy pudiera detenerlo.

—Es buen muchacho —observó complacida su tía—, no le falta carácter. Le falta mollera, por supuesto, como a su padre. —Cogió la lista de confirmaciones y la examinó con ojo crítico—. Veo que has invitado a los Bowman. Qué hombre tan desagradable. Espero que te hayan regalado algo que merezca la pena.

—Un juego de té —dijo su sobrina—, una preciosidad. Está arriba.

—Mmm. Eso era lo que regalaban los criados en mis tiempos. Lady Spencer. La vi en Worthing el otro día con sus hijas. Esas tres chiquillas siempre parecen medio muertas de hambre. Señor Laventie y familia. Gilbert Croy. Lo recuerdo, un tipo alto y apuesto. ¿Quién es la señorita Oleson? Suena a sueco o algo así de estrafalario.

—También se aloja en Whitenights —le explicó Peggy—, es amiga de Dick. No sé si para entonces seguirán aquí y, de todas formas, no creo que vengan.

II

Peggy, sin embargo, fue demasiado modesta. La perspectiva de la boda de los Gayford retuvo a Gilbert y a Miriam en Sussex una semana más de lo previsto y Whitenights despertó de su estado de ensoñación campestre con una explosión de magníficas conversaciones. «¡Cómo hablan todos!», se decía Ann.

Estaba sentada en el sofá de brocado verde del enorme salón y se asombraba de su fluidez. Por alguna razón, no la maravillaba tanto como lo habría hecho hacía un mes. La señorita Oleson, por ejemplo, no era más que un eco sin verdadera imaginación propia, solo un lenguaje hábil con el que revestir ideas prestadas. Elizabeth y su padre eran sin duda los más inteligentes, originales e incisivos, pero Dick empezaba a confiar demasiado en la mera brutalidad.

Ann no entendía a su hermano. Después de aquel sorprendente paréntesis en el tren, apenas le había dirigido la palabra y se pasaba la mayor parte del tiempo en el taller, pero sin modelo, y como Elizabeth tenía trabajo que hacer, el entretenimiento de la señorita Oleson recaía en gran parte sobre Gilbert y sobre ella misma. El primer día creyó que su padre se había quedado prendado de la elegante pátina de Miriam, pero luego se retiró prudentemente tras sus traducciones. A la propia Ann le resultaba difícil tratar con Miriam, pues era obvio que a esta no le interesaba la compañía de su propio sexo ni le gustaba pasear, pero Croy le leía escenas de su guion durante horas y horas.

—Tiene un don para la observación —decía.

Esta forma de distribuirse, sin embargo, hizo poco por atajar el aburrimiento de Ann. En la superficie, aquella vida sosegada fluía con tanta elegancia como siempre, pero el sol se había ocultado. Por primera vez, Ann descubrió que no le bastaba con el interés por el trabajo de los demás: aún podía admirar los ensayos de Elizabeth y el ingenio de su padre, pero quería algo propio. La vida se extendía ante ella como una carretera larga y polvorienta, recta y sin señalización; pensar que podría vivir otros cuarenta años la consternaba. A veces fantaseaba con la idea de volver a la ciudad y unirse al divertidísimo grupito de Delia, pero eso solo sería un parche y Ann quería algo sólido. Le habría gustado ir a ver a los Gayford, pero la vergüenza se lo impedía. John pensaría que era una auténtica idiota cuando se echó a llorar en su hombro de esa manera…

III

Había seis acomodadores en la boda de los Gayford.

Se creía que era un récord y la gente lo comentaba mientras esperaban a la novia. Estaban John y Nick, por supuesto, y el chico de la mansión, pero los otros tres eran desconocidos, unos jóvenes grandotes y joviales, de pelo liso y lustroso y deslumbrantes flores en el ojal que murmuraban con voz decorosa: «¿Novia o novio?». En realidad, uno no sabía si era preferible que lo recibiese el señorito John, al que todos conocían desde pequeño, o uno de esos magníficos forasteros.

Ann, sentada entre Elizabeth y la señorita Oleson en el apenas desgastado banco de Whitenights, pensó que nunca había visto la iglesia tan llena. La congregación se dividía en tres grupos. Primero estaban las grandes casas de la zona, empezando por lady Spencer y sus tres hijas —todas con su mejor sombrero y guantes blancos— y sir George y lady Bowman, él lustroso como una castaña nueva y ella mayestática y lacrimosa por solidaridad. («A ver por qué tiene que lloriquear, digo yo», comentó en voz alta la señorita Finn.) La propia señorita Finn acudió con un conjunto de *tweed* gris tan conocido en el pueblo como el reloj de la oficina de correos, pero animado para la ocasión con un magnífico collar de esmeraldas de talla cuadrada, y el ala del desaliñado sombrero era nueva. El coronel y la señora Foster-Brown habían llegado en el Daimler y, con gran consideración, le dijeron al chófer que esperase en la puerta de la iglesia en lugar de dar la vuelta hasta el garaje, lo cual rubricaba todas las bodas con aprobación social. Le habían dado a Peggy un cheque de veinte libras y la señora Gayford, sentada entre sus dos hijos menores, les sonrió y asintió agradecida mientras avanzaban por el pasillo. Tenía pensado hablar con ellos después y decirles que Peggy había comprado unas mantelerías preciosas… Ralph y Alan vestían por primera vez sus trajes nuevos de Eton y estaban sentados, muy quietos, con el libro de oraciones abierto por el capítulo del servicio matrimonial. Se estaban portando tan bien que hasta su madre se notaba un poco inquieta y Bernard, al otro lado de Alan, estaba preparado para sacarlos en cualquier momento.

Justo detrás de todas estas personas importantes había un segundo bloque, el pueblo; y, en efecto, tenía que ser casi imposible comprar un sello o pedir indicaciones a alguien por la calle hasta que la señorita Peggy se

hubiera casado sin ningún percance. Todo el mundo estaba allí, del farmacéutico para abajo, y sus rostros acalorados pero resueltos denotaban una firme determinación de exprimir hasta la última gota de emoción al acontecimiento. Muchas de las mujeres mayores parecían un poco llorosas, dentro de los límites del recato, pero las jóvenes se reían entre ellas y alardeaban de sus medias de seda con total libertad. Eran la nueva generación, temerarias y atrevidas; la hermosa criada del vicario incluso se empolvó la nariz en el pórtico. La señorita Pickering había acudido con un grupo bastante numeroso y se daba tantos aires como si fuera una más de la familia. Su vestido de fular moteado era todo un triunfo de la estructura, ya que incorporaba un cuello de encaje, un gran aplique de pasamanería azabache e innumerables cintas cruzadas de terciopelo color cereza. La esposa del farmacéutico resopló ostensiblemente a su paso, pero el gesto se entendió (con razón) como una expresión de vanidad mortificada y los simpatizantes de la señorita Pickering apenas repararon en ella. A mitad del pasillo, Ann vio a Martha, adusta pero feliz en un lateral; estaba memorizándolo todo para contárselo a su señora.

La tercera sección de la congregación, y la que provocó el mayor número de contorsiones de cuello y de conjeturas, estaba formada por unos veinte jóvenes de edades comprendidas entre los diecinueve y los veinticinco años, todos muy parecidos entre sí y muy parecidos a los espléndidos acomodadores. En cuanto al atuendo distaban mucho de aquellos —había incluso uno o dos con pantalones de golf entre los trajes de calle—, pero tenían el mismo buen talante y lucían el mismo peinado. Nadie sabía muy bien cómo habían llegado hasta allí, pero ciertos rumores los relacionaban con el camión vacío que estaba aparcado frente al Cock and Bottle. Se sentaron bien al fondo e indicaron con gestos decorosos pero contundentes que no tenían libros de oraciones. Los deslumbrantes acomodadores se reunieron en apresurada consulta, recurrieron a John Gayford y luego al sacristán. La congregación entera aguardaba su decisión conteniendo el aliento; el sacristán desapareció en la sacristía y regresó con una docena de volúmenes de la Escuela Dominical, suficientes si se compartían. La congregación volvió a respirar.

La entrada del coro aumentó la expectación hasta lo más candente y se vio a Ralph y a Alan hacer misteriosas señas a sus jóvenes amigos del presbiterio. Stephen había llegado frente al atril repleto de flores escoltado por otro joven que superaba incluso a los acomodadores en belleza y

apostura. Las personas que estaban más cerca de la puerta empezaron a levantarse cuando el órgano, con un poco de retraso, arrancó con entusiasmo los clásicos acordes y Peggy avanzaba por el pasillo del brazo de su padre.

Un leve murmullo de voces cómplices recorrió la iglesia a su paso; la chica estaba tan deslumbrante vestida de blanco y parecía tan feliz que daban ganas de llorar. El doctor Gayford llevaba su máscara más inexpresiva, la que se ponía para decir a sus pacientes que probablemente iban a morir…

—Mamá —susurró Ralph algo ronco—, no tengo nada para el cepillo.

Detrás de ellos iban las cuatro damas de honor: dos niñas rollizas vestidas de rosa y luego Joyce y otra chica vestidas de azul. Pobre Joyce, era uno de sus días malos y el bonito color no le sentaba bien. Cogió el ramo de su hermana y lo sostuvo sin mucho arte, con los tallos hacia arriba. John se había reunido con su familia en el primer banco y al parecer intentaba contar los crisantemos del altar. La señora Gayford lloraba en silencio tapándose con el pañuelo, pero la tía Cecilia estaba muy tiesa y observaba la ceremonia como una avispada gallina gris.

—Hasta que la muerte nos separe —dijo el vicario.

—Hasta que la muerte nos separe —repitió Stephen con decisión.

—Ni un resquicio legal, ya ves —susurró la señorita Oleson sorprendida —. No tenía ni idea de que fuera tan horrible.

—¡Pero qué frases! —replicó Croy—. Preferiría haber escrito eso que todo D. H. Lawrence.

En ese momento estaban cantando lo que se cantaba siempre, *Oh, perfecto amor:*

De paciente esperanza y sosegada, valerosa entereza,
con confianza infantil que no teme ni al dolor ni a la muerte.

Detrás de Ann se alzaron dos voces, no muy fuertes, pero sí muy nítidas y afinadas. Dotaban a aquellas palabras de una extraña sabiduría, fatigosa pero firme. Era extraño cómo predominaban las voces femeninas, que sonaban a la vez tan confiadas y aquiescentes. Aquello lo entendían, la esperanza paciente y la entereza valerosa y sosegada: ese era el papel de la mujer. Ann notó que se le saltaban las lágrimas y no trató de detenerlas. ¿Qué importaba Miriam Oleson? Ella no sabía cómo eran las cosas.

IV

Fue una suerte que hiciera buen tiempo porque toda la congregación parecía haber acudido en masa a tomar champán y sándwiches en el jardín de los Gayford. El champán dibujaba una imagen abrumadora y aquí, de nuevo, las diferencias entre los tres grupos se hicieron muy notables. Las grandes casas lo daban por hecho y se bebían las copas de un trago mientras admiraban los regalos; incluso pudo verse a uno o dos caballeros (entre ellos el señor Laventie y sir George) tomando limonada en su lugar. El pueblo, en concreto la parte femenina, era mucho más tímido y hubo que instarlos, entre no pocas risitas, a que se portaran bien y se lo bebieran todo. Para ello, los acomodadores se superaron a sí mismos incitando a las remilgadas señoras a las más asombrosas muestras de malicia. Ann llegó a ver a la señorita Picketing sonrojándose hasta las orejas mientras brindaba por el padrino. «¡Ay, es usted único!», decía la mujer.

El tercer contingente adoptó una postura intermedia, bebiendo grandes cantidades con franco agradecimiento. Sin duda contribuyeron en gran medida a la alegría de la fiesta y era obvio que pensaban que Steve había encontrado un buen partido. Un par de ellos intentaron coquetear amistosamente con Joyce, pero ella no tenía mucha habilidad. A la otra chica se le daba mucho mejor y pronto tuvo a un divertidísimo grupo de jóvenes ofreciéndole pasteles. El éxito más destacado en este sentido, sin embargo, fue desde luego el de la señorita Finn: les clavaba la punta del paraguas en las costillas y les decía que eran una panda de galanes.

—Me lo estoy pasando de maravilla —aseguró la señorita Oleson.

Formaban un elegante grupito al pie del césped, un poco apartados del bullicio general. Mucha gente los miraba con interés y los espléndidos acomodadores les llevaban con diligencia pasteles y copas, pero era evidente que ellos mismos estaban un poco sorprendidos de verse allí.

—No está bien —se lamentó el señor Laventie—. Deberíamos movernos. En las recepciones hay que circular.

—A mí me gustaría hablar con la señora Gayford —repuso Elizabeth—, pero no hace más que desaparecer. Dick, podrías unirte a algún grupo o hacer algo.

—Mézclate —le indicó su padre—. Allí, por ejemplo. — Señaló con la cabeza hacia un animado corrillo donde instaban a la señorita Finn a volver

a la ciudad en el camión y dar un espectáculo—. Yo, por mi parte, entraré discretamente en la casa a ver si puedo conseguir un *whisky* con soda.

Se alejó con gracia entre la muchedumbre y pronto pudieron verlo charlando en actitud amistosa con el doctor Gayford: era un paso en la buena dirección. Un joven se apresuró a llenarles las copas.

—Guarden un poco —les dijo—, están a punto de cortar la tarta.

Peggy estaba de pie en los escalones del salón, empuñando un enorme cuchillo de plata, y Ann, que llevaba toda la tarde deseando hablar con ella, se abrió paso entre las emocionadas mujeres y se colocó lo más cerca que pudo. Sus miradas se cruzaron y Ann alzó la copa en un brindis silencioso de buenos deseos. No pasaba nada: Peggy lo entendía y ahora ya podía dejar a los demás e irse a casa.

—Llevo siglos intentando pillarte —dijo la voz de John detrás de ella—, pero hay una barbaridad de cosas a las que atender.

Ann se dio la vuelta y dejó que el otro la sacara de la multitud. En su actual estado de ánimo, le estaba muy agradecida por el hecho de que la hubiera buscado.

—¿Has comido bien?

La chica asintió. Los Gayford tenían muy claro lo que era importante.

—Estoy deseando que se acabe —siguió John—, pero queríamos darle a Peg una buena fiesta y creo que la gente se lo ha pasado bien.

—Estoy segura —repuso Ann con sinceridad—. ¡Tendrías que haber visto a la señorita Pickering! ¿Quiénes son todos esos chicos?

—¿El coro masculino de Nick? —John se echó a reír—. Compañeros del hospital. Han venido en un camión. Caballerosidad festiva, lo llamo yo. Nunca hay bastantes hombres en estas cosas. Me gusta tu abrigo, Ann.

Lo cierto es que era un abrigo muy bonito, nuevo y bastante caro, y él era el primero en hacerle algún comentario al respecto. Ann le sonrió encantada y dijo que a ella también. Después se quedaron unos segundos en silencio, contentos de estar juntos, pero como si se les hubiera comido la lengua el gato. Era una situación absurda. Ann se lanzó.

—Quería darte las gracias —empezó con arrojo— por ser tan amable conmigo el viernes pasado… Al volver a casa. No suelo ser tan idiota.

Por alguna razón, John le había cogido la mano y se interponía entre la multitud y ella.

—No fuiste una idiota —le aseguró muy serio—, de verdad. Pero me temo que no te serví de mucha ayuda. Es que me quedé muy sorprendido,

¿sabes? Pero Ann, siempre que necesites un hombro para llorar… Espero que no lo necesites, haría cualquier cosa para que no lo necesitaras, pero si alguna vez quieres hacerlo… —John notó que se embrollaba y atajó para llegar a la conclusión—: Me gustaría que fuera conmigo.

—¡A la salud de la novia! —gritó Nick, abalanzándose sobre ellos como un delantero de *rugby*—. Venga, vosotros dos, ¡que os lo vais a perder!

Rodeó a John con un brazo y a Ann con el otro y los arrastró de vuelta a la fiesta.

—Maldita sea —masculló John, levantando su copa de champán.

V

Ann volvió a casa con los demás en un estado de ánimo inusualmente combativo. Quería defender algo —a ser posible la Iglesia de Inglaterra— contra todos los ataques del enemigo. El puro éxtasis del servicio religioso, apuntalado por dos copas de champán barato, se le había subido a la cabeza; por primera vez en su vida deseó tener la oportunidad de discrepar de su familia.

—Ha sido una ceremonia de lo más conmovedora —dijo Elizabeth pensativa—. Aún estoy un poco exaltada.

La orgullosa disposición de Ann se derrumbó. Eran demasiado listos para ella.

Capítulo 3

I

El sábado siguiente a la boda de Peggy, John Gayford cruzó el jardín de los Laventie y vio a Ann leyendo en los escalones de piedra. Hacía un calor sorprendente para ser octubre.

La chica cerró el libro y le ofreció un cojín, pero él prefirió quedarse de pie y empezó a revolverse, inquieto, donde estaba.

—Ann… ¿Haces algo esta tarde?

—Nada en particular.

—¿Te vienes a merendar a algún sitio?

Ambos fingieron olvidar que solo eran las dos y media. Ella se levantó y se apartó el pelo de los ojos.

—Me apetece.

—Estupendo —se alegró John—, corre a por tu sombrero.

Se sacó una pipa del bolsillo y empezó a llenarla mientras Ann se alejaba, obediente, hacia la casa. Para una persona que, como ella, había crecido oyendo las fluidas clases del señor Laventie, John resultaba de un laconismo casi grotesco, pero era agradable ser capaz de hacer que alguien pareciese tan complacido.

En su habitación, Ann tuvo el repentino impulso de ponerse su mejor abrigo nuevo, pero se contuvo y enmendó su insensatez con el viejo sombrero de paja que llevaba en el jardín. Aquella sutileza, sin embargo, cayó en saco roto, pues John no tenía ni idea de ropa.

—Qué bárbara —le dijo, y añadió que les daría tiempo a coger el autobús de las tres menos cuarto—. Quería pedirle el coche a la tía Cecilia, pero iba a utilizarlo ella. ¿Te has enterado de que el otro día se chocó con un

autocar de camino a Arundel y que el juez dijo que lamentaba tener que oír que el conductor se hubiera quejado de su lenguaje? Todo un triunfo llamo yo a eso. Me ha preguntado por ti.

En el piso superior del autobús, Ann lo escuchó como si fuera una especie de noticiario sobre los Gayford: fue sorprendente descubrir cuántas cosas se había perdido. El gallinero estaba en marcha y era un gran éxito; Bernard iba a ampliarlo en cuanto terminase de empapelar. ¿Se había fijado en cómo tenía la nariz en la boda? Se la había roto al caerse de la bicicleta, pero creían que en general suponía una mejora. A Joyce habían tenido que limitarle el estudio a seis horas al día, lo cual tal vez fuese bueno para su salud, pero sin duda era malo para su carácter. Ralph y Alan eran terribles.

Ann escuchaba con un interés que la sorprendió incluso a ella misma. Había algo de lo más auténtico y satisfactorio en los Gayford: tenían la habilidad, que ellos nunca sospecharían, de enaltecer los pequeños detalles domésticos de sus vidas —el papel pintado de Bernard, el gallinero de la señora Gayford— y convertirlos en incidentes de importancia y aplicación universales. Ann deseó que Gilbert o su padre estuvieran allí para analizarlo con mayor claridad, pero luego se preguntó si serían capaces de hacerlo. Era muy posible que no, pensó con calma.

II

—¿Vamos a dar un paseo antes de merendar? —sugirió John cuando bajaron del autobús. A Ann le pareció bien.

Mientras deambulaban en dirección al paseo marítimo, abriéndose paso entre grupos de desafortunados subalternos que se habían visto obligados a coger su quincena de vacaciones en octubre, Ann descubrió que le gustaba estar con él. Comparado con Gilbert Croy (los viejos estándares tienden a perdurar), era sin duda tosco, pero aquí, entre los turistas, caminando como si fuera el dueño de Sussex, su dureza adquiría un nuevo valor. Por primera vez, Ann se dio cuenta de que la línea de su mandíbula (en la que Stephen se había fijado) se parecía mucho a la de Elizabeth, lo cual era probablemente lo que le daba ese mismo aspecto de soldado. Habría sido un buen centurión.

Mientras paseaban, iban hablando de manera inconexa y desenfadada de temas como John Buchan, las castañas asadas y la política exterior.

También hicieron algunos comentarios desfavorables sobre la ciudad, que parecía como encorvada y pegajosa después de la larga y próspera temporada de verano. John le explicó que en realidad odiaba la costa, solo que Worthing, debido a una prolongada asociación con los placeres de la juventud, se había convertido en el escenario inevitable de todas las celebraciones, razón por la cual había invitado a Ann a pasar una tarde de…

—Empleados de banca —terminó Ann sin tacto alguno, y enseguida se detuvo consternada. En casa nunca habría sido tan torpe.

John también se paró, de modo que una hilera de jóvenes rompió en su sólida espalda como las olas sobre una roca.

—¿Es eso lo que piensas? Empleados de banca, la clase baja, la escoria de la tierra, ¿es eso?

Parecía bastante tranquilo e interesado, pero Ann sintió un extraño temor. En cualquier caso, era ridículo iniciar una discusión sobre la vida, la muerte y la educación con conductores de autocar pregonando sus servicios a un lado y medio Clapham bañándose por el otro.

—Por supuesto que no. No es más que un tópico absurdo, como el de «juventud ardiente» o el de «caballero temporal». Ha sido una torpeza por mi parte utilizarlo.

—No estoy hablando del lenguaje literario, es que me interesa —repuso John—. Yo también lo soy. Llevo seis años trabajando en un banco y es probable que siga allí otros treinta más o menos. Eso debe de parecerte horrendo y me gustaría conocer tu punto de vista.

Habían empezado a caminar de nuevo y Ann hizo un segundo descubrimiento: John no apreciaba los temperamentos soñadores. Se limitaba a contemplar el mar y esperar una respuesta directa a una pregunta directa, y dársela le iba a resultar más difícil de lo que habría esperado debido a una diferencia fundamental entre los empleados de banca como tribu y John como individuo. Ser empleado de banca connotaba una cierta falta de audacia de cuerpo y mente que ella había aprendido a considerar en particular poco digna de elogio, mientras que las sobrias virtudes implícitas no ocupaban un lugar preeminente en su lista. Todo aquello era muy difícil de explicar sin herir sus sentimientos.

—Sé que son sumamente honestos y… y respetables — empezó a decir.

—Pero no se puede decir que los admires. ¿A qué clase de gente admiras tú?

—A los exploradores. —Esa respuesta la sabía sin tener que pensarlo.

—¿Constructores de imperios y cosas así?

—¡Ah, no! —exclamó Ann consternada. Lo estaba entendiendo todo mal.

—¿Tipos como Scott, entonces?

—O Einstein o Van Gogh o D. H. Lawrence. Los exploradores de la mente.

John pensó en ello.

—Ya te entiendo —dijo al fin—. Hay dos tipos de exploradores, los intelectuales y los de verdad, y si vales la pena, perteneces a una de esas dos categorías. Supongo que Nick podría entrar, en cierto modo… Quiere dedicarse a la investigación.

—Sí, y también los músicos.

—Preferiría ser científico.

Se sentaron en un banco en el extremo más desierto del paseo y John se sumió en el silencio. Ann repasó la posición que había adoptado y le pareció bastante segura. De hecho, le gustaba el símil con los exploradores, tan contundente como pintoresco.

—Pero Ann —continuó el otro al cabo de un rato—, alguien tiene que hacer los trabajos rutinarios. Tiene que haber panaderos y policías y jefes de estación. Y la banca es importantísima. Creo que nuestra posición internacional depende más del Banco de Inglaterra que de cualquier otro factor. Ya ves, la reputación de Inglaterra en cuanto a integridad financiera es algo muy bueno, y también imaginativo —añadió con cautela—. Estoy de acuerdo contigo respecto a los exploradores, son la aristocracia. Sé que Nick es mejor hombre que yo, pero yo no podría hacer su trabajo, no tengo capacidad. Y sería lo mismo cuando existía esa otra aristocracia, la de los caballeros y las damas y los reyes que luchaban: apuesto a que los campesinos eran bastante útiles en una cruzada.

Hizo una pausa, demasiado asombrado de su propia elocuencia como para advertir la leve deuda con sir Walter Scott. Ann también se quedó impresionada y estuvo totalmente de acuerdo con él.

—Eran la columna vertebral de Inglaterra —comentó, sin darse cuenta siquiera de la banalidad de la frase.

—Y aun así, supongo que los peces gordos hablarían de ellos de la misma forma y les mandarían un buey para engullir en Navidad. Y luego, cuando se emborracharan un poco, las damas dirían: «¡Cielos, estos campesinos!», y le pedirían a un lacayo que cerrara la ventana. Pobres

diablos.

—No creo que les importara mientras tuviesen suficiente cerveza —observó Ann.

John la miró.

—Supongo que eso mismo dirían las damas. —Cogió un puñado de guijarros y los examinó con detenimiento, uno por uno—. Bueno, ahora ya sé lo que opinas de mí: necesario, pero inútil.

—Lo que opino de los empleados de banca —lo corrigió ella, mirando al mar.

El otro tardó un poco en desentrañar esto último, pero tal vez solo le costaba creerlo.

—Entonces, ¿no crees que sea el típico oficinista?

—No.

—¿Crees que puedo ser de la otra clase, un explorador? Pero tendría que ser tipo Scott, porque no tengo sesera para lo otro. Mira, Ann, un amigo mío, un tipo con el que fui a la escuela, se va a Nueva Zelanda dentro de un mes para dedicarse a la cría de ovejas. Me contrataría sin pensárselo. —Hizo una pausa para dejar que Ann comentase algo, pero ella se había quedado como atontada—. ¿Debería irme, Ann?

Ann no se movía. Por primera vez se dio cuenta de la posibilidad de que las palabras se tradujeran directamente en hechos y fue algo desconcertante. De pronto tuvo como una visión cinematográfica de la señora Gayford apresurándose a llenar sus baúles —de hojalata tendrían que ser, siempre eran de hojalata para viajar a las colonias— y Peggy disgustada porque no estaría allí cuando volviera y Bernard ampliando el gallinero él solo. Era mucho de lo que hacerse responsable.

—Pero tu familia…

—No les importaría. Es una de las ventajas de ser tantos. Además, hoy en día no está tan lejos. Creo que me gustaría.

Luego se puso a esbozar los placeres de una vida al aire libre bajo los feroces cielos primitivos de un nuevo país, adornando el cuadro con hogueras, senderos solitarios y estruendosos rebaños que una mente menos cultivada que la de Ann podría haber relacionado con los escritos del señor Zane Grey. ¡Ser su propio jefe, dueño de mil cabezas de ganado, el hombre contra los elementos! Ella escuchaba asombrada, dividida entre el placer de un artista por su obra y una creciente consternación ante la idea de que John se fuese. Era absurdo, por supuesto, pero la consternación persistía,

una leve sensación de mareo, mientras pensaba en comentarios inteligentes.

—¿Ese amigo tuyo ya ha vivido fuera? —le preguntó.

—Sí, el negocio es de su tío. Cuando lo vi en la ciudad, era la primera vez que volvía a casa en cinco años. Apenas lo reconocía.

—¿Tan curtido estaba?

—No tanto curtido como deteriorado. Parecía mucho más viejo. Les ha ido muy bien, pero es una vida durísima. A veces, si las ovejas se pierden o algo así, te pasas días y días en la silla de montar.

Se quedaron un momento en silencio, pensando en aquello.

—Y luego está la ceguera de la nieve. Me dijo que si alguna vez te quedas ciego mientras sacas a las ovejas (tienes que hacerles caminos a través de los ventisqueros), el truco es dar tantas paladas a la derecha y tantas a la izquierda, y así el zigzag te mantiene bastante recto.

—¿A tu amigo le ha pasado alguna vez?

—Sí, muchas. Se pasa pronto. Lo que peor llevaba era no poder cruzar la calle. Le había cogido miedo al tráfico y tuve que acompañarlo por el Strand como a una anciana.

Ann no pudo soportarlo más.

—¡Pero John! —exclamó—. ¿Por qué quieres irte a Nueva Zelanda?

Él la miró asombrado.

—¡No quiero! —Había alzado tanto la voz que la gente que pasaba por el otro lado de la calle se volvió sorprendida—. ¡Detesto la idea! ¿Crees que quiero dejar Sussex y a ti y las colinas y a mi familia para ir a hacer carrera en la maldita granja de Blake? Pues claro que no. Pero entiendo tu punto de vista. Nunca había pensado en ello y, de haberlo hecho, supongo que ni siquiera habría entrado en el banco, pero era práctico y estaba en Worthing y todo eso. Ahora no puedo permitir que pienses así de mí.

—Pero John…

—Sé que no aprecio las cosas igual que tu hermano, por ejemplo. Cuando miro las colinas no me dan ganas de escribir poesía, ni siquiera puedo citar un verso, pero sé que hay algo en mí que pertenece a ese lugar, de modo que irme sería como dejar atrás un pedacito de ti. —Se interrumpió y miró enfadado las olas que se acercaban, como si fueran un rebaño de ovejas—. De hecho, sí que leí un poema una vez, escrito por un tipo que murió en la guerra, que hablaba sobre no poder olvidar el camino desde Steyning a Chanctonbury, y pensé que me habría gustado conocerlo, debía de ser un buen hombre. Y bueno, suena arrogante, pero pensé que yo

podría haber escrito ese poema si hubiera sido capaz de traducirlo en palabras. Y cuando me apoyo en un portón al atardecer y veo los árboles alzarse fríos y sosegados, sé que no hay lugar en la tierra que se le iguale. Odio las guerras, cualquier hombre cuerdo debe odiarlas, pero sé que si pensara que eso está en peligro, me importaría un bledo la Sociedad de Naciones o cualquier otra cosa. Es algo más fuerte que la ley y el orden y yo diría que todos, alemanes, franceses y todos los demás, sienten exactamente lo mismo; y yo lo respeto en ellos y apuesto a que ellos lo respetarían en mí. Esa es la clase de sentimiento que todos los países tienen en común, Ann, no los del progreso intelectual. Y seguro que los neozelandeses también, si han nacido allí.

—Pero yo no quiero que te vayas a Nueva Zelanda —susurró Ann con apenas un hilo de voz.

—¿No quieres que me vaya a Nueva Zelanda? —repitió el otro.

—No.

—Que me aspen si te entiendo —dijo John arrastrando las palabras—. Al parecer crees que es lo único que puedo hacer que merezca la pena y luego no quieres que lo haga. ¿Tan idiota soy?

—Bueno, un poco —repuso ella—. A ver, si te fueras… Te echaría de menos. No pongas esa cara de asombro. También echaría de menos a Nick o a Joyce.

—¿De verdad? —John no se arredró—. Pues casi valdría la pena ir.

—No, no te echaría tanto de menos.

—Me alegro de que no quieras que me vaya, en cualquier caso, aunque pienses así de los bancos. Y desde luego no tengo por qué seguir ahí. ¿Tú qué preferirías?

—Vamos —protestó Ann—, eso no depende de mí, ¿verdad?

—No, claro, solo te pedía opinión. Siempre es interesante contar con una opinión externa. ¿Qué quieres hacer tú?

—Lo que quiero es merendar. Me muero de hambre.

John se volvió hacia ella en el banco y la miró. Tenía los ojos muy firmes.

—Eso significa que no quieres seguir hablando. Quizá tengas razón, no parece que sirva de mucho. Pero por favor, Ann, recuerda que, si alguna vez quieres hacer algo, estoy ahí. Prométemelo.

—Palabra de piel roja —dijo ella. (Una expresión zafia que había aprendido jugando con los Gayford.)

Se estrecharon la mano y, de repente, John se echó a reír.

—¡Ay, Ann! ¡Pero si pareces una niña con ese sombrero!

Por un segundo, la chica tembló al borde de la indignación, pero luego se rio también y fue como si saliera el sol. Se quedaron allí riendo, al final del rompeolas, hasta que les faltó el aliento; se sentían debilitados y felices y necesitaban merendar con urgencia.

III

A partir de ese momento, la tarde fue de maravilla. Estaban alegres, invadidos por una alegría sencilla e hilarante que era como un retazo de la infancia o como un trozo de tarta de cumpleaños descubierto semanas después en un cajón y que te sabe tanto mejor por estar un poco blanda. La merienda fue magnífica, con *éclairs* y helados y macedonia de frutas con nata que se tambaleaba sobre una base de tostadas calientes con mantequilla y mermelada de albaricoque; y luego fueron al cine.

Es suficiente descripción de la película decir que a Ann no le recordó para nada a Gilbert. Los productores eran personas de ideas sencillas que sabían que la esencia y el objetivo último del cine es la persecución. Así pues, hubo persecuciones por tierra y por mar, a caballo, a pie y en avión, y John y Ann se sumergieron en un sueño de ruedas que giraban a toda velocidad. A su alrededor, Juventud y Belleza se cogían de la mano y se daban bombones; cada poco, un mozo recorría el pasillo rociando al público con un penetrante aroma a violetas que flotaba suntuoso en el aire caliente; en la pantalla, exquisitas damas se movían con sus admiradores al compás de *Poemas de amor de la India.* Durante dos horas, hubiera lo que hubiese al otro lado de aquellas puertas de bronce de imitación, el hombre se relajaba, sus cinco sentidos se calmaban y se deleitaba en un nirvana de un chelín y dos peniques.

Cuando salieron eran las siete y cinco y Ann parpadeó como un búho ante el gran reloj de la plaza.

—Me temo que hemos perdido el autobús —dijo John.

Capítulo 4

I

Se quedaron allí de pie, uno junto al otro en el borde de la acera, y pensaron en los designios de la Providencia.

No había más autobuses hasta una hora más tarde.

Era una noche preciosa.

Ninguno de los dos quería volver a casa.

—Entonces cenaremos aquí —dijo John.

Ann protestó, diciendo que no tenía ni pizca de hambre después de haber merendado tanto. De pronto se sintió consumida por la impaciencia al pensar que estaban perdiendo el tiempo, pero no era capaz de explicar qué quería decir exactamente con eso. En cualquier caso, ¿por qué perderlo cenando? Era ridículo que la gente no pudiera hablar sin comer.

—Bueno, no creo que podamos ver otra película —insistió John mientras miraba con interés al cielo.

Con todos esos kilómetros de colinas y costas tan bien dispuestas a ambos lados…

—Me estoy cansando de estar aquí de pie —observó Ann.

Esto pareció empujarlo a actuar y enseguida sugirió que cruzasen la calle. Así lo hicieron y, ya al otro lado, se encontraron frente a una pequeña y destartalada cafetería con cortinas de *chintz* y el escaparate lleno de pastelitos cubiertos de azúcar.

—Aquí mismo —decidió John, que abrió la puerta de un empujón con repentina determinación. Ann lo siguió y se dio cuenta, contrariada, de que debía de ser casi la hora de cerrar: todos los demás clientes estaban fumando sobre platos en los que solo había migas.

Se sentaron en una mesita de bambú ya provista de vajilla azul brillante y una bandeja de bollos de Bath.

—Con esto bastará —le aseguró John al tiempo que colgaba el sombrero. Pidió también té, pan y mantequilla. Ann lo miró algo asustada, estaba muy raro. Se preguntó si aquellas otras personas se darían cuenta… Le había dado la vuelta a su plato y examinaba el reverso con suma atención, ahora inclinándolo hacia un lado para captar el reflejo de la luz, ahora pasando un dedo por la brillante superficie. Solo le veía el pelo, castaño y levantado sobre la frente a un lado de la magnífica raya. Se lo imaginó muy denso y mullido al tacto.

El otro soltó el plato con cierto estrépito y alzó la vista.

—Ann, ¿crees que…?

La camarera les plantó la tetera en la mesa con una vehemencia destinada a indicar que cerraban dentro de un cuarto de hora. John la miró sorprendido.

—Creía que habías dicho que no querías té —comentó mientras observaba a Ann servirse con cuidado, como si estuviera aprendiendo—. Es increíble la cantidad que beben algunas personas. Mi madre lo toma cinco veces al día.

—¿Ah, sí?

—Sí. Antes de levantarse, con el desayuno, a las once, después de comer, con la merienda y después de cenar. Eso son seis, ¿no? ¿He dicho cinco o seis? —Intentó recordarlo, pero desechó la cuestión por considerarla de poca importancia—. Quería decir seis, en cualquier caso. Muchísimo, ¿no?

Ann estuvo de acuerdo con él.

—Y tampoco creo que sea muy bueno para ti —siguió el joven, implacable—. Te mancha las tripas o algo así.

Luego se sumió en la muda contemplación de este hecho tan deprimente y Ann lo dejó. Desde donde estaba sentada veía un enorme reloj sobre la caja: ya llevaban allí diez minutos. Sabía que se estaba comportando de una forma absurda: qué era lo que esperaba con tanta impaciencia no sabría decirlo, pero impaciente estaba, agitada, nerviosa, y la manecilla del reloj avanzó otro minuto.

—Hay gente —señaló John— que adivina el futuro con los posos… Cosas así. Yo nunca he creído en eso. Steve es un buen tipo, ¿no te parece?

—Encantador —afirmó Ann animosa.

—Y quiere muchísimo a Peggy. Hace tiempo pensaba que nunca me

casaría. —Ann asintió con gesto comprensivo—. Era muy joven, por supuesto. Pero no cabe la menor duda —concluyó decepcionado— de que mucha gente lo acaba estropeando.

Después se quedaron un rato en silencio. Quince minutos…

—No tardarán en echarnos —dijo Ann.

—¿Ah, sí? —John miró a su alrededor como si viera el lugar por primera vez—. Bueno, tampoco es un cuchitril, ¿no? —Había un leve tono de reproche en su voz—. Supongo que tú conocerás todos los sitios elegantes de la ciudad.

Mostró signos de verdadero interés y Ann se apresuró a asegurarle que preferían cenar en casa.

—A menudo me pregunto cómo sería vivir allí de forma permanente. Angustioso, diría yo. Ann, te quiero.

—¿De verdad, John? —repuso ella feliz, como una idiota—. Empezaba a temer que no.

El otro hizo caso omiso de su interrupción.

—No soy listo, no lo que tú consideras inteligente, ni nada fuera de lo común. No sé mucho de arte, ni de música, ni de literatura, pero, si te acuerdas, me gustaban aquellos dos cuadros de la tía Cecilia, los que tanto te entusiasmaron. Soy bastante bueno en mi trabajo, pero eso es todo. Con un poco de suerte, puede que acabe de gerente aquí en Worthing. Nunca ganaré más de unas mil libras al año. Pero nunca he querido a nadie más que a ti. —Hizo una pausa y se sonrojó un poco—. En realidad, una vez me encariñé bastante de una chica en Worthing, pero no fue nada serio. Nunca la besé ni nada parecido. Fue el año que estuviste en Francia. Te fuiste el cinco de abril y volviste el diecisiete de septiembre.

Ann asintió, conmovida hasta el alma por aquella devoción tan precisa.

—Sí, me alojaba en París con los Dulac. Recuerdo que le envié una postal a Peggy.

—«Las calles están llenas de lilas púrpuras y sombrereras a rayas. Anoche fuimos al teatro, los ineludibles Guitrys. ¡Pero qué elocución tan perfecta!». —Sacó su libreta y comprobó la cita—. Peggy creyó que la había perdido y se enfadó muchísimo. —Miró la postal con reverencia y luego sonrió—. Es una de tus tácticas, ¿verdad? —añadió entonces, dando un par de golpecitos a la colorida imagen de la Torre Eiffel.

Ann parecía desconcertada.

—Una de las tácticas de tu familia. De vez en cuando haces algo

deliberadamente vulgar, pero entre comillas, por decirlo así, solo para ver qué se siente. Me costó muchísimo tiempo entenderlo, pero una vez que le cogí el truco, no me cansaba de verlo.

Ann lo escuchaba muda de asombro. Que los desapegados observadores de Whitenights fueran ellos mismos objeto de desapegada observación era una idea tan nueva que resultaba casi incomprensible. Y que fuera John, precisamente; ¡John, con quien Dick apenas soportaba hablar cinco minutos seguidos porque nunca entendía lo que le decías! Estaba casi más impresionada por esta insospechada inteligencia que por su devoción sin igual. Y, sin embargo, la postal…

—Fue entonces cuando te trajiste todos esos cuadros de árboles —continuó el joven—. Los tienes en tu habitación, ¿verdad? He deseado verlos muchas veces. También trajiste unos vestidos preciosos, Ann; uno muy bonito de una tela amarilla muy fina, con un ceñidor, que llevas siglos sin ponerte. ¿Lo ves?, te conozco bien. ¿Sabes que, cuando te enfadas por algo, arrugas la nariz igual que un gatito que tuvimos hace tiempo? Lo atropellaron. Ann, encontrarás a muchos hombres más listos que yo, ¡pero nunca encontrarás a nadie que te quiera ni la mitad! —Pareció darse cuenta, de pronto, de que estaban separados por una mesa y se agarró a ella con tanta fuerza que por un momento pareció que iba a levantarla y a apartarla de su camino, pero solo preguntó, enfadado—: ¿Por qué demonios hemos venido a este sitio tan espantoso?

Miró a su alrededor con cierto fastidio y captó la atención de la camarera, que deambulaba por el local. Esta ya tenía preparada su cuenta y empezó a recoger de inmediato.

—Supongo que tenemos que irnos —se quejó John al universo en general.

—Bueno, cerramos a y media, señor. —Los tres miraron el reloj, que marcaba en ese momento menos veinte—. Le cobro, si le parece bien.

John le dio a la muchacha un billete de una libra y así pudo pedirle a Ann que se casara con él mientras la otra iba a buscar el cambio.

—¿Quieres, Ann? —Los nudillos, de agarrarse a la silla, se le veían blancos bajo la piel bronceada… Así que las novelas sentimentales tenían razón, después de todo—. ¿Quieres, mi querida Ann?

Así era, entonces, como te sentías cuando estabas enamorada de verdad: aturdida y agradecida, y no importaba nadie más en el mundo, ni siquiera Elizabeth; tan ahogada de felicidad que solo podías asentir con la cabeza…

—Siete con seis, ocho, diez —contó la camarera—, y diez hacen veinte.

II

Se quedaron allí de pie, uno junto al otro en el borde de la acera, y pensaron en los designios de la Providencia. Una deliciosa llovizna empezaba a manchar los bonitos adoquines.

—¿Crees que podríamos vivir con seis libras a la semana? —dijo John.

—Depende de dónde —replicó Ann con conocimiento.

—Preferiría que nos quedáramos cerca de donde vivimos ahora e ir y venir a trabajar todos los días, pero eso supone un gasto, claro. ¿Por qué te hace eso el pelo en las puntas? — Alargó la mano, recatado, y le rozó con un dedo el mechón castaño que le caía sobre la oreja izquierda—. ¿Te acuerdas de las trenzas que llevabas de pequeña? ¿Y de las fiestas de cumpleaños con esas tartas de flores? Rellenas de rododendros.

—¡Ay, John! —exclamó ella con un súbito arrebato—, ¡si supieras cómo las odiaba! Yo quería manzanas, de esas calientes y jugosas, con clavo, pero a nadie se le ocurrió nunca. Quiero las cosas de verdad, las de todos los días, y cada una en su sitio: las flores en el jardín y, en la tarta, manzanas. Soy vulgar, John, y prefiero serlo: no puedo estar a la altura de nada más. No te importa, ¿verdad?

Había muy poca gente en la calle, debido a la lluvia.

—Ann —le dijo él enseguida—, ¿podrías ponerte el vestido amarillo para la boda?

III

El gran Talbot de la señorita Finn llegó patinando por la carretera y se detuvo junto a ellos. Al tercer bocinazo, John miró a su alrededor.

—Hola, tía —la saludó muy alegre.

La señorita Finn los observó sin disimular su asombro.

—¿Qué estáis haciendo aquí, par de majaderos?

Le dijeron que pensaban ir a dar un paseo.

—Lo que hay que oír —sentenció rotunda la mujer—. Entrad ahora mismo.

—Tía Cecilia, ¿crees que dos personas podrían vivir con seis libras a la

semana?

—Que entréis ya, te digo. ¿Quieres que Ann se muera de una pulmonía antes de que os dé tiempo a intentarlo? —La señorita Finn se echó hacia atrás y abrió la puerta—. Hay un montón de mantas ahí y yo no voy a quitar los ojos de la carretera.

De modo que John y Ann se encontraron por segunda vez solos en el asiento trasero del gran coche amarillo y la señorita Finn, caritativa, los llevó a casa desviándose por Horsham.

Capítulo 5

I

—¡Pero sigo sin imaginarme qué pudisteis hacer durante tantas horas! —exclamó Elizabeth—. ¿De qué hablasteis?

Acababan de desayunar y el comedor tenía un aire como azulado por el humo del cigarrillo de la señorita Oleson. La joven ponía una nota exótica incluso a la mañana del domingo.

—Del Imperio británico —dijo Ann remilgada— y de cuál es la forma más noble de vivir. Lo hice muy bien.

—Me gusta bastante el Imperio británico —observó Dick—. Me recuerda a un enorme tapiz de lana berlinesa con el monograma real de la reina Victoria bordado en una esquina. —Era una especie de concesión, pues los Laventie, aunque no se oponían de manera activa a las masas, tendían a desvincularse de sus actividades—. ¿Qué opina el joven Gayford?

—A él también le gusta, pero por otros motivos. Luego merendamos, muchísimo, hasta tomamos helado, y después fuimos a ver una película. No como las tuyas, Gilbert. De esas que se titulan *Luna de miel para tres* y en las que sale gente. Fue estupendo.

—¿Os cogisteis de la mano? —le preguntó con voz lánguida Miriam Oleson.

—Y muy fuerte —replicó Ann—. Tengo conciencia artística para estos asuntos.

Se levantó con aire despreocupado y se marchó. Justo a tiempo porque, mientras subía a su cuarto, no paró de hormiguearle la nariz, a punto como estaba de echarse a llorar, y la suave superficie de la cama fue como la respuesta a una plegaria. Incluso en lo más profundo de su angustia fue

capaz de recordar con aprecio aquel pasaje de Jane Austen en el que Lizzie tiene que sollozar en público porque las doncellas no le han arreglado la habitación…

Ann estuvo un buen rato abrumada por la tristeza, con el rostro acalorado hundido en la almohada y esas acuciantes lágrimas que tanto la habían afligido en la escalera secándose en su mismo origen. No se había sentido tan avergonzada de sí misma desde su más temprana niñez y ¿qué era ocultar una pieza de marfil rota comparado con esta última traición? «Y lo peor —pensó desesperada— es que volveré a hacerlo. Si empiezan a hablar de John, diré algo gracioso sobre su afición por Kipling». Era la atmósfera de Whitenights, tan cruel con su sencilla honestidad como con su corpulenta y sólida figura. Pensó en aquella vez, hacía un año más o menos, que fue a merendar con ellos y volcó la bandeja de los pasteles en el frío salón; en general no se movía con torpeza, simplemente ese lugar le resultaba hostil. Los Laventie llevaban mucho tiempo viviendo allí. La atmósfera de Whitenights… Y su propia y vergonzosa cobardía. Ese era el auténtico problema, porque era inútil negar que la perspectiva de anunciar su compromiso la oprimía con una especie de desesperación. Nunca lo entenderían; nunca harían el menor esfuerzo por entenderlo. Su inclinación por la evidente valía de John era en sí misma un insulto a los delicados refinamientos de su familia: no estar con ellos era estar contra ellos.

Siempre resulta doloroso cambiar de bando, sobre todo cuando te mueve la conciencia y no el interés. Este último es al menos algo comprensible para el mundo en general y la mayoría preferimos que nos consideren bellacos antes que tontos. Si John hubiera sido lo bastante rico como para sugerir un motivo más mercenario y razonable, todo habría sido más fácil; pero admitir que iba a casarse con un hombre porque era cariñoso y sincero y porque guardaba una postal en su libreta… Nunca lo entenderían. Pensar en la postal, sin embargo, la tranquilizó y la reconfortó. Al final todo saldría bien porque todo lo que John emprendía debía salir bien. Dejó que su mente se perdiera en aquel feliz trayecto en el coche de la señorita Finn y en la sorprendente longitud de las pestañas de John. Se preguntó cuánto tardaría él en salir de su insondable asombro. Ann hundió aún más la cabeza en la almohada y se concentró en la forma en que le crecía el pelo desde aquella magnífica raya. Del jardín, bajo su ventana, llegaban sonidos confusos, mezclados de un modo tan sutil que no pudo distinguir los pasos de Gilbert en el camino de los de Muggeridge

apisonando el jardín. De pronto, una gran hoja rayada de castaño entró revoloteando y aterrizó en la alfombra, pero Ann no se dio cuenta porque ya estaba profundamente dormida.

II

Cuando se despertó, la habitación estaba muy cálida y silenciosa y Ann se quedó tumbada un momento, preguntándose qué había pasado. Tenía hambre y miró la hora. Eran las dos y media: debían de haber almorzado sin ella. Se incorporó, con una leve sensación de pesar tiñendo el resto de sus complicadas emociones, y consideró la situación. John llegaría dentro de hora y media, a la hora del té; hasta entonces no podía hacer nada salvo esperar con toda la compostura que pudiera reunir. Como medida preliminar, se levantó de la cama —se sentía rara, como convaleciente— y se lavó la cara. Era una lástima que la cocinera fuera tan poco partidaria de las comidas a deshoras, pero tendría que desafiarla: una no podía quedarse sin comer, sobre todo en medio de una crisis como aquella… No había nadie abajo, Whitenights dormía la siesta.

—¿Eres tú, Ann?

Era la señora Laventie, que la llamaba en voz muy baja como para no molestar a nadie. Ann se detuvo y entró en la enorme habitación abarrotada donde yacía su madre. Un extremo de la mesa estaba dispuesto con un almuerzo frío a base de pollo y ensalada y un trozo de bizcocho de nueces.

—Suponía que querrías comer, cariño, así que le he pedido a Martha que te dejara el almuerzo aquí. ¿Necesitas algo más?

Ann estaba tan conmovida por el detalle que no supo qué decir: era como si el piano de cola hubiera tocado por iniciativa propia su parte favorita del *Londonderry Air.* Sonrió agradecida, por tanto, y se sentó en medio de un silencio algo embarazoso. La señora Laventie siguió con su labor y la lana iba formando un dibujo de bucles blancos sobre el azul martín pescador de su colcha. Era una de las preferidas de Ann, casi la que más le gustaba, con una magnífica tira de bordado chino sobre seda mate.

—Me acuerdo del día que te la regaló —le dijo, señalándola con la cabeza—. Papá te la trajo de Viena cuando yo tenía doce años, más o menos, y pensé que nunca podrías tener una más bonita, por muchas que acumulases.

—Bueno, sí que las ha habido, muchas —respondió su madre distraída.

—No sé yo. Antes me gustaba más la de piel de ardilla, pero ahora creo que vuelvo a inclinarme por esta. El pollo está muy bueno, mamá.

—Me alegro mucho, cariño. ¿Tienes bastante?

—De sobra, gracias.

Ann miró a su madre de reojo. Qué amable era al no hacer preguntas y tenerle preparado el almuerzo de esa forma. Por un instante, Ann sintió el impulso irrefrenable de contárselo todo (todo lo de John y lo maravilloso que era) y ponerla de su parte por adelantado. Sería una aliada, aunque no pudiera hacer mucha fuerza. Además, se moría de ganas por contarle a alguien lo de la casa de campo que iban a alquilar en algún lugar entre Wetherington y Worthing, y lo austeros que iban a ser y también varios detalles sobre la sutilidad y la fuerza de la inteligencia de John, una vez se sabía dónde buscarla. Pero se contuvo. Al fin y al cabo, no era justo meterla en ese jaleo, sobre todo cuando acababa de estar enferma. Ann se sintió a gusto con su madre.

III

Fue mala suerte para John que el señor Laventie hubiera considerado oportuno recibirlo en el salón. El joven había llegado seguro, con la templada confianza de los muy precavidos, pero los *Pregones de Londres* ya empezaban a afectarle. Para colmo de males, su anfitrión tenía la idea de que aquella visita era puramente social y hablaba con educación sobre los grabados. Una y otra vez John intentaba pasar al ataque y una y otra vez el señor Laventie lo frustraba con el claroscuro de Whistler, hasta que al final se vio obligado a interrumpirlo sin más.

—Lo que he venido a decirle, señor, es que quiero casarme con Ann.

Había que reconocer el mérito del señor Laventie al no perder la cabeza, pero sin duda el golpe se le hizo más suave por el simple hecho de que no daba crédito a lo que oía. John repitió la misma frase en un tono ligeramente más alto.

—¿Que quiere casarse con Ann? —preguntó el otro como un eco. Miró al joven que estaba allí de pie, tan corpulento y tímido, y por un segundo le dio pena—. Bueno, ¿y qué quiere que haga yo al respecto?

—Darnos su consentimiento, señor —dijo John con arrojo.

El señor Laventie sonrió.

—Encantador. Casi me hace consciente de mi edad, pero verá, en realidad creo que Ann manejaría esta situación mucho mejor de lo que yo puedo aspirar a conseguir. Nosotros los hombres, Gayford, sobresalimos en el generoso arte de dar, pero se necesita el delicado toque de una mujer para aliviar el escozor de una negativa.

Su futuro yerno parecía un poco desconcertado, pero tuvo la prudencia de no hacer ningún comentario: le pareció justo dejar que el viejo se expresara. El señor Laventie, por su parte, una vez hubo asimilado lo absurdo de la idea, consideró la situación divertidísima. Se le daba muy bien la comedia costumbrista y tan solo lamentó la ausencia de espectadores dignos. Sin embargo…

—Le aseguro que no pretendo parecer descortés —prosiguió—, pero dígame… ¿Qué puede ofrecerle?

—No mucho —admitió John.

—¿Puede siquiera mantenerla de la forma a la que está acostumbrada? —El señor Laventie se lo estaba pasando en grande; aquel adverbio en medio de la perífrasis era todo un acierto—. ¿Puede proporcionarle compañía intelectual, un entorno artístico, una mínima seguridad? Entiendo que considerará mi punto de vista de un materialismo repugnante, pero los deberes de un padre, Gayford, son sagrados.

Dudó si atreverse a sonarse la nariz: incluso aquel joven bárbaro podría tener algún rudimentario sentido del estilo.

John se tomó muy en serio sus preguntas. Le parecieron muy naturales.

—De las dos primeras cuestiones no sé mucho, señor —repuso—, pero creo que sí puedo darle seguridad. Trabajo en un banco y no diría que exista ni la más remota posibilidad de perder mi empleo. Es casi imposible. De hecho, sé que mi director me tiene en gran estima. Por supuesto, sé que no soy digno de…

—Atarle los cordones de los zapatos —apuntó el señor Laventie.

—Exacto, señor. —El viejo le estaba ayudando bastante—. En realidad, no tengo nada que darle, ni inteligencia ni riquezas ni nada.

—En ese caso —concluyó el señor Laventie—, parece que estamos de acuerdo.

Se hizo un largo silencio. El hombre volvió a sentir aquel irrelevante ápice de lástima por ese ridículo joven.

—Pero Ann me ha aceptado —dijo John al fin. A eso debía ceñirse.

—¿Ann le ha…?

—Sí. Así que debe de apreciarme, a pesar de todo.

Seguía habiendo un deje de asombro en su orgullo.

El señor Laventie estuvo a punto de perder la noción de la comedia.

—¿Acaba de decir que mi hija Ann quiere casarse con usted? —Examinó al pretendiente con atención, imparcial—. Insisto en que no quiero parecer descortés, pero lo cierto…

—Lo sé, señor —convino John de buena gana. Se alegraba de encontrar a alguien en su misma situación.

—¿Está seguro de no haberla malinterpretado de algún modo? —sugirió el señor Laventie al fin—. Ann tiene una aversión casi enfermiza a herir los sentimientos de los demás. Lo más probable es que intentara rechazarlo con delicadeza.

Parecía una explicación muy razonable, pero John era testarudo.

—No, señor. No es la clase de asunto que uno dejaría en el aire, ¿no cree? Por favor, no piense que no entiendo sus dudas, porque no es así. A mí mismo me ha costado un tiempo creérmelo. Pero está todo perfectamente claro. Me declaré a Ann en Worthing, en una cafetería.

—¡En una cafetería! —repitió con cierta reverencia el señor Laventie.

—Y ella aceptó en la acera, junto a la puerta. Estaba lloviendo.

—¡Santo cielo!

John lo miró compadecido. Debía de ser terrible renunciar a Ann.

—Entonces —siguió el padre de la chica—, ¿debo entender que su visita es una mera formalidad?

—De ninguna manera, señor. Ni Ann ni yo nos atreveríamos a casarnos sin su consentimiento. Sé que debe de ser un golpe tremendo para usted, pero cuando se dé cuenta de cuánto nos amamos, verá…

—¡Cielo santo, joven! —exclamó el señor Laventie, levantándose con tanta prisa que estuvo a punto de volcar la silla—. ¿Por quién me toma? ¿Por un imbécil? Me parece usted totalmente inadecuado y creo que mi hija debe de sufrir lo que esperemos que sea un delirio temporal. Es la primera vez que tengo la oportunidad de ejercer una autoridad real, ¿y espera que la desperdicie? ¡Maldita sea, joven, impugno las amonestaciones!

Y el hombre se marchó airado de la habitación, dejando a John a solas con lord Leighton.

Capítulo 6

I

Al recordar después los primeros días de su compromiso, John se inclinó por la opinión de que las cosas podrían haber ido mejor si no hubieran sido todos tan amables con él. El señor Laventie había hecho seguir al veto una invitación con carta blanca para que considerase Whitenights un segundo hogar e incluso Ann se vio obligada a admitir que su enamorado no superó la prueba con tanta gloria como habría sido deseable.

Todos eran amabilísimos con él. Elizabeth le hablaba de política, su padre se esforzaba por buscar temas que no revelasen de un modo demasiado cruel la completa ignorancia de su invitado sobre todo lo que se había dicho, escrito o pintado desde 1800. Tal vez fuera mala suerte que el busto-retrato que le hizo Dick saliese tan rústico, pero al menos la intención era buena. Las cosas también podrían haber sido más fáciles, pensó Ann, si Gilbert y Miriam hubieran regresado a Londres, pero Gilbert estaba esbozando otra película y, al parecer, Miriam se quedó para oírlo hablar de ella. Era la amiga de su hermano, con mucho, la más difícil de los dos; su interés apenas asombrado por los procesos mentales de John lo agobiaba más incluso que las fases de la escuela de Cézanne. Lo tenía todo en contra y debía concentrar todas sus facultades en la necesidad básica de mantenerse firme.

Esto último, no obstante, John lo consiguió gracias a una tenacidad que acabó por suscitar, si no la admiración universal, al menos sí el asombro universal, y los habitantes de Whitenights, que habían empezado tomándose el compromiso de Ann como una broma de dudoso buen gusto,

se vieron obligados por su constante presencia a adoptar un punto de vista más serio.

—Es increíble —dijo adusto el señor Laventie un domingo por la noche, después de que John hubiera almorzado, merendado y cenado en su intimidante compañía.

—Empiezo a verle el atractivo —repuso Miriam Oleson—. Sería fascinante comprobar cuánto tiempo puede aguantar… Es muy posible que para siempre. Creo de veras que Ann ha descubierto el último corazón leal de Europa.

Ann sonrió con amabilidad. Acababa de volver de despedir a John, por lo que se sentía capaz de casi todo, pero empezaba a estar muy cansada. Bastante al principio de la campaña había escrito una nota urgente a Delia Burns, rogándole que fuera a apoyarla, pero la única respuesta por su parte había sido una postal coloreada de Versalles enviada desde Madrid donde le aseguraba que todo saldría bien y que la Alhambra era muy bonita.

—Detesto la constancia —observó Dick—, ni siquiera es un vicio.

—Yo no me preocuparía —comentó la señorita Oleson—. No es algo con lo que vayas a tener problemas.

Siempre estaban discutiendo, aquellos dos, tras la apariencia de una broma continua. Últimamente, sin embargo, Dick se tomaba menos molestias.

—A mí me parece un joven muy simpático —dijo la señora Laventie con suavidad.

—Mucho —convino Elizabeth.

Gilbert estuvo de acuerdo con ella. (En su posición, por supuesto, tenía que ser un poco más indulgente que los demás.) Todos estuvieron de acuerdo con ella. John era un joven muy simpático.

II

Ese era un método. El otro era más directo.

—Pero Ann —le dijo Elizabeth—, ¿has pensado en lo que será vivir con John, no el año que viene, ni el siguiente, sino cuando los dos tengáis cuarenta? No tendréis absolutamente ningún interés en común.

—Bueno, podríamos tener hijos.

Elizabeth no había pensado en eso, pero reaccionó enseguida.

—¿Con quinientas libras al año? ¡Ann, cariño!

—Bueno, poco a poco —se impacientó Ann. El hecho de que su hermana estuviera mucho más preocupada de verdad que cualquiera de los demás hacía que fuese mucho más difícil ignorarla, y solo ignorándolos podía Ann conservar algo parecido a su acostumbrada serenidad. La situación de los enamorados era ciertamente peculiar y difícil. Debido a la terquedad tanto de John como del señor Laventie, no estaban comprometidos de manera oficial y el doctor y la señora Gayford hacían lo que podían en unas circunstancias tan incómodas, fingiendo no saber nada del asunto y tratando a Ann con un afecto tranquilizador, como si estuviera un poco pachucha. Las dos casas se habrían alterado al saber cuánto interés despertaba en el pueblo el hecho de que el señor Laventie no considerara al señorito John lo bastante bueno para la señorita Ann.

III

La marcha de Dick una semana más tarde no contribuyó demasiado a distender el ambiente, pues había tenido un papel menor en las hostilidades. Además, la señorita Oleson no lo acompañó. Parecía encantada de poder quedarse allí de manera indefinida fumando sus cigarrillos rusos y escuchando los guiones de Croy, y Whitenights asimiló su exótica presencia con su gracia habitual. Ann pensó que nunca había visto a nadie no hacer nada con tanta elegancia, ni a nadie cuya personalidad residiera de un modo tan exclusivo en la cualidad pasiva del reposo. Era como tener un gato nuevo en casa.

Todos eran conscientes de su presencia en mayor o menor medida. El señor Laventie no le prestaba más atención de la que exige la cortesía de un anfitrión, pero su charla adquiría un brillo añadido si ella estaba escuchando; la señora Laventie se parapetó más que nunca tras su dulzura impersonal y Croy empezó a trabajar en una nueva obra maestra titulada *Lacado gris*. Solo Elizabeth siguió a lo suyo, orgullosa, sin verse alterada por este nuevo compás en la sinfonía de Whitenights.

Pocos días después de que se fuera Dick, Ann contestó al teléfono y se sorprendió un poco al oír la débil voz de su hermano. La distancia parecía haberla despojado de cuerpo, como si solo le llegara su esencia; una voz enrarecida y cansada.

Parecía alegrarse de que hubiera contestado ella y le dijo que se había dejado un libro, un libro importantísimo, en algún rincón del taller. Podía estar bajo la cortina azul que había llevado de la ciudad, o sobre la mesa, o incluso en la librería. Tenía la cubierta naranja, pero no se acordaba del título… algo en italiano. ¿Podría buscarlo y enviárselo de inmediato? De verdad, era un libro importantísimo…

—Ah, por cierto —añadió aquella voz—, he cambiado de dirección. Ahora es el número cinco de Cheyne Court. Es el piso de Cecily June. Estoy viviendo con ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. El contrato de alquiler de mi estudio venció… Es bastante atractiva. ¿Puedes enviármelo en el correo de mediodía? Sería perfecto. Adiós.

A cien kilómetros de distancia, Dick Laventie colgó el auricular y pensó con detenimiento en su estudio de aquella planta baja. Al final todo se reducía a lo mismo, se dijo. El alquiler.

Ann se dirigió bastante seria a la habitación de su hermano. El nombre de su nueva amante le resultaba familiar y enseguida lo relacionó con un cuello esbelto y lánguido y un perfil irónico… ¿O esa era Isabel Montrose? También se preguntó si esperaría que transmitiera esa información a los demás, en especial a la señorita Oleson, y sobre todo por qué razón exactamente lo habría hecho. Tal vez estaba enamorado de ella hasta los huesos y lo del estudio no era más que una excusa. Eso esperaba. Pero lo otro parecía muy propio de Dick y de su calmosa aceptación y adaptación a las circunstancias materiales. Era de un pragmatismo sorprendente, si te parabas a pensarlo, una buena aptitud para vivir en el campo. El grosero, desvergonzado y atractivo Dick.

Siempre era difícil encontrar cualquier cosa en el taller, pero más aún después de que Dick hubiera hecho las maletas. Ann buscó primero en la librería, pero sin éxito; lo único que había en italiano era un Petrarca con una encuadernación bastante extraña, blanca y bermellón. En el armario había un batiburrillo de cosas amontonadas y de muchos colores, pero la tela de seda azul en cuestión no se veía por ningún sitio. Ann hurgó un poco sin demasiada esperanza, pensando que era muy probable que Dick ni siquiera se hubiese dejado el libro allí, y así dio con una pequeña placa de yeso que mostraba la cabeza de una mujer de perfil.

Ann la sacó y la acercó a la luz. Aquella silueta dibujada con precisión

no tenía nada de plano ni de ingenioso; de hecho, casi parecía como si su hermano, por una vez en la vida, hubiera intentado captar el parecido de la modelo en su retrato.

Sin mucho éxito, no obstante, porque Ann tuvo que examinarlo con mucha atención antes de reconocer la raya baja del peinado de Delia Burns.

Capítulo 7

I

John se sentó a cenar con los Laventie y escuchó a la señorita Oleson hablar sobre el amor. Decía que era muy conmovedor. Le daban ganas de retorcerle el cuello.

Llevaba tres semanas ejercitándose para soportar este tipo de cosas, pero no se hacía más fácil; de hecho, todo iba poco a poco de mal en peor. Al principio aceptó la actitud del señor Laventie como la reacción momentánea, aunque muy natural, de un padre afectuoso ante la idea de separarse de su hija y tenía pocas dudas de que, cuando lo conocieran mejor y vieran lo que sentía Ann por él, todo obstáculo desaparecería. Y es que John (salvo en su relación con Ann) no tenía un carácter humilde por naturaleza y la idea de que pudieran considerarlo inaceptable por sí mismo no se le ocurrió de inmediato. Sabía, por supuesto, que la primera lápida de los Laventie en el cementerio de Wetherington databa de 1571, pero los Gayford cultivaban sus propias tierras desde mucho antes. John se enorgullecía con decoro de ello y se llevaba muy bien con sus primos criadores de cerdos de los alrededores de Bamber. Esta gente, sin embargo, parecía en verdad indiferente a tales cuestiones y, por lo visto, no les habría importado de qué alcantarilla viniese mientras escribiera versos libres, de modo que, en una ocasión, después de leer con mucho esfuerzo un fino volumen perteneciente a Gilbert Croy, tuvo la inmensa tentación de ceder a la presión general y hacerlo. Era obvio que no escapaba a sus posibilidades. No obstante, eso habría sido una debilidad y la delicada burla (porque así lo vivía él) de aquellos estirados estaba exacerbando su terquedad innata hasta la obstinación. Su determinación de casarse con Ann solo se veía igualada

por su determinación de hacerlo con el consentimiento de su padre; se había convertido en un asunto que no solo lo comprometía a él, sino también al doctor Gayford, a sus primos criadores de cerdos y a todos sus antepasados.

—Pero la experiencia emocional es vida —estaba diciendo la señorita Oleson.

Qué resistencia tan condenadamente escurridiza. Podía estar pasándoselo a las mil maravillas, hablando de caballos o de las salomas de los marineros o de algo que le interesase de verdad, y de pronto lo invadía la inquietante certeza, como una corriente de agua fría en la bañera, de que alguno de ellos acababa de sonreírse mirando a otro… Y te dabas cuenta de que el grifo había estado siempre abierto. Muy a menudo, cuando Ann estaba delante. Ahora era consciente de lo que estaban haciendo: mientras fingían ser amables, lo hacían parecer tan tonto que ella querría dejarlo. Bajo la superficie de su obstinado resentimiento se escondía una sensación de dolorosa sorpresa ante aquel doble juego. No estaban siendo honestos con él, no le permitían casarse con Ann y, cuando les preguntaba por qué, sonreían con desprecio y decían: «Qué pregunta…». No era justo. Su niño interior se rebelaba contra aquello como contra una inmensa e incomprensible injusticia de los adultos. Y además estaban entristeciendo a su ángel, Ann, aunque ella fingía tomárselo todo a broma. No querían dar la cara y enfrentarse a él. El señor Laventie parecía dar por zanjado el tema y evitaba cualquier desavenencia con la vaga suposición de que John pensaba lo mismo que él. Además, estaba enfadadísimo porque en el fondo tenía un poco de miedo: podían acabar socavando su autoconfianza y haciéndole perder los nervios. Es cierto que no lo consideraba probable, pero afrontaba con sana desconfianza todo lo que no comprendía. No estaban jugando limpio, pero si ganaban… Una repentina y asfixiante oleada de angustia se apoderó de él y no pudo seguir comiendo; el magnífico suflé de la señora Lee le sabía a cuero. Sin saber apenas lo que hacía, se echó hacia atrás con la silla, se levantó y se acercó a la ventana. Desde la mesa, a su espalda, le llegaron murmullos indistintos de sorpresa y preocupación; no era para menos, pataleaba como un actor. Apoyó la cabeza en el frío cristal: no le importaba lo que pensaran de él. Ni siquiera la mejilla de Ann en su hombro era de mucha ayuda; no debía rodearla con el brazo, eso no se hacía.

—Richard —dijo la señora Laventie con claridad—, deberías

avergonzarte de ti mismo.

II

Hubo un breve silencio nacido de la sorpresa. Luego a Miriam Oleson se le escapó una risita tonta…

—Cállese —le ordenó la señora Laventie.

Tenía la espalda muy recta y las manos ligeramente apretadas sobre la colcha naranja y miraba a su familia con franca animadversión.

—Esta tontería tiene que acabar —les dijo—. No voy a tolerarlo más. No voy a tolerar que hagáis desgraciada a Ann solo por satisfacer vuestra estúpida presunción. Os estáis comportando de la forma más cruel: intentáis que se avergüence de su amor. Yo misma he pasado por eso, bien lo sabe Dios, pero no permitiré que se empañe ni que se arrastre por el barro la felicidad de Ann para proporcionaros nuevas sensaciones. Soy muy consciente de que me estoy repitiendo y creo que consideráis eso un poco más grave que la falsedad y bastante peor que el adulterio, pero hay que repetirse las cosas para asimilar algo más que el estilo. John, abrázala si quieres.

»Llevo veinte años oyéndote hablar, Richard, y si me he mordido la lengua es porque en general me parecía más amable dejarte seguir con tus ilusiones. Pero si empiezas a entrometerte en algo real, ya es distinto. Eso no da igual. A nadie le importa lo que digas de la reina Victoria y puede que Dios, en su inmensa misericordia, disculpe tu infantilismo, pero a Ann y a John puedes hacerles daño y no lo permitiré. No impedirás que se casen, hasta el más necio se daría cuenta: mira la mandíbula de ese hombre, Richard. Pero puedes hacerlos infelices y conseguir que desconfíen el uno del otro y te estás empleando a fondo. ¿Sabes lo que te da ese poder sobre ellos? No es tu inteligencia, sino tu mezquindad. ¿De verdad creéis que a John le importa un bledo lo que penséis de él? Por supuesto que no. Pero no hará infeliz a Ann alejándola de su familia ni insultará a la suya suscribiendo la opinión de mi marido sobre ellos. Eso es lo que significa que quiera el consentimiento de Richard y solo por el hecho de que ha tenido la decencia y el orgullo de insistir en ello podéis atormentarlo así. ¿Qué tenéis contra él? Que no es como vosotros, nada más. Sois como los cuervos encapuchados de *Los niños del agua,* un libro que supongo que no habréis

leído. Lástima, porque Charles Kingsley era un buen hombre aunque no tengo ni idea de cuál era su lenguaje artístico. Pero ¿quiénes sois vosotros, después de todo —preguntó la señora Laventie, observándolos fríamente— para decir cómo hay que vivir la vida?

Los escudriñó, uno por uno, y los vio expectantes.

—Nuestros invitados —continuó entonces— hablan de la atmósfera de Whitenights, de la perfección de Whitenights, como si se tratara de un aroma desprendido solo del intelecto y no existieran cosas como lavar las sábanas. La perfección de una casa de estas dimensiones, os lo aseguro, es en gran medida una cuestión de organización de las coladas: su fragancia se debe al popurrí de flores secas, no a los epigramas. ¿Qué aportáis vosotros? Sois bastante elegantes, lo admito, salvo por el detalle de que la señorita Oleson usa la barra de carmín como una criada, pero eso es más mérito de vuestras madres que otra cosa. Mi marido tiene buen gusto para los muebles. Gasta bien el dinero. Es bastante ingenioso. Esas son sus mejores cualidades. No sería muy adecuado, ¿no, Richard?, que hablara del resto delante de los chicos. El señor Croy, según tengo entendido, aspira a escribir historias para el cine. La señorita Oleson… —Pero dejó esa frase en el aire con gesto de disgusto—. Elizabeth es la mejor, pero está tan alejada de la vida que no se atreve a meterse en ella. Y sois vosotros los que os atrevéis a decirle a Ann que no debe casarse con John porque él no podría entenderla. Yo diría que Ann es una de las personas más fáciles de entender del mundo. Lo único que quiere es un buen hogar, hijos y un marido que la quiera. ¿Cuál es el problema?

—Pero la vida es más que eso —empezó a argumentar Gilbert con vehemencia.

—Muy poco más, para una mujer. Continúe, joven.

—Existe, por ejemplo, la libertad intelectual. La vida es tan diversa, tiene tantas facetas que…

—Todo lo contrario —lo cortó la señora Laventie—, es de lo más sencillo. Eso es lo que las personas inteligentes como usted nunca entenderán. Hablan de la vida como si fuera algo raro y sorprendente con lo que hay que tener mucho cuidado. No es nada de eso. Es ordinaria. Y solo cuando la aceptas como tal empiezas a ver sus maravillas. Que una golondrina o un campo verde sean hermosos no es nada, pero que sean tan corrientes como el polvo es un milagro. Yo no dejo de sorprenderme de la belleza corriente de las cosas. Pero, para usted, la vida no es así. Por lo que

deduzco, solo admite su existencia, por ejemplo, en ciertos ámbitos. Hay vida en Chelsea, o aquí en Whitenights, pero no en Brixton ni en Worthing. Lo que hay allí es una especie de forma inferior de subsistencia. Y resulta que la vida también implica eso: hay que pagarse las habichuelas. Hay que hacer algo para ganarse el sustento.

—Pero el artista… —comenzó Croy de nuevo.

—Ya sé lo que va a decir. Va a decir que el mundo está en deuda con ellos y debe mantenerlos, o bien que tienen el mundo a sus pies. Estoy de acuerdo. Sí, yo misma alojaría y compartiría mi comida con Keats o con Jane Austen con el mayor de los placeres. Pero habla como si el artista se ganara ese derecho solo por existir; ¿no sabe que tiene que trabajar? Igual que todo el mundo. Si Shakespeare se hubiera pasado la vida vagando por las tabernas y analizando su técnica, ¿cree que hoy en día se celebraría el festival de Stratford?

—*Il faut cultiver notre jardin*[2] —citó el señor Laventie con admiración.

Podría pensarse que el señor Croy ya había tenido suficiente, pero al parecer no fue así.

—Entonces —insistió—, ¿no cree que existan los artistas de la vida?

—No —repuso la señora Laventie—. Siempre me ha parecido la más vacía de todas sus frases vacías. Por lo que llego a entender, no significa más que el hecho de que un hombre o una mujer sean lo bastante sensatos como para no echar a perder una buena cena hartándose antes de bombones. Hablan todos como si fueran más grandes que la propia vida, ¡como si estuvieran por encima o fuera de ella! ¿No se da cuenta de que forma parte de usted, de que está ligado a ella desde el vientre de su madre?

Las enjutas mejillas de la señora Laventie empezaban a adquirir una tonalidad rosada muy intensa y se la oía respirar con fuerza entre frase y frase. Los demás seguían sentados, muy quietos y atentos, como personajes bien colocados de una comedia moderna… Salvo que Elizabeth estaba medio oculta detrás de Gilbert Croy. Miró a su madre por debajo de sus finas cejas arqueadas y se preguntó cuánto habría adivinado sobre sus sentimientos por Gilbert. Frente a ella, Miriam Oleson jugueteaba con su copa de vino, girando con delicadeza el tallo entre sus dedos nudosos y afilados. Había oído más bien poco después de aquella desdeñosa referencia a su barra de carmín, ya que estaba ocupada intentando mirarse con disimulo en el espejo que había sobre la mesa de servicio, pero era uno de esos trastos redondos e inútiles que te hacían parecer diminuta. De todos

modos, una vez la habían considerado «la mujer mejor maquillada» de París. ¿Por qué Gilbert no decía nada, en vez de quedarse allí boquiabierto como un pez? En la cabecera de la mesa, el señor Laventie permanecía inexpresivo, salvo por algún que otro crispamiento de sus labios finos e irónicos, con un brazo extendido sobre el respaldo de su silla: una pose que pretendía dar a entender que podría destruir con una sola frase todo aquel disparatado constructo de filosofía casera, pero que se abstenía de hacerlo por deferencia a la invalidez de su esposa.

La voz de la señora Laventie, sin embargo, no era la de una inválida cuando los reprendía; nunca se la había oído en Whitenights tan clara y autoritaria. Junto a la ventana, John y Ann escuchaban con una creciente sensación de seguridad. Era como estar perdido y asustado y encontrarse de repente con un policía, pues tales eran las sencillas metáforas que acudían de manera natural a su mente. Esos, reflexionó John, eran los argumentos que él mismo debería haber utilizado; eran simples, contundentes y los conocía bien. Sintió una gran admiración por aquella mujer, que era capaz de enfrentarse a todos de esa manera… Quién lo habría dicho. Le pareció extraño no haber reparado nunca en ella.

Cuando la señora Laventie terminó de decir lo que pensaba, hubo un breve silencio mientras el público tomaba aliento. Entonces Richard (como tras dar tiempo a los aplausos) se levantó de su asiento y cruzó el escenario hasta donde el héroe y la heroína estaban ya preparados junto a la ventana y, mientras apoyaba la mano izquierda sobre el hombro derecho del joven, extendió la otra en un gesto de varonil disculpa. Sin rencor, aunque con cierta sorpresa, John la aceptó.

—Que Dios os bendiga, hijos míos.

III

En el rincón más alejado del resplandor de las velas, dos espectadores fantasmales se estiraban y asentían en señal de aprobación. Uno de ellos era la bisabuela Elizabeth; el otro llevaba la oscura levita de aquel anodino fideicomisario a quien se debía el magistral afianzamiento del capital de la señora Laventie.

2 «Es necesario cultivar nuestro jardín», cita de la novela *Cándido*, de Voltaire.

Epílogo

I

El invernadero en casa de John Gayford y familia estaba decorado con cinco docenas de lucecitas de colores, rojas y azules y malvas y amarillas, y había un premio para el niño que acertara el número correcto de cada color. Fue idea de John: le gustaba mucho inventarse juegos y concursos y Ann sospechaba, para sus adentros, que la fiesta ideal de su marido consistiría en filas de niños atiborrados de dulces resolviendo problemas matemáticos. También tenía una gran afición por los fuegos artificiales (así que era una suerte que el cumpleaños del pequeño John cayera en enero) y dejó a Ann a cargo de «La zapatilla por detrás» mientras él se iba a enredar con sus pulcras hileras de molinetes y bengalas. Ralph y Alan se habían ofrecido amablemente a ayudarlo, pero su cuñada insistió en que, si iban a la merienda, debían ir también a la fiesta y hacer el arco para jugar a «Naranjas y limones».

Ann estaba de pie en la puerta del salón y contemplaba el bullicio con ojos danzarines. Eso sí que era una celebración. Sabía que había diecisiete invitados, pero daban la impresión de ser cientos y cientos. Intentó distinguir a los niños entre la confusión general; a veces le resultaba un misterio cómo habían llegado a conocer a tantos. Uno o dos eran completos extraños, hijos de colegas del banco de John, pero al parecer no les costaba integrarse y chillaban atrevidos con el resto. La hija de Peggy llevaba por primera vez su nuevo vestido de fiesta; era una lástima que se pareciera tanto a su padre. Stephen era simpático, pero nadie lo consideraría un modelo de belleza infantil. En el centro de la habitación, el grueso de la fiesta jugaba a «La diligencia familiar» mientras una larga hilera de

chiquillos desorganizados corrían como locos dando vueltas a su alrededor y aferrándose unos a otros por la ropa. Puede que fuesen un tren porque, de vez en cuando (sin duda al entrar a una estación), emitían un berrido largo y penetrante, pero los pasajeros de la diligencia gritaban sin parar, tan fuerte que apenas se oía a la señora Laventie contar la historia. Ann estaba segura de que su madre no debería dejarlos apoyarse en ella de esa forma y trató de decírselo a Martha, que acababa de asomarse por la puerta de la cocina. Esta negó con la cabeza.

«Déjela —parecía decir—, puede que mañana estemos un poco fastidiadas, pero merece la pena».

—Y entonces la «rueda delantera» (chillidos frenéticos) se salió, el «caballo negro» (más chillidos frenéticos y gritos de «¡Prenda!») se escapó y la «diligencia familiar» (todo un tornado de chillidos) ¡se volcó y cayeron todos revueltos!

Ann se dio cuenta de que Ralph y Alan, que parecían muy aburridos mientras daban vueltas alrededor de las sillas, se habían embolsado sin embargo el «cochero» y el «eje trasero»; la niña de Peggy era el «látigo», uno de los jóvenes forasteros «un lugar resbaladizo» y allí, en el centro de todo, estaba sentado John, el niño del cumpleaños, con toda su alma, su mente y su cuerpo concentrados en ser el «cuerno del cartero».

Con gran dificultad, Ann se contuvo para no abalanzarse sobre el círculo y abrazarlo delante de todos: estaba adorable con sus nuevos pantaloncitos bombachos marrones y su nueva camisa tusor. Lo cierto es que nadie se imaginaría que se los habían hecho en casa, el cuello se ajustaba de maravilla. En ese momento, el pequeño John, aunque bastante perfecto, estaba tan cuadrado que parecía que hubiera que acostarlo en una caja de bloques de construcción; tal vez estirara un poco cuando creciese.

—Y el «cartero» —dijo emocionada su abuela— tocó con fuerza su «cuerno».

Sabía de sobra que el niño se estaba llevando más de lo que le correspondía, pero ¿acaso no era su cumpleaños? Ann se despidió de todos con un gesto y se escabulló de la habitación.

Solo le iba a dar tiempo a empolvarse la nariz antes de la merienda.

II

El enorme dormitorio casi había desaparecido bajo un manto de sombreros y abrigos diminutos; tocas femeninas, varoniles chaquetones y una capa de Caperucita Roja. Debajo del tocador había una fila bien ordenada de zapatos de calle, todos infantiles con sus graciosas puntas cuadradas. Algunos chiquillos, prudentes, se habían cambiado incluso de calcetines y el suelo estaba salpicado de conmovedores atadijos con las costuras por fuera. Ann contó también tres pañuelos limpios, aún doblados, entre las bolsas de zapatos, y se preguntó cómo se las estarían arreglando sus dueños.

Ya apenas había luz en el jardín, pero mientras se cepillaba el pelo, Ann pudo distinguir una figura más oscura inclinada sobre la mesa de caballetes. Era John, trasteando con sus fuegos artificiales. Tenía la cabeza inclinada, como absorto, sobre aquellos fascinantes objetos y, de vez en cuando, con la ayuda de una linterna, consultaba el programa mecanografiado. Ann se sorprendió al descubrir que lo que sentía por él era casi idéntico a lo que sentía por su hijo: ambos estaban tan guapos con sus trajes nuevos, angelitos, que tenía el corazón a punto de explotarle de amor y orgullo. Abrió la ventana y lo llamó.

—¡John, merendamos dentro de cinco minutos!

Él alzó la vista y sonrió.

—Cariño, he tenido una idea. Deberíamos poner un balde lleno de agua debajo de la mesa para ir metiendo los que se quemen, ya sabes cómo siguen echando humo luego. Y también será útil en caso de que algo salga ardiendo. ¿De dónde puedo cogerlo?

—Buscaré alguno después de merendar —le prometió Ann. Pobrecillo, sería cruel reírse de él—. Entra ya, John, que tienes que sentarte al otro lado de la mesa.

—Bueno, pero que nadie toque esto, ¿de acuerdo? Ya están todos en orden.

Echó un último vistazo a su obra, reacio a marcharse, y entró en la casa. Ann se entretuvo el tiempo suficiente para encontrarse con él en el rellano.

III

Abajo, Peggy estaba colocando a los invitados en torno a la gran mesa del comedor (con las dos hojas abiertas) y saludó a su cuñada con fingida desesperación.

—¡Ann! —exclamó—. ¿Cómo se te ocurre? Van a pasarse varios días malos.

—Ya lo sé —repuso esta—, es culpa de John, arréglalo con él. Creo que intenta compensar todo lo que no le dejaron comer de pequeño.

La infancia de su marido no debió de ser muy alegre, en ese caso, porque la merienda de cumpleaños del pequeño John incluía desde galletas de chocolate hasta pastas de mantequilla y helado de coco. Había rollos suizos, tan fascinantes de desenrollar, y galletas de jengibre y enormes pirámides de merengues hinchados flanqueando de un modo muy sugestivo las macedonias de frutas. Un magnífico *trifle* con almendras por encima daba la bienvenida a los invitados con letras de angélica verde; las galletas de ratafía estaban en un plato aparte. Tampoco se olvidaron de las delicias más caseras como el paté de gambas y el bizcocho Dundee, ni del sólido valor de los bollos de Bath, e incluso había un plato de pan con mantequilla cerca de la bandeja del té.

Abundaban los regalos sorpresa, preciosos con adornos rojos y plateados, profusamente ornamentados con payasos y pantaloncitos y gatos juguetones, cuyas cajas ya destripadas formaban un imponente montón bajo el aparador. De la luz eléctrica colgaba una enorme bola de nieve escarchada desde cuya base se extendían numerosas cintas blancas hasta el borde del mantel y corría el rumor de que, cuando cada niño tirase de su cuerda, algo sucedería.

Pero la guinda de todo aquello era la tarta de cumpleaños, tan grande que las cinco velas apenas alcanzaban para rodearla, tan recargada de adornos que el nombre de John Giles Gayford casi se perdía entre rosas de azúcar y tan maciza que solo el cuchillo de trinchar podía hacer mella en la masa. El pequeño John tuvo que ponerse de rodillas en la silla y apretar con las dos manos antes de que el glaseado se resquebrajara siquiera y se alegró de dárselo a su padre después del primer trozo. Con tiempo, sin embargo, todos los invitados recibieron su porción y comieron a la salud de su anfitrión con un apetito asombroso. A algunos no les gustaba el mazapán y se lo cambiaron a los que sí querían por trozos de glaseado. A Ann, aquella alegre confusión se le acabó subiendo a la cabeza; era vagamente consciente de que Martha les había dado a Ralph y a Alan leche en lugar de té, de que a uno de los chiquillos tal vez tendrían que llevárselo pronto, pero no parecía importarle. Estaba ocupada observando el rostro ensimismado de su hijo, con un radiante mechón de pelo cayéndole sobre los ojos, mientras

examinaba sus crujientes capullos de rosa. Adorable, John en su cumpleaños, con manchas de miel rebozadas por toda la camisa tusor nueva…

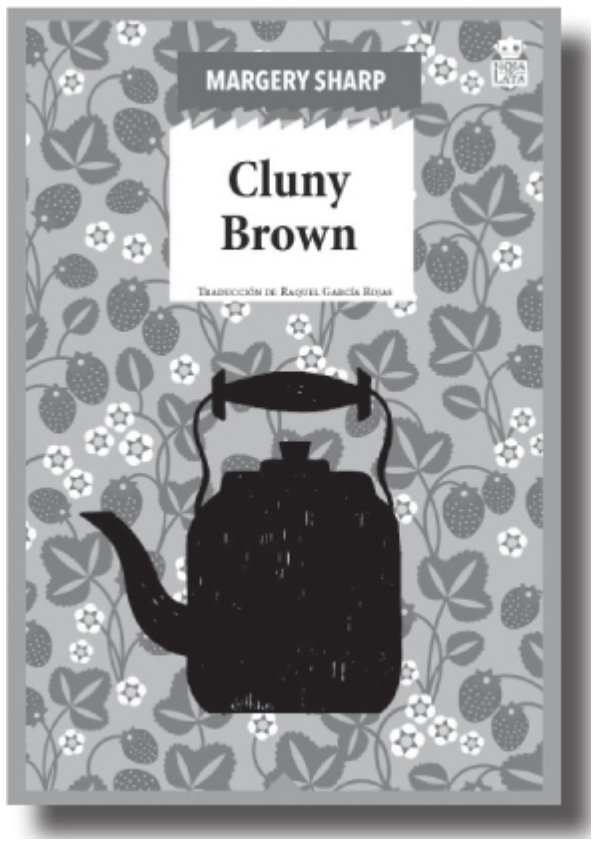
De pronto, el niño levantó la cabeza y Ann atisbó una mirada, una sombra fugaz en su expresión, que la hizo retroceder veinte años a un jardín verde y tranquilo.

Un jardín con niños, entre ellos una chiquilla con dos gruesas trenzas una sobre cada hombro. También había un niño delgaducho, con el pelo oscuro cayéndole sobre los ojos… ¿Qué significaba esa mirada del pequeño John y por qué le hacía revivirlo todo de una forma tan nítida, hasta el olor del verano y el azúcar espolvoreando la hierba?

¿Era, podría ser, decepción?

Terminóse
de imprimir esta edición
de *Una tarta de rododendros*
en los talleres de
Sgraf, Meicende, el 24 de marzo
del 2023, día en que el escapista
Houdini cumpliría 149 años y
quizá saldría de una tarta de
mandrágoras en el jardín
de los abochornados
Laventie.

Otros títulos de Margery Sharp en Hoja de Lata:



CLUNY BROWN

Traducción de Raquel García Rojas

ISBN 978-84-16537-81-5
280 páginas
PVP 21,90 €

Año 1938. Arnold Porritt, un próspero fontanero londinense, ya no sabe qué hacer con las extravagancias de su sobrina Cluny. Después de frecuentar

el Ritz como una gran señora y de dejarse seducir alegremente por un cliente, su tío decide mandarla como sirvienta a Friars Carmel, una encantadora mansión campestre donde la esperan, entre otros, lady Carmel, siempre metida entre sus flores, o el comedido Titus Wilson, boticario del pueblo y perfecto polo opuesto de Cluny. En ese apacible rincón de Inglaterra, el mundo se abre maravillosamente para Cluny Brown, más decidida que nunca a seguir haciendo lo que el mundo no espera de ella.

> «El contraste entre la joven sirvienta a la fuerza y el copetudo mundo de sus patrones es explotado de forma magistral por Sharp, en una serie de viñetas que nunca se convierten en caricaturas.»
>
> **Martín Betancor, *La Diaria***

EL ARBOL DE LA NUEZ MOSCADA

Traducción de Raquel García Rojas

ISBN 978-84-18918-08-7
272 páginas
PVP 19,90 €

Tras la muerte de su joven marido en la Gran Guerra, Julia Packett decidió dejar a su hija Susan con su aristocrática suegra e irse a Londres a perseguir su sueño de ser actriz. Ahora, a sus 37 años y sin blanca, recibe una carta en la que Susan le anuncia sus planes de boda. Con un renovado espíritu

maternal, Julia agarra sus escasos bártulos y viaja a Les Sapins, la preciosa villa alpina donde veranean la abuela Packett, que no quiere aprobar al pretendiente, la desesperada Susan y Bryan Relton, el prometido holgazán. Entre todos ellos hornearán un impredecible y disparatado festival familiar, con el humor inimitable de Margery Sharp.

«Margery Sharp, una señora afilada como su nombre cuando hace crítica social, aunque venga aliñada con sonrisas y humor.»

Irene Bignardi, *Il Venerdì di Repubblica*